

Enrique Fernández de Córdoba y Calleja

LA LEYENDA NEGRA REFUTADA
por HISTORIADORES HISPANOAMERICANOS

“LIBRO DEL INGENIERO 2017”
“PREMIO INGENIERO INDUSTRIAL RODOLFO BENITO SAMANIEGO”



PRÓLOGO

Más de una vez escuché decir al maestro D. Antonio Magariños aquella recomendación que nos hacía a la hora de estudiar Historia de España: *"Hacerlo sin necio entusiasmo, pero sin injustas prevenciones"*.

Y es que haciéndolo así, restauramos el retrato de la identidad histórica española, que por desgracia, viene siendo deformada por la despiadada e injusta transformación que sobre ella vierte y produce la corrosivas Leyenda Negra, que tan magistralmente hoy refuta nuestro compañero Enrique Fernández de Córdoba y Calleja.

La lectura de este formidable libro, me ha hecho recordar a mi maestro, ¡Tenía que ser un ingeniero!

Ya D. Julio Rey Pastor, en su obra "La Ciencia y la Técnica en el Descubrimiento de América" nos cuenta y nos habla sobre: *"El benéfico influjo que tuvo la magna empresa de los Reyes Católicos y que comenzó el mismo día en que la diminuta escuadra zarpó del puerto de Palos. A partir de aquel instante el movimiento de los astros ya no interesa para trazar el horóscopo de los mortales, sino para navegar, con rumbo cierto hacia la tierra de la canela y la pimienta"*.

Reclamable también, es la aportación, olvidada durante siglos y para algunos desconocida, de D. Jerónimo de Ayanz, el navarrico de Guendalain, Administrador General de las Minas del Reino, creador del concepto de *"fatiga"*, y que hacia el 1600 introduce la máquina de vapor por el inventada, en los procesos mineros de la Nueva España, concretamente en las minas de plata de Potosí. El mismo que

6 años antes había hecho funcionar en el río Pisuerga, ¡una campana de buzo!

Y es que como dice D. José Ortega y Gasset en su “Misión de la Técnica”: *“Los técnicos están, estamos digo yo, entre otras cosas, para transformar nuestro entorno con el mínimo esfuerzo”*.

La lectura de la “Leyenda Negra Refutada” nos sitúa en un plano de la vida real de aquellos históricos acontecimientos, esta vez gracias a un grande y provechoso esfuerzo.

¡Bienvenido sea a nuestras manos!

ELDU

PRÓLOGO

LA BAJA AUTOESTIMA DE ESPAÑA

Cada día, afortunadamente, llegan hasta nuestras manos textos que vuelven a poner en valor la gran gesta histórica que supuso el Descubrimiento del Nuevo Mundo por parte de España. Ahora mismo tiene el lector un buen ejemplo. Enrique Fernández de Córdoba y Calleja, un ingeniero e historiador, ha escrito un magnífico alegato en defensa de la labor ingente y extraordinario que los españoles llevaron a cabo en tierras americanas. Con un estilo directo y sobrio, el autor logra esquematizar, al mismo tiempo que divulgar, uno de los grandes acontecimientos de la Historia universal. Lo más relevante, para mí, es lo bien que alcanza el objetivo de combatir la mal llamada leyenda negra, con la que siempre se ha querido vituperar a España, con el concurso incluso de muchos españoles.

¿Qué ocurre en España para que los españoles odiemos incluso a nuestro país? ¿Qué extraño sortilegio se guarece en el alma de los habitantes de esta vieja nación para que no existan autoestima ni orgullo de pertenencia? La autoestima es el resultado de la forma en que interpretamos nuestra historia y proyectamos nuestro futuro. Las causas de nuestro desapego colectivo transitan desde el desmoronamiento de un imperio colosal a lo largo de siglos hasta un proceso de años de deterioro y derrotas, junto con la desgarradora Guerra Civil.

Suena, sin embargo la hora de volver a poner en valor nuestra historia y nuestra nación. Al fin y al cabo es el patrimonio más firme que poseemos, el que heredamos de nuestros padres —una historia, un país, una cultura y una lengua— y que deberíamos aspirar a dejar en buenas condiciones a nuestros hijos y nietos. En ese ánimo de ser

8 un buen antepasado, es fundamental reivindicar el orgullo de pertenencia.

Al margen de ciertos tópicos más bien locales, los españoles somos uno de los pueblos con más baja autoestima de todo el globo terráqueo. Lo ha constatado un observatorio internacional auspiciado por la ONU, en el que chinos y rusos ocupan los primeros puestos.

A tal situación ha contribuido un largo abandono del relato de nuestra historia, permitiendo, entonces, la falsificación de la misma. Se comete así una enorme injusticia con los protagonistas de la Conquista y Colonización de América y va siendo hora que nosotros ayudemos a repararla. Por eso me alegra tanto poder leer trabajos tan rigurosos y documentados como el que nos ofrece Enrique Fernández de Córdoba. De él podría escribir muchos y largos párrafos, pero superaría los límites de este prólogo. Tan solo permítame el lector que le descubra que él es el sabio que se guarece tras el seudónimo de Cova, autor del crucigrama que diariamente ABC ofrece a sus lectores más inteligentes.

No quiero, sin embargo, desaprovechar esta oportunidad para aportar alguna reflexión más acerca de la Leyenda negra y su influencia en nuestros días, así como el aprovechamiento e instrumentalización torticera que algunos han hecho para sacar réditos políticos en la actualidad. La irrupción de los nacionalismos vasco y catalán no ha ayudado en absoluto al aprecio de los españoles por sí mismos. Nunca han sido más beligerantes que ahora. Han construido su superioridad sobre el resto de España retorciendo la Historia y despojando nuestro pasado de todo rasgo de grandeza. Es más, han demonizado todo lo que tiene que ver con España y los españoles para justificar su desapego e incluso su ataque al Estado y a sus estructuras.

La Guerra Civil abrió heridas de muy difícil cauterización. Cualquiera de los dos bandos podría helarnos el alma, como lamentó Machado. Fue en la primera mitad del siglo pasado cuando se hicieron trizas cualquier incipiente orgullo patrio y la posibilidad de edificar un futuro compartido.

El período franquista sirvió para que tanto la izquierda interior como la exiliada cargasen contra nuestro país para presionar al régimen. Esa izquierda, que se sentía moralmente superior, fue ridiculizando, por ideología o por mera contraposición, los símbolos de nuestra grandeza, que el régimen quería recuperar. Así, El Cid quedó en un mero cazador de recompensas, la Reina Isabel no se lavaba, Fe-

lipo II fue recordado como un monarca oscuro, y la cultura española fue despreciada. Aquella izquierda no logró acabar con Franco, pero casi termina con cualquier vestigio de orgullo patrio.

La transición iniciada en los setenta pretendió restaurar ese patriotismo, pero el complejo del PSOE, reconocido por sus líderes, relegó nuestros símbolos a un bochornoso segundo plano, que lastra cualquier intento de catarsis emocional. El empeño que en ello puso Zapatero encontrará difícil indulgencia por parte de la Historia. La clase dirigente actual se ha demostrado incapaz de dibujar un futuro en el que podamos proyectar nuestros valores y nuestra dignidad como gran nación. Es difícil construir sobre un pasado dilapidado. Complicado también vislumbrar un mañana al que no nos atrevemos a asomarnos porque nos avergonzamos, inexplicablemente, de España y de ser españoles. Nos queda la esperanza de que las jóvenes generaciones miren a su país con ojos más limpios que los de sus abuelos. A ello contribuirá, sin duda, la lectura detenida y atenta de este magnífico libro.

Bieito Rubido Ramonde
Director de ABC

PRESENTACIÓN

La Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid tiene la satisfacción de presentar el Libro premiado en el 6º concurso de del Libro del Ingeniero, que desde el año 2017 lleva el nombre del Ingeniero “Rodolfo Benito Samaniego”, en homenaje a un joven ingeniero industrial cuya vida, promesa de una brillante carrera, fue segada en agraz, en el vil atentado del 11de marzo de 2004 en los trenes de la muerte.

Desde el nacimiento del premio, hace ya seis años, se han galardonado libros que abordan distintas materias, si bien al lado más humanístico del ingeniero, al que la Asociación ha prestado siempre la mayor atención y cuidado, ha sido tenido muy en cuenta por los distintos jurados, en sus criterios de evaluación, sin olvidar, tampoco, los temas de carácter más profesional.

El arte ha sido el tema más recurrente, pues ha recibido el premio el primer año, concedido a “Claves para entender un cuadro” y, de nuevo, en el quinto año ha sido galardonado, “ex aequo”, un libro con el título “Las claves para entender la pintura moderna”. Ambas obras corresponden al mismo autor, nuestro compañero Francisco Martín Gil.

El segundo año recibió el premio un tema que no ha perdido a actualidad y que, en estos momentos, centra una de las mayores preocupaciones de ciudadanos y gobiernos, como es la energía. El título del libro premiado es “La energía como elemento esencial de

desarrollo. Consecuencias de un modelo energético insostenible” y su autor Agustín Alonso Garrido.

La obra galardonada, el tercer año, aunque su título incluye la palabra arte, es de un marcado carácter profesional, y se centra en una de las actividades más frecuentes en el ejercicio profesional del ingeniero, como es la negociación. Su título es “El arte de negociar” y su autor Enrique de las Alas Pumariño.

El premio del cuarto año quedó declarado desierto.

El premio del quinto año fue para un libro que contiene una visión histórica, global, de la evolución de la ciencia y de la técnica, contada con un lenguaje sencillo y ameno. Su título, muy sugerente, es “La Estética del Talento”. Su autor es, como todos los otros, ingeniero industrial y su nombre Joaquín del Castillo Rodríguez-Acosta. En este año, como hemos señalado anteriormente, el premio fue compartido con la obra “Las claves para entender la pintura moderna” de Francisco Martín Gil.

El libro premiado el sexto año sexto y, por el momento, el último vuelve sus ojos a la historia de unos hechos específicos de una época ya lejana, sobre los que hay distintas versiones, muy contradictorias entre sí, que cobran actualidad de tiempo en tiempo y que lo han hecho recientemente. Se trata de la Colonización de América por parte de los españoles y de su Leyenda Negra, que nació, posiblemente, por intereses espurios, ya en los primeros años de sus comienzos.

El autor, Enrique Fernández de Córdoba y Calleja, trata de refutar la tristemente famosa Leyenda Negra y lo hace basándose en testimonios de historiadores nativos que intentan exponer la verdad de los hechos, sin ningún interés que no sea el rigor histórico.

Enrique Fernández de Córdoba ha hecho un interesante trabajo revisando multitud de textos que recopila de una forma sintética y muy didáctica. Su lectura es amena y mantiene viva la atención del lector.

Espero que este libro, que hace el número seis de los editados como Premio al Libro del Ingeniero, satisfaga plenamente al lector y dé un

punto de referencia de la promoción de las actividades creativas de la Asociación, como lo son también los premios de Pintura y Fotografía y los de Relatos Cortos y Poesía.

No quiero terminar esta breve presentación del libro premiado “La Leyenda Negra Refutada” sin antes agradecer el patrocinio de ELDU, sin cuya colaboración sería casi imposible que estos libros pudieran ver la luz.

Madrid, Julio de 2018

Francisco Cal Pardo

Presidente de la Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid

ÍNDICE

Introducción	2
1.- Los Conquistadores: los más ilustres antepasados de los hispanoamericanos de hoy	13
2.- La conquista fue posible gracias a la ayuda que los españoles recibieron de los indios	25
3.- La escasa superioridad del armamento español durante la conquista	36
4.- Los aborígenes americanos en la época prehispánica, durante la Conquista, la Colonia, y las actuales Repúblicas. De cómo empeoró su situación con la Independencia	51
5.- El mito de la violación de las mujeres indias durante la Conquista	77
6.- El oro que fue llevado a España. No fue tanto. Mal negocio para esta	93
7.- La inmensa labor cultural española en Hispanoamérica	109
8.- Los Virreyes y Gobernadores españoles. Hubo algunos malos y otros extraordinarios. Fue peor tras la Independencia	126
9.- La Independencia hispanoamericana fue el resultado de una guerra civil entre criollos españoles con la oposición de los indios	142

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años, en 1968, crucé por primera vez el Atlántico. Fue un largo viaje que duró casi un mes y en el que recorrí Bogotá, Quito, Guayaquil, Lima, La Paz y Caracas.

Resultó que en todas aquellas ciudades, tan lejanas a España y entre sí, me sentía “en casa” y tenía que hacer un esfuerzo mental para captar que estaba “en el extranjero”.

Aquello me impresionó profundamente.

Yo había estudiado, como cualquier otro español, que Colón había descubierto América, y que luego unos tipos llamados Hernán Cortés, Pizarro, etc., habían conquistado aquellas tierras.

Otro aburrido tema de Historia que hay que aprenderse para aprobar, como lo de Aníbal cruzando los Alpes con sus elefantes o Napoleón invadiendo España. Cosas que deben saberse.

Pero a lo largo de aquel viaje “descubrí Hispanoamérica”.

Aníbal y Napoleón están en los papeles.

Hispanoamérica estaba allí viva, real, acogedora, apasionante. Aquel “descubrimiento” me obsesionó.

Luego he cruzado el Atlántico unas sesenta veces más, y siendo evidentemente europeo, y encontrándome muy a gusto en Francia, Italia, Alemania, etc., debo insistir en que, después de en España, donde me encuentro “en casa”, es “al otro lado del charco”.

No me pidan que lo explique: se siente.

Porque se trata no solo del idioma común, con ser ya, esto solo, importantísimo. Es un parecido concepto de la vida, de la familia, de las relaciones humanas, del humor,...

El alma de un pueblo se expresa en su folclore, y los españoles sentimos en nuestras fibras un mariachi mexicano, una cumbia colombiana o una habanera cubana, mientras los hispanos de allá, se emocionan con una jota aragonesa, unas sevillanas o una muñeira gallega.

Y respecto al humor, hay japoneses, suecos y nigerianos que entienden perfectamente nuestro idioma, pero amigo lector: ¿Ha intentado usted alguna vez contarle un chiste a un japonés? Lo más probable es que no capte su gracia o ingenio. En cambio, con los argentinos, chilenos o costarricenses, nos reímos alegremente con los mismos chistes y bromas.

El caso es que de cada uno de mis numerosos viajes a aquellas queridas tierras traje libros de Historia, biografías y novelas de autores de cada país visitado -es decir, de prácticamente todos los que hay- y pronto empecé a notar una clara diferencia entre lo que leía en aquellas docenas de libros, lo que “se daba por sabido” y lo que me decían, de vez en cuando, algunos de mis muchos amigos hispanoamericanos.

Y empecé a subrayar y a hacer anotaciones en los libros y a pasar a fichas lo que más me llamaba la atención.

Por fin me decidí a escribir las conclusiones a las que he llegado, después de 20 años de viajes y lecturas, con el objetivo fundamental de **rebatir la famosa “Leyenda Negra” basándome en historiadores y escritores hispanoamericanos.**

Intenté publicar este libro en 1992, con la magnífica ocasión del Quinto Centenario del Descubrimiento.

Antes de ello, y sin conocerles personalmente, envié el índice y la Introducción, a Julián Marías y a Torcuato Luca de Tena, pidiéndoles su opinión.

Torcuato me contestó –con carta de fecha 20 de mayo de 1991- diciendo: *“el capítulo que me envía me ha parecido sobradamente interesante”*, y me sugirió dirigirme al Instituto de Cooperación Iberoamericana.

Marías me escribió el 18 de octubre de 1991: *“Es evidente el interés de su proyecto (...) pero no sé si va a tener demasiadas facilidades para encontrar un editor (...) Lo malo es que se publican demasiadas cosas falsas y desorientadoras, que cuentan con recursos poderosos”*.

Por desgracia, Marías acertó de pleno: la posición oficial de España era entonces estar muy avergonzada y pedir perdón por lo que se hizo en América.

1992 debió haber sido la fecha en que se divulgara entre los españoles la historia de la gran hazaña que realizaron 500 años antes otros españoles al conquistar el inmenso continente americano. Porque he comprobado muchas veces el desconocimiento casi total, y generalmente torcido, que tienen muchos compatriotas, -incluso universitarios- sobre lo que hizo España en América, y también porque ya va siendo hora de que muchos hispanoamericanos asuman, por fin, los éxitos y fracasos de sus propios antepasados, protagonistas casi siempre de la Historia americana desde 1492.

Fracasado mi intento de publicarlo en 1992, actualicé y completé el texto y lo presenté al concurso “LIBRO DEL INGENIERO”, que convoca cada año la Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid (a la que pertenezco), con la esperanza de conseguir el premio correspondiente a 2017, logrando así su publicación.

Pretendo, en definitiva, con este libro, y por boca de ilustres autores hispanoamericanos, poner mi granito de arena en la importante labor de extirpar los absurdos complejos que esa fecha hace emerger a uno y otro lado del Atlántico, ensombreciendo la que debiera ser alegre y orgullosa celebración común entre compatriotas, si no políticos, si históricos y culturales.

Cantemos al mundo nuestro orgullo, los de acá por pertenecer a la estirpe de donde surgieron aquellas docenas de héroes clasificados por la Historia -y los otros muchos miles anónimos- que protagonizaron la mayor epopeya de la Humanidad. Y sobre todo los de allá, por ser sus probables descendientes.

Es un español peninsular de hoy quien tiene la audacia de escribir tal cosa, pero son historiadores, novelistas, escritores hispanoamericanos los que hablan. Yo me limito a recoger sus opiniones.

Podrían escribirse no un libro, sino cien, recogiendo otras opiniones absolutamente contrarias, con base fundamental en el archifamoso Padre Las Casas, pero esos cien libros ya están escritos y sus textos dados por buenos por casi todos.

Yo voy a limitarme a poco: a decir que esos textos son falsos en un considerable porcentaje y tendenciosos en buena parte del resto.

Y me baso para ello en la autoridad del Licenciado José Vasconcelos, de México; de D. Gaspar Efrén Reyes, de Ecuador; D. José Luis Busaniche, de Argentina; D. Luis G. Benítez, de Paraguay; D. Germán Castro Caicedo, de Colombia; D. Joaquín Edwards Bello, de Chile; D. Arturo Ariel Betancurt, de Uruguay; D. J. L. Salcedo, de Venezuela; D. Clemente Marroquín Rojas, de Guatemala; D. Ricardo Palma, de Perú; y Miguel Ángel Asturias, Mariano Picón Salas, Ricardo Fernández Guardia, Arturo Uslar Pietri, Eduardo Blanco, Eduardo Carranza, Octavio Paz, Carlos Rangel, etc., etc.

Me excuso, amigo hispanoamericano que leas esto, porque en realidad estoy usurpando tu puesto al defender a tus abuelos y también por si en alguno de los capítulos se me escapa algún comentario quizá un poco sarcástico.

No te sientas ofendido, pues todo queda en familia, aunque se note un punto de hartura por escuchar tantas falsedades que se han propagado, desde hace siglos, sobre lo que hicieron los creadores de tu patria.

En capítulos sucesivos defenderé las tesis, muy conocidas por muchos, pero divulgadas por muy pocos, que planteo a continuación,

algunas de las cuales es posible que escandalicen, a al menos sorprendan, al lector poco versado, por ser muy distintas a las habitualmente dadas por ciertas:

1-Casi todo lo bueno (muchísimo) y lo malo (no poco) que se hizo durante la Conquista, la Colonia y la Independencia fue protagonizado por antepasados de los hispanoamericanos actuales.

La gran mayoría de los españoles peninsulares que fueron a América, se quedaron allí.

En el ABC del 20-5-1988 se publicó un artículo del entonces Gobernador de Puerto Rico que decía:

“No voy a ser yo, un señor llamado Hernández y nada menos que Colón, quien se rasgue las vestiduras por los aspectos negativos de la Conquista y la Colonización de América. Hace muchos años que advertí la injusticia esencial que existía en esa frecuente queja de algunos sectores hispanoamericanos, consistente en depositar en los españoles de la península lo que para bien o para mal realizaron nuestros antepasados en América. No fueron ustedes, que quedaron en España quienes hicieron o deshicieron. Fuimos nosotros, nuestros abuelos y tatarabuelos, a quienes hay que asignar, en primer término, las glorias y yerros de aquella formidable aventura”

2-La Conquista fue, en casi todos los casos y sobre todo en México y Perú, una guerra civil entre indios fomentada y aprovechada por los siempre escasos españoles:

“Belalcázar acercábase a Tomebamba cuando recibió una comisión de Cañaris que venían a ofrecerle su amistad y ayuda para la marcha sobre Quito. Los cañaris odiaban mortalmente a los soldados de Rumiñahui (Incas) y a este mismo. El cacique cañari contribuyó para la campaña con maíz y charqui, le dio a Belalcázar espionaje y guías y hasta algo como un croquis de las provincias del norte y del camino que debía seguir y puso a sus órdenes, en su calidad de aliado, como 11.000 guerreros” (1) (los españoles era 200).

3-La superioridad inicial de los españoles, debida a sus armas de acero y al terror que inspiraban caballos y armas de fuego, duró poco tiempo. Pronto aprendieron los indios a atacar ante todo al caballo con sus lanzas y flechas y a utilizar las armas de acero que cogían a prisioneros y cadáveres españoles:

“Aquellas falanges de indios valerosos perdieron el temor al arcabuz y al cañón y al caballo y guerrearon sin cuartel en medio del estruendo de las armas extranjeras y viendo caer a sus compañeros por centenares.

Aún con sus frágiles armas mataron españoles, derribaron caballos y, cortando a estos las cabezas, que colocaron el largas picas, demostraron que el coraje heroico se había impuesto sobre la superstición” (2).

4-A pesar de la protección de las Leyes de Indias, los aborígenes fueron, después de la Conquista, maltratados muchas veces por algunos españoles. Lamentable, pero normal en aquella época en todo el mundo (y en las guerras actuales). Lo que no se dice es que para la gran mayoría de la población indígena el yugo español fue mucho más suave que el Inca, azteca, etc., que durante la primera generación de conquistadores, estos se casaron con indias y reconocieron a sus hijos, y que fueron estos hijos y –al llegar mujeres de España- las sucesivas generaciones de criollos, los que empezaron a tratar de forma generalizadamente inhumana a la población indígena.

Tampoco se dice que cuando quedó realmente desamparada –nunca mejor dicho- esa población indígena, fue al declararse la Independencia y desaparecer la protección del Rey de España.

Y menos se suele decir lo más grave: en fechas muy cercanas, se seguía sojuzgando y maltratando a los indios, a veces en auténticos genocidios, en repúblicas cuyos políticos se llenan la boca con las palabras democracia y libertad, cuando no la tienen ocupada en denostar a los actuales españoles peninsulares por lo que hicieron sus propios antepasados en el siglo XVI.

Incluyo a continuación cuatro citas, una de cada período mencionado, aunque este es uno de los temas que más desarrollaré en este libro.

“Los métodos de dominación y pacificación a que acudían (los incas) se caracterizaban por un castigo sin templanza. Había mutilaciones feroces, destierros en masa, matanzas colectivas...” (3)

“Compárese el proceder humano de Cortés en todas las poblaciones que tocaba, con la crueldad, los robos, los abusos, el militarismo crudo de los aztecas que acaudillaba Cuauhtémoc y se comprenderá por qué los pueblos acudían a Cortés: se tendrá el secreto del éxito de la Conquista” (4)

“El incendio, el robo, el estupro, la violación, el asesinato, campearon sin control en los campos de Taraco, Guaycho, Ancoraimos y Tiquina (...) El frío mes de junio de 1869 fue testigo de un furor bestial (...) Se cogía a los adolescentes de ambos sexos para fusilarlos delante de sus padres (...) Así, a fuerza de sangre y lagrimas, fueron disueltas en tres

años de lucha innoble, cosa de cien comunidades indígenas, que repartieron entre un centenar de propietarios nuevos (...) De este modo, más de trescientos mil indígenas resultaron desposeídos de sus tierras” (5)

“Guatemala sufría una larga Noche de San Bartolomé. La aldea Cajón del Río quedó sin hombres, y a los de la aldea Tituque les revolvieron las tripas a cuchillo y a los de Piedra Parada los desollaron vivos y quemaron vivos a los de Agua Blanca de Ipala, previamente baleados en las piernas” (6) (Nota: estos hechos ocurrían en 1967).

5-En un alto porcentaje de los casos, las mujeres indias no fueron forzadas sexualmente por los Conquistadores, sino, mucho mejor dicho, “conquistadas” por aquellos invencibles hombres barbudos que las tratarían generalmente con una galantería, propia de la España de la época, enormemente más atractiva para el bello sexo que la rudeza con que las trataban los hombres de su entorno. Hasta el punto de que una de las grandes ayudas que tuvieron los Conquistadores se debió a los miles de mujeres que hicieron causa común con ellos:

“Las mujeres indias seguían muy a gusto a los Conquistadores, abandonando a sus esposos indios” (7)

“La mujer indígena tiene un sitio relevante entre los factores que hacen posible la Conquista y la Colonización” (8)

6-Es cierto que los españoles se llevaron de América muchísimo oro. Pero ello no influyó en la economía indígena, pues así como el oro tenía un enorme valor financiero en Europa, para los indios era simplemente un adorno:

“Porque estos indios no lo quieren (el oro) ni lo buscan para otra cosa, pues no pagan sueldo con ello a la gente de guerra, ni mercan ciudades ni reinos, ni quieren más que enjaezarse con ello siendo vivos, y después que son muertos llevárselo consigo” (9)

En cambio los españoles enseñaron a los indios el manejo de todo tipo de herramientas para ellos desconocidas, empezando por la rueda y el arado, y toda clase de oficios. Aportaron caballos, ovejas, trigo, etc.

Sería curioso poder comparar el valor de todo el oro que fue sacado de América, durante la dominación española, con el valor teórico de la mayor producción obtenida gracias a las nuevas técnicas y de las

ciudades, universidades, escuelas, caminos, regadíos, puertos, catedrales, etc. construidos en el mismo período.

¿Y cuánto cuesta crear veinte naciones?.

7-Se dice que los españoles destruyeron importantísimas culturas indígenas, sobre todo la Azteca y la Inca.

Hay quien no está de acuerdo con esto:

“No me cansaré de repetir que la verdadera función misionera de España, descontando la inevitable tragedia de la Conquista, con sus dolorosas consecuencias (...) fue la conservación esencial y la valoración de un inmenso patrimonio cultural indígena“ (10)

Por otra parte, la labor cultural que se realizó en Hispanoamérica fue colosal.

Entre las universidades más antiguas del mundo están la de Santo Tomás en Santo Domingo (1538), Lima (1551) y México (1553).

La imprenta existía en México desde 1539.

Según el estudio *“L`Amerique Espagnole a L`Epoque des Lumières”* (página. 274) realizado por el Centre National de la Recherche Scientifique, *“el primer periódico diario del mundo fue el Daily Courant, inglés, publicado a partir de 1702 (...) En el Perú, en 1620, aparecía la “Relación de cosas notables del Perú”, que algún historiador contemporáneo ha calificado de primer antecedente del periódico”*.

Sin embargo, el Licenciado José Vasconcelos, en su *“Breve Historia de México”* (página. 207) dice que ya en 1693 se publicó el primer periódico que hubo en el continente: *“El Mercurio Volante”*, 39 años antes de que apareciera el Daily Courant.

8-Hubo muchos Virreyes, Gobernadores, etc. venales o poco eficaces, pero hubo también muchos admirables.

Probablemente menos de los primeros y más de los segundos de los que hubo después de la Independencia.

Y los primeros, además, sabían que tendrían que rendir cuentas rigurosas al “Visitador del Rey” al terminar su mandato.

Fueron varios los altos cargos que volvieron a España cargados de cadenas, aunque algunos fueran después exculpados. Al menos uno fue ajusticiado.

“Estamos de acuerdo con Pino Roca en calificar a Don José de Aguirre Irisarri de gobernante modelo y desmentir, poniendo a este por ejemplo de nuestra tesis, la falsa teoría de que España mandó a gobernar a América a gente mal preparada y peor intencionada. ¿Cuántos Gobernadores republicanos, se pregunta Pino Roca, en mejores días, con más amplios recursos, han tratado de procurar el adelanto de esta querida Guayaquil, tan desinteresada y patrióticamente como el Gobernador español Aguirre Irisarri?” (11)

9-Las guerras de Independencia fueron, sobre todo en su primera fase (1808-1814) auténticas guerras civiles en la que intervinieron, proporcionalmente, muy pocos españoles peninsulares:

“Del análisis de la milicia resulta que el 90% de los oficiales eran americanos, del grupo de comerciantes y hacendados más importantes de cada ciudad o cada distrito. En cuanto a la tropa era prácticamente el 100% americana (...) Las milicias centroamericanas estaban constituidas por campesinos indígenas, mestizos, negros, mulatos, bajo el mando de las élites locales (...) Después de 1810, los milicianos formaron las tropas de los ejércitos patriotas, serían también los soldados conducidos por los hacendados realistas y, más tarde, las tropas combatientes de las guerras civiles” (12)

Octavio Paz dice en su libro “El laberinto de la soledad”:

“La mentira política se instaló en nuestros pueblos casi institucionalmente. El daño moral ha sido incalculable y alcanza a zonas muy profundas de nuestro ser. Nos movemos en la mentira con naturalidad... De ahí que la lucha contra la mentira oficial y constitucional sea el primer paso de toda tentativa seria de reforma” (13)

Y Carlos Rangel, en su libro “Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario” dice:

“Esa constante cultural nos llevará a exaltar como héroes a quienes han contribuido más al engaño, y a despreciar, y hasta eventualmente estigmatizar como traidores, a quienes han tratado de decirnos la verdad” (14)

Yo comprendo muy bien la dura afirmación de Octavio Paz, porque, por desgracia, es plenamente aplicable a la España actual, y asumo el riesgo de que caigan sobre mí y sobre estos papeles los males que pronostica Carlos Rangel.

Pero me daré por muy satisfecho si consigo cerrar, aunque sea en un milímetro, la absurda brecha que separa a España y a Hispanoamérica

al tratar sobre la Historia de esta y si se logra que ello se base en hechos, y no en leyendas fomentadas por extranjeros, para comprender que es muy poco lo que nos separa y muchísimo lo que nos une.

Amén.

Enrique Fernández de Córdoba y Calleja
6 de marzo de 2018

BIBLIOGRAFÍA Y CITAS DE LA INTRODUCCIÓN

- 1-“Breve Historia General del Ecuador”-Oscar Efrén Reyes-
12ª Edición-Quito-Pág. 176
- 2-Idem. Pág 178
- 3-Idem. Pág. 132
- 4-“Breve Historia de México”-Licenciado José Vasconcelos-
Compañía Editorial Continental S.A.-México-21ª Impresión-Pág.
106
- 5-“Raza de Bronce”-Alcides Arguedas-Editorial Losada- Buenos Ai-
res-Pág. 92
- 6-“Las venas abiertas de América Latina”-Eduardo Galeano-Editorial
Siglo XXI-Pág. 184
- 7-“Les Conquistadores”-Jacques Lafaye-
Editions du Seuil-1964-Pág. 36
- 8-“Historia Fundamental de Venezuela”-J. L. Salcedo-Universidad
Central de Venezuela-2ª Edición-Pág. 118
- 9-“La Crónica del Perú”-Pedro Cieza de León-Espasa Calpe-Colec-
ción Austral-3ª Edición-Pág. 81
- 10-“Historia de la Literatura Hispanoamericana”-Profesor Giuseppe
Bellini-Editorial Castalia
- 11-“Los Gobernadores de Guayaquil del siglo XVIII”-Abel Romeo
Castillo-Publicaciones del Archivo Histórico del Guayas-Pág. 281
- 12-“L' Amerique Espagnole a l' Epoque des Lumières”-M. De-
pons-Centre National de la Recherche Scientifique”-Págs. 52, 63 y 67
- 13-“Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario”-Carlos Rangel-Monte
Ávila Editores C.A.-Caracas-1976-Pág. 71
- Ídem 13-Pág 72

I.- LOS CONQUISTADORES LOS MÁS ILUSTRES ANTEPASADOS DE LOS HISPANOAMERICANOS ACTUALES

En su “Breve Historia de México”, José Vasconcelos dice:

“Mientras sigamos borrachos de mentiras patrióticas vulgares, no asomará en nuestro cielo la esperanza (...) Jamás hubo una generación como la de los Conquistadores de América, los padres de nuestra nacionalidad mexicana” (1)

Y Don Rodrigo Fierro Benítez escribe en “El Correo de Quito”:

“Ya está bien que continuemos haciéndoles el juego a quienes nos utilizan y nos obligan a lanzar salivazos que terminan por caer sobre nosotros mismos. A Dios gracias, los españoles, aquellos valientes y desmadrados que llegaron a América y fundieron su sangre con las aborígenes, son nuestros antepasados. Los que quedaron en España lo son de los españoles de hoy”. (3)

Valgan esas dos citas para entrar en materia del tema de este capítulo: casi todo lo bueno (muchísimo) y lo malo (no poco) que se hizo durante la Conquista, la Colonia y la Independencia, fue protagonizado por antepasados de los hispanoamericanos de hoy, pues la mayoría de los españoles peninsulares que fueron a América se quedaron allí.

Y es curioso (¿y lamentable?) que parezca oportuno destacar algo que podría estimarse como obvio, y más aún que sea necesario argumentarlo y demostrárselo a quienes deberían estar profundamente orgullosos de la probable existencia en su sangre de algunas gotas de la de un Hernán Cortés, un Núñez de Balboa, un Almagro, etc., o de algunos de sus gloriosos soldados.

Más de una vez me ha sorprendido algún hispanoamericano al achacarnos a los españoles de hoy las virtudes y defectos de sus propios antepasados, en vez de presumir y blasonar de tan gloriosos ancestros, que realizaron *“una empresa que no tiene paralelo en la Historia entera de la humanidad, epopeya de geógrafos y de guerreros, de sabios y de colonizadores, de héroes y de santos”* (4)

El origen de este desprecio del hispanoamericano medio por sus, quiéranlo o no, heroicos antepasados, parece que habría que buscarlo en que a Simón Bolívar le costó un apreciable esfuerzo convencer al pueblo venezolano de que independizarse de España era imprescindible para la libertad y el honor de los criollos. Había que encontrar argumentos, y para ello, *“Bolívar se libra, sobre los españoles, de toda la carga negativa, de todos los pecados, de todos los vicios que los criollos llevaban a espaldas a lo largo de los siglos (...) Esta reconquista de una pureza original, permite a Bolívar realizar otra transformación: frente al colonizador español, es el criollo el que aparece como colonizado. La verdadera relación colonial que había hecho del europeo, español o criollo, el amo abusivo del indio o del negro, es escamoteada por la nueva imagen que propone Bolívar: el colonizado es el criollo (...) Esta metamorfosis (...) permite al criollo asumir todos los argumentos de la Leyenda Negra”* (5). Argumentos que se enseñan en las escuelas de Hispanoamérica desde la Independencia, sin comprender que, aparte de lo inexacto e injusto de dicha leyenda, es tirar piedras al propio tejado. Salivazos al aire. En la vertical.

Mariano Picón Salas, en su libro *“De la Conquista a la Independencia”*, dice:

“La historiografía hispanoamericana, surgida después de las guerras de la Independencia, y prolongada en gran parte hasta nuestros días, no pudo superar una serie de prejuicios próximos. En primer lugar, aquellos hombres experimentaban la ilusión de que la Historia nacía con ellos, y que al denominar “República de Venezuela”, “República del Perú”, o “República de Chile” a la colonia que se acababa de liberar de España, se engendraba un hecho tan nuevo que todo lo anterior solo podría abordarse saltando una grieta profunda, una casi insalvable solución de continuidad” (6)

Y Joaquín Eduardo Bello, en sus deliciosas *“Crónicas del Tiempo Viejo”*, subraya:

“Este defecto esencial en los creadores de nuestras crónicas históricas y en literatura, ha quebrado los lazos de la confianza entre el pueblo y su destino. Si persistimos en ver (monstruosos a nuestros personajes his-

tóricos) y en seleccionar a la inversa, solo conseguiremos despreciarnos a nosotros mismos” (7).

Porque se ha aceptado, como verdad incuestionable, que hace siglos llegaron a las costas americanas hordas de guerreros barbudos y sanguinarios que, con su enorme superioridad, avasallaron y asesinaron a pacíficas naciones indias que llevaban una vida idílica y disfrutaban de una alta cultura que, por supuesto, destrozaron aquellos barbaros, sedientos de robar oro y violar a inocentes doncellas.

El criollo de hoy, al que tales cosas le han explicado, reniega de aquellos crueles invasores y compadece y exalta a los pobres aborígenes de la leyenda de quienes, por otra parte, tampoco le suele gustar mucho descender:

Don Rizzo Baratta, en su libro “Pasión y muerte en Nicaragua”, dice:

“En la pequeña Managua, el nombre de Nubia era pronunciado por las muchachas de la mejor sociedad con ansiedad de conocimiento (...). Hermosa es, no puede negársele, pero es india (...) Y cuando así pensaban y comentaban, hacían abominación vergonzante de algún antepasado, porque casi todas mostraban en las almendras de los ojos negros, le herencia odiada” (8)

Y Alcides Arguedas en su “Raza de Bronce” añade:

“...cuando un blanco nada exigente o estragado encasta con una india de su servidumbre, adopta a los hijos, los educa, y con la herencia de bienes les lega “su nombre”, cosa que, por lo rara, se hace casi inverosímil (...) si el hijo sobresale en los estudios (...) puede ser Juez, Consejero Municipal y Diputado. En ese caso, y en mérito de la función, trueca de casta y se hace “decente”. Y para afirmar esa categoría, reniega de su cuna y llama · “cholo”, despectivamente, a todo el que odia” (9) *“...y todos, con diligencia en que parecía irles la vida y honra, se apresuraban a sacar a lucir rancios y oscuros abolengos, cual si el pasar por descendientes de indios les trajese imborrable estigma”* (19) (Nota: esto ocurría en Bolivia en 1870).

Resulta así que el criollo antes mencionado se queda sin antepasados, abominando de las dos razas que le crearon.

Pero retomando el tema un poco atrás, lo que le han contado el criollo en cuestión no es muy exacto.

Luis G. Benítez, en su “Historia de Paraguay”, dice:

“No puede concebirse un idealismo más grande ni mayor abnegación por parte de los Conquistadores. Estos se encontraron, en aquellas selvas vírgenes, con hordas de salvajes que ora les atacaban feroces, ora se les acercaban llenos de curiosidad y temor, ofreciéndoles sus mujeres en señal de paz y amistad. Los españoles no las rehusaban. Las hacían sus esposas cristianizándolas y humanizándolas. A causa de la extraordinaria abundancia de mujeres que había en el país, debían vivir con numerosas indias a la vez; pero estas uniones, a pesar de escandalizar a algunos clérigos (...) atraían de paz a los indígenas, con los cuales constituían alianzas indisolubles, y echaban las bases de la verdadera colonización, pues del abrazo que los hombres de España daban a las mujeres indias, surgía una nueva raza: la raza criolla” (11).

Eso ocurría en Paraguay, pero ¿Qué pasó en Venezuela?. Empecemos por aclarar que Venezuela no existía. J.L. Salcedo-Bastardo, en su *“Historia Fundamental de Venezuela”* (12) dice:

“El territorio de Venezuela no constituía en los tiempos prehispánicos una unidad política, social ni cultural, ni siquiera una unidad lingüística. Existían quince familias lingüísticas y muchos dialectos aborígenes. Los diversos grupos aborígenes se caracterizaron, en común, por ser ágrafos: ninguno conoció la escritura ideográfica ni la fonográfica”.

Pero, por otra parte, las indias venezolanas eran, según Juan de Castellanos, *“Mujeres generosas, tan bien proporcionadas y tan bellas que se pueden mirar por maravilla”*, y López Gomara insiste: *“Eran amorosas, y para ir desnudas, blancas, y para ser indias, discretas”.*

Pero además, *“la indígena no se negó al español, todo lo contrario. Considerando superior al blanco, se ofrecían sin malicia ni recato”.*

Y de aquel ofrecimiento surgió la nueva raza:

“Desde los primeros cruzamientos, en particular de españoles con indias, nacieron personajes relevantes. Al caso de Fajardo, inteligente y hábil, enaltecido por el Rey con el título de Don, se añaden muchos más como Francisco de El Tocuyo, quien ascendió a la dignidad sacerdotal con positivo mérito. Se recuerda además al bravo Alonso Ruiz Vallejo, vástago de padre hispano con madre caquetía, encomendero en la región Barquisimetana y combatiente en las huestes de Diego de Losada. En distintos sucesos y oportunidades, se destacaron Juan de Urquijo, de claro talento y dinamismo, el valeroso Araujo de El Tocuyo, compañero de Garcé Gómez de Silva en las incursiones por el valle caraqueño, también Damián del Barrio, nativo de Coro, expedicionario igualmente

bajo las órdenes de Losada. Los principales capitanes de la Conquista dejaron descendientes en mujeres indias". Descendientes que, como se acaba de ver, continuaron la Conquista.

Más tarde, *"sobre la base humana surgida del mestizaje en Venezuela, se consolidará el orden colonial, obra de paz y esfuerzo, edificación paciente y admirable"*. (12)

Se podrá aducir que las cosas fueron muy distintas en los grandes imperios Inca y Azteca. Veámoslo.

Oscar Efrén Reyes , en su *"Breve Historia General del Ecuador"* (13) al explicar los principales obstáculos de los incas en su lucha con los españoles, subraya *"la simpatía o debilidad femenina por hombres tan extraordinarios, pues la mujer indígena iba pasando rápidamente al campo conquistador aportando valiosas colaboraciones (...) Por esos mismos tiempos, todavía de Conquista, se habían establecido, además de villas y de ciudades, otros pequeños pueblos donde iban quedándose los españoles que ya no querían guerrear (...) casados con cacicas indias (...) pues a una constante afluencia española se sumaba un intenso proceso de mestizaje, en la ciudad y en el campo"*

Sepamos ahora la opinión del Licenciado José Vasconcelos en su *"Breve Historia de México"*:

"Nunca hubo en la Historia conquista ni más legítima ni más fecunda y gloriosamente lograda (14). (...) En la época de la decadencia ha sido costumbre calumniar a estos célebres antepasados nuestros".

Y respecto a las costumbres de los aztecas dice:

"Por fortuna había llegado la hora del castigo que la Providencia depara a todos los pueblos que caen en la brutalidad. Los españoles barrerían aquella barbarie y crearían sobre los escombros una sociedad nueva"

Si pensamos en la época de la colonia, un alto porcentaje de los Gobernadores fue criollo o, viniendo de España, se casó y afincó en América.

En la *"Historia del Paraguay"*, de Luis G. Benítez, se mencionan los Gobernadores que hubo en el siglo XVII. De ellos, se citan detalles biográficos de trece: seis eran criollos: tres chilenos, uno paraguayo, otro limeño y otro de Santa Fe. El 46%. Además otros dos, españoles

de origen, se casaron en América y otro falleció en el cargo. Es decir que, de trece Gobernadores volvieron a España como máximo cuatro y se quedaron en América nueve: el 70%. Luego casi todo lo que se hizo en la Colonia (mal llamada así) mucho bueno y algo malo, es también responsabilidad de los antepasados de los hispanoamericanos de hoy.

Transcribo a continuación un diálogo que no tiene desperdicio del divertidísimo (e interesante) libro de Ceferino Díaz Fernández “*El Rediezcubrimiento de México*” (16).

El indiano español, (el autor), y su compadre mexicano, Don Melitón, están tomando unas copas en un bar de la Gran Vía madrileña. Oyen hablar en italiano en una mesa cercana y, ante el asombro del mexicano, el indiano le explica que le caen mal los italianos porque “*esos jijos de la tiznada vinieron a conquistar España. ¿No sabe usted que el Imperio Romano conquistó a España, a pesar de que nos defendimos como leones (...) y nos impusieron su idioma y sus costumbres?. Mezclaron su sangre con la nuestra y nos metieron a chaleco sus leyes. Es cierto que nos dejaron grandes monumentos, pero nos chuparon la sangre y se llevaron el oro español para su tierra. Durante algunos siglos fuimos colonia de Roma.*

-¿Y cuando fue eso, compadre?

-Hace 2.000 años

A Don Melitón se le erizó el bigote y lanzó un bufido

-Serénese, compadre ¿Qué culpa tienen esos changos de lo que sucedió hace 2.000 años?

-La misma culpa, compadre, que tenemos los españoles contemporáneos de las barbaridades que hayan hecho en México los conquistadores y encomenderos de hace cuatro siglos (...) (que todavía) muchos se casan con indias, como hicieron los antepasados de ustedes

-¿Cuáles antepasados?

-Los antepasados españoles de ustedes los mexicanos. Los míos se quedaron aquí, en España, labrando la tierra (...) Si alguien puede sentirse orgulloso o defraudado de la obra de España en América, son ustedes, los descendientes de aquellos españoles que llegaron hace 450 años y que siguieron llegando a lo largo de cuatro siglos (...) ¿Por qué voy yo a detestar al italiano de hoy que viene a España?. ¿A aquel señor alemán

que bebe tranquilamente una cerveza porque sus ancestros visigodos también conquistaron España? (...) O a los árabes, cuyos antepasados se nos colaron a lo largo del siglo VIII y permanecieron en plan de dominadores durante más de 700 años?

Don Melitón caviló un momento, bebió un trago de brandy y contestó de una manera típicamente mexicana:

-¡Ujule! Pues a Vds. si que de a tiro los han conquistado..."

Y viene al caso una anécdota vivida personalmente, una de las varias veces que estuve en el querido México.

Iba en un taxi por la gran ciudad cuando el coche que iba delante hizo un quiebro que obligó a pegar un frenazo a mi conductor. Poco después un semáforo nos paró con los coches juntos. El taxista empezó a insultar al otro conductor, que contestaba con lindezas parecidas, y que soportó ser llamado "¡Hijo de la gran chingada!" (gran puta), pero al ser increpado como "¡Indio marihuano!" salió raudo de su coche, agarró al taxista, haciendo que sacara la cabeza por la ventanilla, y le dio dos sonoras bofetadas. Se puso el semáforo en verde y seguimos ruta como si nada hubiera ocurrido...

Es decir, el conductor toleró hasta un grave insulto a su madre, pero ser llamado indio... ¡Eso era insoportable!

Se diría que algunos hispanoamericanos creen haber llegado a la vida por generación espontánea, pues reniegan de sus antepasados españoles y abominan ser descendientes de indios, como ya se ha comentado antes.

Y después de esta anécdota jocosa, volvamos a la narración rigurosa.

El historiador norteamericano Charles F. Lummis ha escrito:

"Ninguna otra nación madre dio jamás a luz, como España, a cien Stanleys en un siglo". (Henry Morton Stanley fue un explorador británico, de fama mundial, que recorrió, en el siglo XIX, la entonces desconocida África Central)

Enorgullecámonos los españoles de que aquellos héroes salieran de nuestra estirpe, y envidiemos a los hispanoamericanos de hoy, que pueden presumir de ser además sus descendientes.

El Licenciado Vasconcelos dice:

“El desprecio de la propia casta es el peor de los vicios del carácter”
(17)

Y Ricardo Fernández Guardia afirma:

“Aun cuando parece justo dar preferencia a lo que somos, no por esto debemos olvidar lo que fuimos, porque el presente es hijo del pasado y el culto de los abuelos noble y patriótico, ya que la patria es el suelo en que ellos descansan” (18)

BIBLIOGRAFÍA Y CITAS DEL CAPÍTULO 1

1-“Breve Historia de México”-Licenciado José Vasconcelos-Compañía Editorial Continental S.A.-21ª Impresión-México- Pág.26

2-Idem. Pág. 86

3-Don Benito Fierro Benítez en “El Correo de Quito”, mencionado en el periódico ABC del 22-11-1985-Pág. 22

4-Idem 1-Pág. 77

5-“L` Amerique Espagnole a l` Epoque del Lumières”-Centre National de la Recherche Scientifique-París-Pág. 372

6-“De la Conquista a la Independencia”-Mariano Picón Salas-Fondo de Cultura Económica-México-Pág. 17

7-“Crónicas del Tiempo Viejo”-Joaquín Edwards Bello-Editorial Nascimento-1976-Santiago de Chile-Pág. 154

Nota: lo textual es: “Si persistimos en ver Quintralas monstruosas”. He modificado el texto para hacerlo más comprensible a la mayoría de los lectores, que seguramente desconocerán que existió la repulsiva mujer llamada así.

8-“Pasión y muerte en Nicaragua”-Don Rizzo Baratta-Editorial Goyanarte-Buenos Aires-Pág. 71.

9-“Raza de Bronce”-Alcides Arguedas-Editorial Losada S.A.-Buenos Aires-Pág. 171

10-Idem

11-“Historia del Paraguay”-Luis G. Benítez-Imprenta Comuneros-Asunción-Pág.37

12-“Historia Fundamental de Venezuela”-J.L. Salcedo Bastardo-2ª Edición-Universidad Central de Venezuela-Págs. 86, 96, 117, 119 y 120

13-“Breve Historia General del Ecuador”-Oscar Efrén Reyes-Premio Tobar del M.I. Concejo Municipal de Quito-12ª Edición-Págs. 13, 213 y 216

38 14-Idem 1- Pág. 239

15-Idem 11

16-“El Rediezcubrimiento de México”-Ceferino Díaz Fernández en colaboración con Marcos A. Almazán-19ª Edición-Organización Editorial Novarro S.A.-México

17-Idem 1-Pág. 239

18-“Crónicas Coloniales”-Ricardo Fernández Guardia-Editorial Costa Rica-San José de Costa Rica-1975-Pág. 86

II.- LA CONQUISTA DE AMÉRICA POR LOS ESPAÑOLES FUE POSIBLE GRACIAS A LA AYUDA QUE RECIBIERON DE LOS INDIOS

Cuando se habla de la “*Conquista de América*” se suelen mencionar dos antagonistas: “*los indios*”, que luchaban por impedir la conquista (según los casos, como veremos) y “*los españoles*”, que porfiaban por lograrla.

El hablar, genéricamente, de “*los españoles*”, no es erróneo. Todos ellos, con las diferencias que pudiera haber según su estirpe, origen geográfico, etc., tenían una cultura política y social parecida, y por tanto unas costumbres, objetivos y armamento similares

Pero decir “*los indios*” al hablar de los aborígenes de la Hispanoamérica del siglo XVI, es como decir “*los negros*” al hablar de los habitantes de África, asemejando a los pigmeos con los altísimos watusi y a los tuareg con los zulúes.

Cuando llegaron los Conquistadores a América, había miles de tribus, cada una con sus dialectos y, muchas de ellas, con sus ídolos y costumbres muy distintas y, por supuesto, con diferencias raciales.

Incas y apaches, aztecas y araucanos, guaraníes y tlaxcaltecas, se diferenciaban en muchas cosas, y he mencionado solo a seis de las grandes naciones indias por todos conocidas.

Hace bastantes años hice en Guatemala –simpático país- y teniendo por guía a un indiano español de pro, el recorrido por carretera entre la capital y Chichicastenango, donde presencié, por cierto, en la impresionante iglesia colonial, la curiosísima traducción que hacía un “experto en hablar con Dios”, de las peticiones de un modesto campesino: el intérprete se dirigía a la imagen sagrada del Cristo con

verborrea gesticulante, mientras el peticionario observaba callado y humilde.

Bueno, pues en el trayecto, a cada rato me hacía ver mi amable guía las diferencias en vestido y peinado de los indígenas que veíamos en la carretera. Eran distintas tribus. Y eso en un trayecto calificable de paseo en automóvil en la pequeña Guatemala.

¿Qué diferencias no habría entre las poblaciones del sur de Argentina (Pa`entro) y de Chile (Pa`juera) (1) y el Canadá, límites del inmenso territorio explorado y/o conquistado por los españoles?

Independientemente de lo anterior, se podría clasificar a los indios americanos en dos grandes grupos:

a-Pequeñas tribus que guerreaban continuamente con sus vecinos:

“Por lo demás, esta sociedad aborigen muy pocas veces era pacífica. Se dividía en tribus y confederaciones enemigas: los cañaris y jíbaros se aliaban para luchar incansablemente contra los puruhaes y tiuzambis, y estos se armaban terriblemente contra cañaris, huancavilcas y pantzaleos. Entre punaes y tumbesinos existía una mortal odiosidad, etc...”
(2)

b-Grandes naciones que habían sometido, después de una implacable guerra de conquista, a millones de indígenas de otras tribus cercanas, a las que tenían sojuzgadas con una tiranía feroz.

La habilidad política de los Conquistadores españoles consistió en aliarse con ciertas tribus para vencer a otras (pacificando luego a todas y fomentando que comerciaran entre sí) y en aparecer, en otros casos, como libertadores de las poblaciones esclavizadas por los aztecas y los incas.

Decir que Hispanoamérica fue conquistada por los indios para los españoles en guerras civiles entre los primeros, que la Conquista fue entorpecida por guerras civiles entre los españoles y que la Independencia fue lograda en otras guerras civiles entre criollos españoles, con la oposición de los indios, puede parecer excesivo y es, desde luego, una simplificación de procesos más complejos.

Pero hay mucho de verdad en ello.

Vamos, en este capítulo, a comentar la primera parte de aquella tesis: sin el apoyo masivo de buena parte de la población indígena (y muchas veces de sus mujeres) la Conquista hubiera sido imposible.

Veamos un ejemplo: Balboa tenía una concubina, Anayansi, *“una hermosa india recibida por mujer de manos del cacique Careta, buen aliado con cuyos hombres emprendió la marcha en 1513 contra el cacique Ponca –atraído posteriormente con regalos al bando cristiano- y que, a su vez, unió sus fuerzas con las de Balboa contra el cacique Torrecha (...) Balboa se sintió siempre muy atraído por Ayanansi, cuyo papel en la conquista de Panamá es comparable al de Doña Marina (Malinche) con Cortés”* (“Caballo contra Jaguar”-Emilio García Merás-Kaideda Ediciones-1988-Pág. 237)

Cuando Hernán Cortés inició la conquista del Imperio Azteca, *“eran casi seis millones de indios y no pasaban de seiscientos los españoles”* (3). Pizarro llegó a Perú con unos 280 soldados (4) y los incas eran también muchos millones. Diez como mínimo (5)

Aunque los españoles fueran guerreros invencibles (que casi lo eran) y los incas y los aztecas fueran cobardes y débiles (que desde luego no lo eran) la victoria de los primeros es incomprensible a pesar de las explicaciones más divulgadas:

a-Los españoles fueron considerados como dioses. Ciertamente, pero solo al principio: *“Los de Tlaxcala en definitiva resolvieron que eran, en efecto, los españoles, hombres de carne y hueso y no teules (dioses) y que, por lo mismo, podrían ser vencidos”* (6) (Nota: esto ocurría antes de empezar los enfrentamientos con los aztecas)

b-El terror que inspiraban los caballos y las armas de fuego. También cierto, pero también fue solo al principio, como explicaré en un próximo capítulo. Pronto empezaron a combatir a la escasísima caballería (Cortés tenía 16 caballos) y a los estruendosos “tirapiedras” (trece escopeteros y tiros de bronce y cuatro falconetes) que componían la artillería de Cortés).

c-La superioridad de las armas españolas de acero frente a las de madera y pedernal de los indios. Compárense las fuerzas en presencia y el argumento resulta cómico.

La verdadera explicación de la victoria de los españoles está en el odio que tenían a los aztecas y a los incas todas sus tribus vecinas y a la guerra civil interna que padecían estos últimos.

Analicemos primero el llamado Imperio Azteca.

“Dentro de la extensión dominada por los aztecas había pueblos independientes y enemigos, como el de Tlaxcala, y otros que eran sim-

plemente aliados para la guerra, pero no tributarios (...) La situación de los zapotecas en Mitla y Zaochila, era más bien de pueblos federados, después de guerras sangrientas. En realidad no existía unidad en el llamado Imperio. Faltaban para ello las vías de comunicación, así como una cultura superior dominante. La desuniformidad lingüística era aterradora. No existía ninguno de los lazos que atan a un grupo, a una nación” (7)

“La clase dominante, la militar (...) recibía una educación salvaje en la que no faltaban las pruebas e iniciaciones sangrientas. Salían de allí verdugos que irían por las provincias a mantener la autoridad `por el terror (...) La prisión, la muerte y la esclavitud eran las penas usuales por infracciones que los civilizados no castigan o castigan levemente”. (8).

Para colmo, cuando llegaron los españoles, “en los instantes en que cualquier pueblo civilizado, ante la amenaza extranjera, decreta la amnistía y reúne en hermandad a todos los hijos del mismo suelo, los aztecas, en desenfreno suicida, multiplicaban los sacrificios y las medidas de terror (...) hasta que, en México, la sangre corría a chorros por los embaldosados” (9)

En cambio, “por donde pisaron los españoles se acabaron los sacrificios humanos” (10).

Nada más llegar, Cortés se alió con los indios de Cempoala, y con ellos dio batalla y venció a los de Tlaxcala, haciendo a estos también aliados contra los aztecas:

“Finalmente, salió Cortés rumbo a Cholula, acompañado de diez mil guerreros tlaxcaltecas que le fueron ofrecidos como auxiliares” (11). “Y seguimos la victoria hiriendo y matando pues nuestros amigos de Tlaxcala estaban hechos unos leones” (12).

“No cabe duda de que, en tan decisivo momento de la Conquista, fueron los tlaxcaltecas quienes decidieron su curso (...) Hasta treinta mil soldados preparaba Xicotencalt para ir en auxilio de Cortés”. (13).

“Después de la batalla, los de Tepeaca se desertaron de las filas mexicanas y se presentaron de paz a los españoles y dieron obediencia a Su Majestad y echaron de sus casas a los mexicanos” (14)

“Y mientras Gonzalo de Sandoval atacaba a Ixtapalapa con cosa de 40.000 indios (Nota: ya no solo tlaxcaltecas) y dos o trescientos españoles...”

“México fue conquistada por 1.200 españoles (Nota: los 600 iniciales más los que aportó, a su pesar, Velázquez) y 35.000 auxiliares indios. Si la Con-

quista de América debe ser contemplada como una proeza, fue un éxito más político que militar” (16).

El número de citas podría ser interminable.

“Ocurría que cada vez que los mexicanos castigaban un poblado, era la costumbre de tomar las mujeres para violarlas y a los hombres para comerlos. Cuando la guerra civil ocasiona semejantes atrocidades, lo natural es que el extranjero sea recibido como libertador” (17)

Sí, amigo lector, ha leído usted bien. Un ilustre historiador mexicano defiende que la llegada de los españoles supuso la liberación de las tribus indias, sometidas a un trato salvaje.

En el Perú ocurrió algo parecidísimo, con el agravante de que, cuando llegó Pizarro, *“ya para esta época ardía el incario en la sangrienta guerra civil entre Quito y El Cuzco” (18).*

Analicemos primero el origen del Imperio Inca:

“Entre los siglos XI y XII, aparecieron en las mesetas Perú-bolivianas, ciertos ayllus (clanes) de indios arrogantes, inteligentes y belicosos que se impusieron sobre sus vecinos por la alianza, la amenaza o el asesinato y llegaron a constituir un núcleo poderoso con un “Inga” a la cabeza (...) hablaban entre ellos en quechua (...) Principiaron sus conquistas. Rápidamente sometían a sus vecinos débiles. Con los fuertes luchaban hasta extinguirlos (...) Comenzó la expansión fuera de Cuzco. Una serie de luchas encarnizadas, en que preponderaba el sistema de eliminación absoluta, fue dando, poco a poco, el dominio territorial a los quechuas (...) Hubo matanzas horribles, y solo pudieron pasar los incas gracias a sus medidas de terror y al número aplastante de sus guerreros (...) las medidas punitivas o de castigo político de los incas eran extraordinariamente feroces” (19)

Es decir que, una vez más, la llegada de los españoles fue una desgracia para las clases dirigentes, en este caso los famosos Orejones, pero fue una liberación para grandes masas de indios esclavizados, pues el “yugo español” fue sin duda, a pesar de sus excesos, mucho más suave que el inca.

Pero además, como antes decíamos, el incario estaba en plena guerra civil. El año 1526 había muerto el poderoso Inca Huayna Capac. En el testamento decidió fraccionar el Imperio entre sus hijos Huascar y Atahualpa, con capitales en Cuzco y Quito respectivamente.

Poco después estallaba una sangrienta guerra civil entre ellos, y en 1532 llega Pizarro a Perú...

Atahualpa, ya prisionero de los españoles, temiendo que su hermano Huascar, al que a su vez tenía preso por sus generales, se aliara con Pizarro, le hizo asesinar con toda su numerosa familia.

Sin embargo, Pizarro consiguió otros aliados:

“Los 12.000 combatientes de Rumiñahui (General Inca) tuvieron que sostener la brega, durante casi un día integro, no solamente contra los 200 castellanos, sino contra 11.000 cañaris más”.(20)

“Domingo de Irala (...) en cuatro años había adquirido gran conocimiento de la tierra y de las tribus indígenas. A estas últimas las manejaba con singular habilidad y ellas serían su principal apoyo en la expedición al Perú” (21).

Y lo mismo ocurría en otros lugares, como por ejemplo en Paraguay:

“La organización de la familia hispano-guaraní, mediante una irrestricta relación, produjo insospechada trascendencia en beneficio del aun precario asentamiento hispano. Así, la proyección del mestizaje, robusto tronco de la nación paraguaya, y la natural alianza, que aseguró el contingente de auxiliares indígenas, especialmente importante para las frecuentes expediciones y los enfrentamientos con las bravas parcialidades no sometidas Paraguaya, Guaicurú y Mbayá” (22).

Y lo mismo en Centroamérica:

“Como antes en Darién y Nueva España (México), el país fue ganado por medio de sus habitantes, pues la condición normal de las tribus guatemaltecas era la guerra, y las dos principales, Calchiquelos y Quiches, estaban en perpetuo conflicto. Los primeros acogieron bien la eficaz ayuda de los españoles contra la tribu enemiga, y luego se dieron cuenta, demasiado tarde, de que aquellos poderosos aliados se habían convertido en sus amos.” (23)

También en Nueva Granada (Colombia):

“Los españoles ganaron gloria, regalos y agradecida alianza, ayudando a aquella gente contra sus malvados y feroces enemigos, los Panches, cuyas costumbres eran devorar a sus cautivos en el mismo campo de batalla” (24)

Creo haber dado suficientes datos en apoyo de la tesis, seguramente tan poco original como divulgada, de que, además de su indudable valor y esfuerzo heroico, y de una evidente (pero relativa, como luego veremos) superioridad en armamento, los españoles fueron capaces de conquistar América debido, sobre todo, a dos grandes cuestiones: los lazos de parentesco y alianza que les supuso la unión con generalmente predisuestas mujeres indias y, más aún, el haber sabido aprovechar el odio que se tenían entre sí las naciones aborígenes vecinas, entregadas constantemente a sangrientas guerras entre ellas para tratar de sojuzgarse o simplemente para conseguir cautivos para el sexo, la despensa o los sacrificios.

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS DEL CAPÍTULO 2

1-Durante la Colonia, en lenguaje coloquial, se llamaba a la Argentina “Pa ` entro” (a este lado de los Andes) y a Chile “Pa ` juera” (al otro lado)

2-“Breve Historia General del Ecuador”-Oscar Efrén Reyes-Tomo I-12ª Edición Premio Tobar del M.I. Consejo Municipal de Quito-Pág. 114

3-“Breve Historia de México”-Licenciado José Vasconcelos-21ª Edición-Compañía Editorial Continental S.A.-México-Pág. 55

4-Idem 2-Págs. 159 y 161

5-“Los Conquistadores españoles”-F.A. Kirpatrick-7ª Edición-Espasa Calpe S.A.-Colección Austral-Pág. 81

6-Idem 3-Pág. 71

7-Idem 3-Pág. 145

8-Idem 3- Pág. 146

9-Idem 3-Pág. 57

10-Idem 3-Pág. 61

11-Idem 3-Pág. 77

12-Idem 3-Pág. 103

13- Idem 3-Pág 103

14-Idem 3-Pág 105

15-Idem 3-Pág. 111

16-“Los Conquistadores”-Jacques Lafaye-Editions du Seuil-1964-Pág. 28

17-Idem 3-Pág. 110

18-Idem 2-Pág. 154

- 48 19-Idem 2-Pág. 131
- 20-Idem 2-Pág. 178
- 21-“Historia Argentina”-José Luis Busaniche-Ediciones Soler-6ª Edición-1982-Buenos Aires- Pág. 60
- 22-“Historia de Paraguay”-Luis G. Benítez-Imprenta Comuneros-Asunción-Pág. 35
- 23-Idem.5-Pág. 81
- 24-Idem 5-Pág. 213

III.- LA ESCASA SUPERIORIDAD DEL ARMAMENTO ESPAÑOL DURANTE LA CONQUISTA

Mucho se ha hablado de la superioridad que tenían los conquistadores, en sus combates con los indios, debida a su armamento: corazas, cascos, espadas y puñales de acero, ballestas, armas de fuego, terroríficas por su estruendo, y los también aterradores y nunca vistos caballos, que los indios creían que formaban un solo ser divino con el jinete.

Los indios, por su parte, no tenían más que arcos y flechas, jabalinas y “*macanas*” (especie de porras) y cuchillos de pedernal y obsidiana.

Si se analiza un poco el tema, la superioridad del acero frente a las flechas y el pedernal, podría justificar quizá la victoria, en un combate cuerpo a cuerpo, de uno contra tres, admitamos contra cuatro, pero es absurdo si se trata de uno contra 20 o contra 50.

Respecto a la armas de fuego, recordemos que Cortés tenía, al invadir México, “*trece escopetas y tiros de bronce y cuatro falconetes*” (1), que disparaban bolas de piedra. Piense el lector en el complicado proceso necesario para efectuar cada disparo: introducir el proyectil (no explosivo, claro) por la boca del cañón, atacarlo con la baqueta, cebar la pólvora, arrimar la mecha y ¡fuego!...y vuelta a empezar.

No sería fácil hacerlo bajo una lluvia de flechas y rodeados de muchos miles de guerreros atacantes y, como antes se dijo, explicaría la victoria de quizá uno contra cuatro, pero no de uno contra 50 o más valientes guerreros profesionales.

Es lógico aceptar el efecto de terror que causaban la explosión de los disparos y su efecto a larga distancia, y los monstruosos conjuntos de jinetes y caballos, aquellos extraños, potentes y rápidos seres nunca vistos.

Pero el comprensible espanto de los indios duró poco tiempo:

“Aquellas falanges de indios valerosos (incas) perdieron el terror al arcabuz y al cañón y al caballo y guerrearon sin cuartel en medio del estruendo de las armas extranjeras” (2)

“En este combate se puso a prueba la fortaleza indomable de los indígenas (de Argentina) y los españoles pudieron comprobar que, lejos de espantarse aquellos por las embestidas de los caballos, como había ocurrido (al principio) en el Perú, ponían a los animales y a sus jinetes fuera de combate con las boleadoras”. (3)

“Y parece ser que entre los Tlaxcaltecas se acordaron muchos de ellos para tomar a manos algún caballo y lo pusieron por obra arremetiendo; echaron mano a una muy buena yegua, hiriendo malamente al jinete, que era Pedro de Morán. Y a la yegua le dieron una cuchillada que le cortaron el pescuezo redondo” (4)

Hago notar que eso ocurría al principio de la conquista de México, cuando aún no había empezado la lucha contra los Aztecas.

También me parece oportuno comentar que para “cortar redondo” el cuello a una yegua, “de una cuchillada”, hay que tener armas bastante temibles.

Cabeza de Vaca, en sus “*Naufragios y comentarios*”, cuenta que:

“Como vieron los indios enemigos los caballos, que nunca los habían visto, fue tanto el espanto que tomaron de ellos, que huyeron por los montes”.

Sin embargo, al perseguirlos,

“...un indio se abrazó al pescuezo de la yegua y con tres flechas que llevaba en la mano, dio por el pescuezo a la yegua, que se lo pasó por tres partes” (Pág. 113)

También aprendieron los indios a apoderarse de los caballos de los españoles:

“La sierra era muy agria y los caballos no podían revolverse (...) los indios idearon una estratagema para atraer a los españoles hacia un

lugar de mayor peligro para apoderarse de los caballos atacando dos o tres de ellos a un mismo jinete al tiempo que sujetaban la cabalgadura por las crines y por la cola (“Caballo contra Jaguar”-Emilio García Merás-Kaideda Ediciones-1988-Pág. 218)

Pero es que, además, los indios aprendieron a combatir a la, por cierto escasísima, caballería (Cortés llegó con 16 caballos y Pizarro con 26).

“Estaban sentados los caciques en círculo, sosteniendo el debate habitual antes de entrar en batalla, cuando se levantó un joven indio llamado Lautaro, el cual había servido a Valdivia de lacayo y se había escapado, y se dirigió a ellos diciéndoles que los cristianos eran mortales como igual ocurría a los caballos (...) Se limitó a aconsejarles que (...) debían formar, uno detrás de otro, doce escuadrones; el primero, una vez desecho, se retiraba y volvía a formarse detrás de los otros. De esta manera la caballería española llegaría al agotamiento, por combates sucesivos con una interminable sucesión de escuadrones (...) El plan dio resultado: los cuarenta jinetes (...) exhaustos por una serie de combates, fueron aplastados por la masa india” (5)

Ello supuso que en algunas ocasiones se debiera prescindir del caballo:

“Era tanta la gente de armas enastadas y mazas que no podían los cristianos hacer a sus caballos arrastrar a los indios, dice Valdivia en carta escrita al Emperador, desde Concepción, el 15 de octubre de 1550. La batalla estaba muy comprometida para los españoles, y una carga de los jinetes desmontados y armados con picas pudo restablecer la situación” (6)

Según otro autor:

“Lautaro, que había estado junto a los conquistadores y luego se constituyó en uno de los más importantes líderes araucanos, conocía de cerca la táctica de los españoles y las virtudes y defectos de las armas de fuego. A raíz de esto ideó una táctica de ataques por oleadas sucesivas, que impidieron a arcabuceros y artilleros recargar sus armas” (7)

Y también aprendieron los indios a utilizar el armamento cogido a los prisioneros y cadáveres:

“...pues las armas tomadas a los españoles se volvían contra los que se defendían en Cuzco y unos cuantos audaces jefes incas hasta se atrevieron a montar algunos de los caballos” (8)

En el curioso libro *“Les secrets des temples Incas, Azteques et Mayas”* (9) se dice:

“Es como vencedor que el joven emperador Manco Inca abandona Quito. Cien mil indios, por lo menos, se le han unido, después de haber robado a los españoles armaduras, lanzas, espadas e incluso caballos (...) Algún tiempo después recibe en Viticos la visita de cinco soldados españoles que dicen haber participado en el combate contra Pizarro y se consideran en peligro de muerte si el Inca no les acoge bajo su techo. Manco Inca consiente en salvarlos, no por piedad, sino para aprender más sobre su manera de fabricar pólvora, de herrar caballos...”

En algunas ocasiones se combatió sin armas de fuego, por haberse agotado o mojado la pólvora:

“La batalla de Otumba, dice Prescott, una de las batallas decisivas de la Historia, demostró de modo concluyente que fueron los españoles mismos, y no su armamento superior, lo que conquistó el Imperio Azteca. Solo hombres de extraordinario vigor físico y valentía podían haberse librado de ser aniquilados por el mero peso de la cantidad. Debe añadirse que los españoles no tenían artillería en Otumba ni pólvora para los pocos arcabuces que habían salvado en la horrible confusión de “La noche triste”. (10)

En una ocasión el arcabuz fue objeto de una confianza admiración.

Pizarro había enviado a Pedro de Candía a explorar y, al llegar este a un poblado, unos indios que ya habían visto disparar arcabuces, le pidieron *“que hiciera hablar a aquel palo”, para que todos vieran su poder. Pedro disparó contra un tablón, haciéndole pedazos. Entonces, el cacique “colmó a Candía de honores y de cumplidos al tiempo que, pidiéndole el arcabuz, le echaba por el cañón muchos vasos de chicha, el vino de maíz, mientras le decía: toma bebe, pues contigo tan gran ruido se hace, que eres semejante al trueno del cielo”.* (“Caballo contra Jaguar”-Emilio García Merás-Kaydeda Ediciones-1988-Madrid-Pág. 107)

Analícemos ahora el armamento de los indios:

“Iban armados con hondas, arcos, lanzas, jabalinas lanzadas con disparadores y un arma que los españoles llamaban “montante”, “espada a dos manos”, que estaba formada por una hoja de espada de unos cuatro pies de longitud, a cada uno de cuyos lados había una muesca provista de piedra obsidiana, cortante como una navaja de afeitar, aunque se

embotaba después de unos cuantos mandobles. Y todas las tribus de Nueva España estaban entrenadas en el manejo de estas armas y lanzaban sus proyectiles, piedras redondas, jabalinas y flechas con perfecto tino (...) Como armas defensivas usaban escudos circulares de madera o se protegían con jubones de algodón acolchado; estos últimos fueron adoptados por los españoles, muy pocos de los cuales tenían cotas de malla.” (11)

Esos jubones tenían la ventaja, sobre la malla de acero, de pesar mucho menos y de ser más soportables cuando hacía calor.

Veamos qué tal manejaban sus armas:

“Permaneció la tropa quince días en Apalache (Florida), explorando aquella pantanosa comarca y defendiéndose de unos indios que no la dejaba descansar. Eran los terribles flecheros Timacanos y Seminolas, capaces de atravesar todo con sus flechas. Andaban los indígenas desnudos y su gigantesca estampa les permitía manejar unos arcos tan gruesos como el brazo con los que flechaban sin yerro a 200 pasos”. (12)

“Resultaban unos terribles flecheros, pues con sus arcos, de su misma altura, lanzaban grandes flechas, capaces de atravesar los trocos de los árboles. Y con tal puntería, que los soldados españoles hallaron una vez, después de una dura refriega, doce caballos con el corazón atravesado, y otros cuatro más con dos flechas cruzadas en este mismo órgano, acertadas a tirar, a un mismo tiempo, desde dos lados opuestos del caballo, caso de tino realmente maravilloso” (13)

“Ojeda ancló en la amplia bahía donde después se alzó la ciudad de Cartagena. Al momento desembarca con setenta hombres para atacar a los indios, pero su imprudente confianza recibió un duro golpe: solo él y un compañero lograron burlar a la muerte en la huida, gracias a su agilidad de pies y su habilidad usando el escudo, que mostró las señales de 23 flechas, mientras que el resto de la compañía, entre ellos Juan de la Cosa, fueron alcanzados por las flechas envenenadas y murieron delirando” (14)

“Con aquesta hierba tan mala como he contado untan los indios las puntas de sus flechas, y están tan diestros en el tirar y son tan certeros y tiran con tanta fuerza que ha acaescido muchas veces pasar las armas y caballos de una parte a otra, o al caballero que va encima, si no son demasiadamente las armas (jubones protectores) buenas y tienen mucho algodón; porque en aquella tierra, por su aspereza y humedad, no son

buenas las cotas ni corazas, ni aprovechan nada para la guerra destos indios que pelean con flechas" (15), como ya se comentó antes.

Es decir que la superioridad del armamento español era indudable, pero no aplastante, como sí lo era el desequilibrio numérico de los combatientes de uno y otro bando.

Como hemos visto en un anterior capítulo, en muchas de las ocasiones los españoles fueron ayudados por importantes contingentes de indios aliados, pero hubo casos, como las batallas de Cortés contra los tlaxcaltecas, que parecen increíbles.

Recordemos que Cortés contaba con *"15 caballos y unos 400 de infantería, acompañados de 200 cargadores indios que arrastraban a los seis pequeños cañones y 40 nobles de Cempoala con sus tropas: 1.000 cempoaltecas en total"* (16)

Hubo tres batallas consecutivas.

En la primera fueron atacados por 3.000 tlaxcaltecas (proporción de dos a uno) que son fácilmente vencidos (17)

Al día siguiente son atacados por 6.000 que, al fingir una retirada, llevan a los españoles *"a donde estaban en celada más de 40.000 guerreros con su Capitán General, el bravo Xicotencatl"*. ¡Proporción de 33 a uno! Y eso catalogando a los auxiliares de Cempoala a la misma altura bélica de los españoles.

Suponiendo que los 1.000 cempoaltecas tuvieran bastante con combatir a 1.000 tlaxcaltecas, quedarían 45.000 de estos para los 400 españoles. ¡110 contra uno!

Y vencieron los españoles.

Un día de descanso y nueva batalla, esta vez contra 50.000:

"Podría comparar como si hubiese unos grandes prados de dos leguas de ancho e otras tantas de largo y en medio de ellos 400 hombres, así era. Todos los campos llenos de ellos y nosotros, obra de 400, muchos heridos y dolientes".

Y volvieron a vencer los españoles.

Son estos datos muy sabidos y, seguramente, muy exagerados, pero conviene recordarlos para admirarse una vez más de algo que parece realmente inverosímil:

“El relato de la caída de la civilización Azteca ante los invasores españoles (...) trasciende lo fabuloso, y desde luego muy pocos novelistas –o quizá ninguno- han concebido un argumento tan pletórico de incidentes o han llevado sus héroes a la victoria frente a mayor desproporción” (18)

Aunque siempre se ha dicho que las comparaciones son odiosas, no resisto la tentación de hacer un breve comentario sobre dos campañas militares que fueron famosas casi cuatro siglos después de lo aquí narrado, protagonizadas por dos de los ejércitos más prestigiosos de la época.

Parece inútil subrayar la fama de la Legión Extranjera francesa como cuerpo militar de choque.

Casualmente, uno de sus más heroicos hechos de armas ocurrió precisamente en México, en un pueblecito llamado Camerone, apoyando al Emperador Maximiliano. Pero vamos a recordar otra campaña que dio mucho prestigio a la Legión.

“En 1892 un Cuerpo Expedicionario de 3.000 legionarios, al mando del Coronel Dodds, desembarca en Uuidah, en la costa de Dahomey. Francia quiere llamar al orden a un reyezuelo indígena llamado Bahanzin (...) Se avanza en plena jungla, llegan al río (...) acampan en un poblado, Dogba, protegido su flanco fluvial por los cañones de la marina (...) A las cinco de la mañana miles de guerreros negros atacan el campamento armados de hachas y lanzas (...) las descargas cerradas contienen a las avalanchas de asaltantes (...) los dahomeyanos se retirarán dejando un millar de muertos”. La legión no tiene un solo muerto en toda la campaña” (19)

Los franceses eran 3.000 y estaban armados con fusiles modernos, ametralladoras, seguramente granadas de mano...y la artillería de la Marina, que disparaba proyectiles explosivos, no bolas de piedra ¿Hay comparación posible?

Muy pocos años antes ocurrió algo que estremeció a Europa:

“En enero de 1879, las tribus zulúes, sin más armas que sus lanzas y escudos, destruyeron totalmente a una División inglesa, con fuerzas de caballería y de artillería, en el más completo e inaudito desastre militar sufrido en la historia de las guerras coloniales” (20)

“Según los datos más fehacientes, murieron en la trágica jornada de Isandhlwana unos 1.600 soldados británicos, sin contar las tropas nati-

vas (...) Según el cronista Newman y los oficiales ingleses supervivientes de la matanza, Cetywayo acaudillaba unos 18.000 zulúes”.

Entre los muertos estaba Eugenio Luis Napoleón, único hijo de Napoleón III y de la española Eugenia de Montijo.

“Como era de esperar, Inglaterra procedió a vengar la afrenta (...) El General Wolseley, al frente de enormes efectivos (...) consiguió tomar la capital Zulú, quemándola de punta a punta (...) Las enérgicas declaraciones del Obispo anglicano de Pietermaritzburg, denunciando los malos tratos y torturas infligidas a los cautivos cafres y zulúes, fueron silenciadas”.

Aquí se me ocurre comentar que también Inglaterra, Francia, E.E.U.U., etc., han tenido seguramente sus “Padres las Casas”, pero nadie les hizo caso...sobre todo en sus propios países, pero no así en España, donde están muchos de los admiradores y divulgadores del famoso y poco fiable “Padre”.

No se puede dudar del valor y eficacia militar del Ejército Inglés en su época imperial. Pero 18.000 guerreros son muchos guerreros.

Más eran los Tlaxcaltecas y los Aztecas y los Incas, y muchos menos eran los españoles, y ridículas eran las armas de estos en comparación con las de la Legión Extranjera francesa o el cuerpo expedicionario inglés de cuatro siglos después. Por eso su gesta es increíble.

Y al escribir esta última frase acabo de quedar automáticamente clasificado como “Espíritu muy superficial, de campanario” por Don José Gabriel Vazeilles, que en su libro “Conquista española de América dice:

“...la conquista de América, que solo espíritus muy superficiales, de campanario, pueden llamar con los nombres de “Epopéya” o “Gesta”. Tal vez sea exagerado, desde una perspectiva crítica, llamar tragedia a este ciclo histórico, y probablemente, a pesar de su conducta, no merecen los conquistadores el calificativo de “simple puñado de bandidos” destructores de civilizaciones, que les adjudicó Spengler” (21)

Es curioso que el Sr. Vazeilles no menciona en su libro, una sola vez, el trato salvaje que dispensaban incas y aztecas a sus tribus vecinas, ni los sangrientos sacrificios humanos y el canibalismos de los indios, a quienes llama, con el padre Las Casas –profusamente citado, por supuesto- “ovejas mansas”.

La imparcialidad del Sr. Vazeilles queda claramente expuesta cuando, entre la profusa relación de tantas canalladas hechas por los españoles, califica a Atahualpa como “*astuto*” (22) cuando manda asesinar a su hermano Huascar y a toda su familia, niños y esposas embarazadas incluidas.

También es ilustrativa la opinión de Miguel Ángel Espino. En su libro “*Mitología de Cuscatlán*” afirma:

“Asesinos, ladrones, incendiarios, la hez de España, felina y sanguinaria, vino a colonizar América y a dejar su simiente degenerada en estas tierras” (23)

Se ve que el Sr. Espino tiene mala opinión de sus probables antepasados.

Y sigue:

“La Iberia vació sus lobos, rojos de deseo, enfebrados ante la caza del indio, que era un festín de carne fresca” (24)

Y también declara, sin que le tiemble el pulso, que:

“La españolización de América fue un mito” (25)

El lector juzgará.

Desde luego, “*Mitos*” así no se ven todos los días.

No, Señores Vazeilles y Espino y simpatizantes:

“Ni los conquistadores fueron siempre esos posesos de la destrucción que pinta la Leyenda Negra, ni tampoco los santos o caballeros de una cruzada espiritual que describe la no menos ingenua Leyenda Blanca” (26)

Fueron hombres muy duros que, gracias a ello, vencieron en una cruel guerra de conquista, ayudados por unos indios que querían librarse de la opresión, más cruel todavía, a que les sometían otros indios, hombres muy duros que cometieron muchas veces indudables abusos, que se siguen cometiendo hoy, pero que entonces eran perseguidos y castigados por las leyes, probablemente en mayor proporción que hoy, pues paradójicamente, cuando los indios quedaron realmente (nunca mejor dicho) desamparados fue al perder la protección de la Corona española.

Y el resultado de todo ello fue un curioso “Mito”: más de veinte naciones y más de trescientos millones de personas hablando español y formando parte importantísima de la civilización occidental.

Repito: “*Mitos*” así no se ven todos los días.

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS DEL CAPÍTULO 3

- 1-“Breve Historia de México”-Pág.48
- 2-“Breve Historia General del Ecuador”-Pág.178
- 3-“Historia Argentina”-José Luis Busaniche-Buenos Aires-Pág.48
- 4-Idem 1-Pág. 69
- 5-“Los Conquistadores españoles”-F.A. Kirkpatrick-Universidad de Cambridge-Espasa Calpe-7ª Edición-Pág. 192
- 6-“Próceres de Chile. Pedro de Valdivia”-Manuel Reyno Gutiérrez-Gran Enciclopedia La Nación-Santiago de Chile-Pág. 68
- 7-“La Conquista española de América”-José Gabriel Vazeilles-Centro Editor de América Latina S.A.-1971-Buenos Aires-Pág.144
- 8-Idem 5-Pág.129
- 9-“Les secrets des temples Incas, Azteques et Mayas”-Philippe Aziz-Editions Famot-Geneve-1978-Págs. 14 y 17
- 10-Idem 5-Pág. 68
- 11-Idem 5-Pág. 52
- 12-“Drama y Aventura de los españoles en Florida”-Darío Fernández Florez-Ediciones Cultura Hispánica-Madrid-1963-Pág. 33
- 13-Idem. Pág. 21
- 14-Idem 5-Pág. 40
- 15-“La Crónica del Perú”-Pedro Cieza de León-Espasa Calpe S.A.-Colección Austral-3ª Edición-Pág. 53
- 16-Idem 5-Pág. 58
- 17-Idem 1-Pág. 68 y siguientes
- 18-Idem 5- Pedro Mártir citado en pág. 47

- 60 19-“Historia y Vida”- N°155-“La Legión Extranjera”-Juan Pedro Yaniz Ruiz-págs. 10 y 15
- 20-“Historia y Vida”-N° 153-“La guerra de los zulúes”-Mariano Fontrodona-Pág 90
- 21-Idem 6-Pág. 155
- 22-Udem 6-Pág. 99
- 23-“Mitología de Cusclatán”-Miguel Ángel Espino-Dirección General de Publicaciones-El Salvador-Pág. 28
- 24-Idem-Pág. 30
- 25-Idem. Pág. 1
- 26-”De la Conquista a la Independencia”-Mariano Picón Salas-Fondo de Cultura Económica-México-Pág. 56

IV.- LOS ABORÍGENES AMERICANOS EN LA ÉPOCA PREHISPÁNICA, LA CONQUISTA, LA COLONIA Y LAS ACTUALES REPÚBLICAS. DE COMO EMPEORÓ SU SITUACIÓN DURANTE LA INDEPENDENCIA

“Todo corazón bien puesto de esta América hispana, indio, mestizo, mulato, negro o criollo, siente las glorias de la España creadora”

Eso dice el Licenciado Vasconcelos en su *“Breve Historia de México”*, ya varias veces citada. (1)

Algo parecido oí yo, hace ya muchos años, en el aeropuerto de Bogotá, una de las muchas veces que he estado en la querida Colombia.

El policía al que entregue mi pasaporte tenía rasgos evidentes de sangre india.

Miró el pasaporte, me miró con cara inescrutable y me dijo:

-Es usted español- era más afirmación que pregunta- *Usted no sabe donde está España...*

Me dejó desconcertado, sin saber qué contestar

Se me adelantó:

-España está en el corazón de todo indio bien nacido

Selló el pasaporte y me lo dio

Textual. No pongo ni quito una coma. Se me quedó grabado.

Y en aquel entonces me pareció simplemente una frase bonita y cortés, algo confusa.

Luego, al viajar intensamente por Hispanoamérica, al leer muchos libros y ver y oír muchas cosas, he comprendido su significado profundo, que intentaré explicar en este capítulo.

Los españoles que conquistaron América era gente de costumbres rudas y violentas, que hoy nos parecen sanguinarias (aunque parecen suaves al lado de lo que se hizo en Europa en el siglo XX).

Cometieron muchas brutalidades con los aborígenes –sin olvidar las que se hicieron unos a otros entre ellos mismos- porque los usos de entonces eran brutales en todo el mundo, porque tenían enfrente un contrincante más brutal todavía y porque era una guerra de conquista, situación ya de por sí poco dada a delicadezas.

Y después de reconocer lo anterior voy –basándome una vez más, casi exclusivamente, en historiadores hispanoamericanos- a romper una lanza por aquellos posibles parientes de algún ancestro mío y muy probables antepasados de los actuales hispanoamericanos que lean esto.

Afirmo, ante todo, que para una mayoría del pueblo indígena –no para las clases dirigentes, claro- la llegada de los españoles mejoró sensiblemente su situación.

Resulta que:

“La conquista española se vio favorecida (...) por la escasa adhesión que las masas indígenas campesinas sentían hacia su clase gobernante, una aristocracia guerrera que las había conquistado con anterioridad y las explotaba duramente en su exclusivo beneficio” (2)

Y si empezamos por el Imperio Azteca, parece ser que:

“La visión místico-guerrera creada por Tlacaetl y que culmina con el establecimiento de la “Guerra Florida”, es capital para el desarrollo del poderío mexicatl, pues el pueblo se convierte en el Elegido del Sol, y eso va a justificar todas sus conquistas. De hecho, al acometer a otros pueblos se está cumpliendo con la misión sagrada” (3)

Fíjese el lector en el curioso paralelismo con la justificación básica de los españoles al propagar el cristianismo.

Oigamos otra vez al Licenciado Vasconcelos:

“...ese mexicano indio puro, si no tiene en las venas hiel, si logra expulsar de su fisiología el veneno acumulado por más de un siglo de propagandas malévolas, tendrá que reconocer que era más patria lo que Cortés construía que la del valiente Cuauhtémoc o la del cobarde Moctezuma. Tendrá que reconocer que para su propia sangre, temporalmente humillada por la Conquista, había más oportunidades, sin embargo, en la sociedad cristiana que organizaban los españoles que el la sombría hecatombe periódica de las tribus anteriores a la Conquista (...) Desechad, pues, todo ese sentimentalismo a lo Prescott, a lo Lewis Wallace, sobre el dolor del indio que perdía su patria. Los indios no tenían patria, y salvo uno que otro cacique, mejoraron con la Conquista. Los españoles oprimieron a los indios, y los mexicanos seguimos oprimiéndolos, pero nunca más de lo que les hacían padecer sus propios caciques y jefes (...) Los pueblos esclavizados se hacían la guerra perpetua sin objeto, o mas bien con el objeto de tener prisioneros para los sacrificios (...) En todo el resto de la Tierra se ha juzgado como antinatural matar, y se ha matado sabiendo que se cometía un crimen. Solo el azteca mataba movido por el gusto y por mandato del menguado Huichilobos. En consecuencia, vivían los aztecas poseídos de un terror que se denuncia aún en las formulas serviles de trato, en las reverencias complicadas, en la expresión del rostro inexpresivo y en la pobreza general abyecta (...) Porque nuestros dioses estaban exentos de vicios humanos, pero en cambio eran sanguinarios, y solo sonreían cuando el teocaltl (altar) humeaba corazones deshechos y sangre de inocentes niños” (5).

Veamos ahora qué nos dice el historiador ecuatoriano Don Oscar Efrén Reyes (6):

“En el valle del Cuzco moraban, desde tiempos remotísimos, ciertos grupos de raza Aimará (...) Muy pronto los ayllus (clanes) quechuas (incas) cayeron sobre estos grupos y los eliminaron o los sometieron terriblemente. Luego, captados el territorio y los sembríos, sentaron las bases de un poder económico y militar hasta entonces desconocido entre los aborígenes (...) En lo social sufrieron las comunidades agrarias algunas restricciones por la conquista, pues la vigilancia estricta y minuciosa de la vida de hogar, la absorción de mujeres para el culto o para el Inca, la prohibición de comerciar o de transitar, los matrimonios forzosos y otras exigencias de la disciplina y de la estadística, causaron perturbaciones y alguna desintegración de dichas comunidades (...) Tratándose de cacicatos bravos, de masas rebeldes al trabajo intensivo y al pago de una tributación que les resultaba muy dura, la paz no podía

imponerse sino por el terror (...) Más de quince mil Cañaris, y no menor número de Puruhaes y de Quitus fueron echados de sus comunidades y transportados a lejanas regiones”.

Es decir, que la situación del pueblo indígena bajo los incas no era tampoco precisamente envidiable cuando llegaron los españoles: estaba sojuzgado y aterrorizado.

Y esto se ha divulgado muy poco, porque:

“Durante mucho tiempo, los especialistas de la historia inca consideraron la obra de Garcilaso de la Vega como su fuente más segura (...) Hoy día, a la vista de nuevas investigaciones, se tiene tendencia a tener cada vez más dudas sobre la consciencia, e incluso la honestidad, de Garcilaso como historiador. Es evidente que evita cuidadosamente evocar los aspectos bárbaros de la civilización inca. No se encuentra ninguna señal en sus escritos, por ejemplo, de los sacrificios humanos ni de los crueles castigos impuestos por el soberano a los culpables (...) La antropofagia era una costumbre bastante extendida por el continente sudamericano” (7).

Desde luego durante la Conquista los españoles hicieron muchas barbaridades, y recordemos solo un par de ellas.

El archifamoso Padre Las Casas cuenta:

“Los cristianos entraban en los pueblos y no dejaban niños, ni viejos, ni mujeres preñadas y paridas que no desbarrigasen y hacían pedazos (...) tomaban a las criaturas de las tetas de sus madres por las piernas y daban de cabeza con ellas en las peñas” (8).

Y Cieza de León, en su “Crónica del Perú”, después de explicar que cada español que caía prisionero era, a menos que lo mataran al momento, empalado o torturado hasta hacerlo morir antes de ser devorado, dice que, en cierta región,

“Todas las demás tribus vivían amedrentadas por una tribu más feroz y formidable que todas, los Pozos, y por consiguiente los de Carrapa y Picara recibieron con los brazos abiertos la ayuda española contra estos terribles enemigos (...) Un millar de Pozos, hombres mujeres y niños, se refugiaron en una elevada roca (...) sus enemigos indios rodearon la base de la roca, mientras los españoles soltaron los perros, los cuales eran tan feros que a dos bocados abrían a los pobres hasta las entrañas (...) y los muchachos muy tiernos era hechos pedazos por los perros (...)

y escapando de aquel peligro se veían en otro mayor en poder de los vecinos, los de Carrapa y Picara, que ni dejaban mujer fea o hermosa, moza ni vieja, que no matasen; y los niños los tomaban de los pies y daban con las cabezas en las peñas” (9)

¿No son curiosamente semejantes esas narraciones? El Padre Las Casas no estaba presente y hablaba de oídas ¿No achacaría a los españoles lo que hicieron sus aliados indios?. Porque los españoles harían muchas barbaridades (por ejemplo lo de los perros) pero no parece razonable imaginarlos desbarrigando mujeres preñadas y estrellando niños contra las peñas.

Aunque quizá sí, porque suponiendo que fuera cierto lo que decía Las Casas que hacían los españoles con los niños y que repetían los indios con sus enemigos también indios, parece ser que seguían haciéndolo, siglos después, los descendientes de ambos (españoles e indios) ya soldados republicanos:

“Y, en desdoro de las armas republicanas, fuerza es hacer constar que se ejercieron odiosas represalias (...) Prisioneros degollados a sangre fría, niños recién nacidos arrancados del pecho materno, la castidad virginal violada, campos talados y habitaciones incendiadas, son horrores que han manchado las páginas de la historia militar de las armas colombianas en la primera época de la guerra de la independencia” (10)

No puede dudarse de la matanza que hizo Cortés en Cholula donde, en dos horas, murieron más de tres mil indios.

Una vez más es el Padre Las Casas quien lo denuncia, y Bernal Díaz del Castillo, testigo presencial, contesta:

“El fraile afirma sin causa que por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo y así lo dice quien no lo vio, ni lo sabe, ni de otras crueldades que dice en su libro” (11)

El mismo Cortés reconoce que quemó insurrectos y que a unos traidores les hizo amputar las manos. Horrible.

Pero hay que tener en cuenta que *“el incendio, la mutilación, el descuartizamiento, el apaleamiento hasta la muerte, todo ello en público, eran castigos corrientes en Europa” (12)*

Probablemente muchas de las mayores crueldades de la Conquista las hicieron los aliados indios de los españoles:

“Cortés era contrario a la destrucción sin motivo, pero no podía im-

pedir a sus auxiliares Tlaxcaltecas saquear, degollar y comer los cadáveres” (...)

“Estos indios de Pozo (...) son tan carniceros de comer carne humana como los de Arma, porque yo les vi un día comer más de cien indios y indias de los que habían muerto y preso en la guerra andando con nosotros (...) buscándolos entre las matas como si fueran conejos” (14)

En el libro *“Lautaro”*, de Manuel Reyno Gutiérrez, se dice:

“Lautaro (líder araucano) volvió a cometer toda clase de atropellos en las vidas y propiedades de los Picunches (...) Dejaba que sus hombres cometieran actos de terror contra los pueblos que no deseaban someterse a sus exigencias y enrolarse en las filas de su ejército como combatientes contra los españoles. Muchas veces su rigor llegó hasta hacer quemar vivos a algunos infelices frente a sus horrorizados familiares” (Págs. 48 y 52)

Volviendo con los españoles, en Perú, la ejecución de Atahualpa, después de un irrisorio proceso, fue odiosa, a pesar de que él había mandado asesinar, poco antes, a su hermano Huascar y a todas sus mujeres e hijos.

Vergüenza da la repulsiva venganza de Pizarro contra el Inca Manco:

“Tenía en su poder una esposa favorita de Manco. La desnudaron, la ataron a un árbol y los guardianes de Cañari la azotaron y la mataron a flechazos” (16)

“Hallaremos, sin duda, iniquidades en la historia de la Conquista; es rasgo característico de la hombría española no negar, ni siquiera disimular sus yerros, sino más bien adelantarse a condenarlos (...) En otras conquistas los horrores se han quedado tapados, o se ha pretendido taparlos; pero sin honra, pues al crimen consumado se ha añadido la insinceridad y la hipocresía” (17)

Y a ver quién tira la primera piedra, porque *“Al juzgar a los españoles conviene recordar lo que Essex hizo en Irlanda una generación después, o los horrores que cayeron sobre la población civil alemana durante la Guerra de los Treinta Años, en el siglo siguiente” (18)*

O –añado yo- la famosa “Noche de San Bartolomé”, en 1572, en Francia, con la matanza de 10.000 a 20.000 hugonotes (protestantes); o la muerte de 20.000 holandeses, incluidos mujeres y niños, en los campos de concentración británicos en la Guerra de los Boers; o el

sistemático y eficaz genocidio de los indios norteamericanos, o durante la invasión japonesa de China, en 1937, la masacre de Nankín, con el asesinato de 40.000 civiles y la violación de 20.000 mujeres; o las matanzas de las SS alemanas en la 2ª Guerra Mundial; o las hechas por Stalin, incluidos 14.500 oficiales polacos en Smolensko, en 1943; o los dos actos puntuales más inhumanos y repugnantes de la 2ª Guerra Mundial: las bombas atómicas en Hiroshima (6-8-1945) y Nagasaki, tres días después: 246.000 muertos de población civil. A Truman no le pareció bastante la primera y, conociendo ya sus efectos, ordenó lanzar la segunda tres días después.

Y más recientemente, en 1995, la masacre de Sebrenica, con el asesinato por los soldados serbios, de unos 8.000 bosnios musulmanes, niños, mujeres y ancianos incluidos, y la violación sistemática, como táctica de guerra, de entre 30.000 y 50.000 niñas y mujeres musulmanas.

Por suerte (para ellos) y desgracia (para nosotros) no ha habido otros “*Padres Las Casas*” en Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia, EEUU, Japón y Serbia.

Y si los ha habido, no les han hecho caso, como por ejemplo al Obispo anglicano de Pietermaritzburg, citado en el capítulo anterior, que denunció las torturas infligidas por los ingleses a los prisioneros cafres y Zulúes.

En resumen: todas las guerras son horribles, y si son civiles, peor y se intenta demostrar en este libro que la mayor parte de lo ocurrido en Hispanoamérica fueron guerras civiles.

Pero, acabada la cruel etapa de la Conquista, veamos si la suerte de los indios mejoró o empeoró respecto a su situación anterior.

Empecemos por saber que “los indios preferían a los colonos españoles a sus antiguos caciques”

Sepamos también que “*el sistema de rigor que adoptaron los primeros conquistadores fue pronto remplazado por un sistema de dulzura y de bondad*” (20)

Lamentablemente esto duró poco y pronto empezaron los abusos:

“*Se había hecho posible la amalgama hispano-guaraní, fundamento del afianzamiento de la colonia asunceña*”.

Es decir: la población de la ciudad de La Asunción se basó en el mestizaje.

“Pronto se hizo evidente, sin embargo, que los términos de la alianza eran muy precarios y las aportaciones desproporcionadas. En realidad todas las obligaciones eran de los indígenas y los derechos de los conquistadores. De grado o por fuerza, aquellos entregaron sus doncellas, y tras ellas, los varones fueron incorporados como auxiliares (...) con reiteradas exigencias de todo orden, con su cortejo de prepotencia y arbitrariedades” (21)

Estos abusos motivaron que el Gobernador y Capitán General de las provincias del Río de la Plata, Domingo Martínez de Irala, dictara unas ordenanzas en las que *“Ordenamos y mandamos que las personas a quienes son y fueron encomendados (los indios), sean obligadas a tratarlos muy bien y favorecerles y ampararles en todo lo que fuera posible y no darles excesivos trabajos (...) tratándolos como a prójimos, instruyéndolos y doctrinándolos (...) Ordenamos y mandamos que cada año salgan y vayan visitadores por toda la tierra y sus partidos con solemne autoridad de justicia, escribano y lengua (intérprete) (...) y hagan informaciones de las fuerzas, agravios y delitos, y prendan a cristianos o indios y los traigan a esta ciudad para que se haga justicia”.* (22)

Nótese que también había indios, ya en la Colonia, que seguían maltratando a sus congéneres.

Cincuenta años más tarde, en 1611, llegó el Oidor de la Audiencia de Charcas, con amplias facultades para investigar la situación de los indígenas:

“Alfaro promulgó, en La Asunción, sus célebres Ordenanzas, cuyas disposiciones significaban nada menos que la liberación del servicio personal de los indígenas y Hernándezarias, el Gobernador, fue designado protector de los indios” (23)

“Hernándezarias se preocupó, sin concesiones, en el favorecimiento de los naturales, peleando a los españoles que abusaron del régimen encomendero” (24), que, por desgracia, no fueron pocos.

Pero volviendo a nuestro tema, Oscar Efrén Reyes (25) nos dice que: *“Dentro del propio siglo XVI ya los indios de La Puna (región del Perú) eran los mayores propietarios y vendedores de cerdos en el litoral y los indios de Latacunga y Ambato, gracias al incremento de sus ovejas (Traídas de España), establecían obrejas por cuenta propia, cuyo rendimiento les permitía cierto enriquecimiento y lujo (...) La harina producida se quedaba en parte en las propias regiones de producción para*

la fabricación del pan más barato del mundo (...) Un toro costaba dos pesos y por diez gallinas se pagaba un peso (...) Multitud de aborígenes de dedicaron al trabajo de porteadores y los precios de cargada eran de un peso de oro por la primera jornada”

Es decir, que con el jornal de un día, un indio podía comprarse entonces medio toro o diez gallinas o 25 libras de pan.

También nos dice el Sr. Reyes que:

“Fuerte fue la lucha que se entabló entre el poder público español, empeñado en hacer cumplir las leyes protectoras, y los encomenderos, empeñados en considerar a los indios como cosa de su propiedad. Varios de los presidentes de la Audiencia se enfrentaron con los poderosos encomenderos y hasta procedieron a quitarles la encomiendas en castigo de excesos y tiranías . Pero los intereses del medio eran más poderosos que los chapetones, y varios de estos tuvieron que ceder, por interés, por comodidad o por miedo, y el indio tributario pasó a ser jornalero vitalicio sin paga alguna” (26)

Es importante destacar esto:

Eran los “Chapetones”, las autoridades españolas enviadas por el Rey, quienes se enfrentaban a los encomenderos, ya criollos, por defender a los indios.

“Fue en verdad sorprendente la difícilísima empresa civilizadora que asumió el estado español sobre los indios (...) mientras otros países, en sus colonias del mismo continente americano, los corrían a balazos sin tomarse el trabajo de civilización alguna ni de asumir tentativa de ninguna clase para legislar sobre su defensa o incorporación a la nueva sociedad” (27)

Porque mucho se ha hablado del exterminio de la población india por parte de los españoles, pero no hubo tal exterminio:

“Es dudoso que la población precolombina de Hispanoamérica haya sido numerosa. Las estimaciones más verosímiles indican, por ejemplo, que el Imperio Azteca no alcanzó el millón de súbditos (...) y el área que ocupa el Perú moderno no puede haber sostenido más del millón y medio de habitantes (...) Estas cifras contrastan con otras, extravagantes, que largo tiempo fueron consideradas fidedignas, y con relación a las cuales se edificó la leyenda del exterminio masivo de los aborígenes por los españoles. De hecho, a pesar de todos los maltratos y del efecto del traslado por los españoles al Nuevo Mundo de enfermedades eruptivas

que por desconocidas resultaron al principio devastadoras, la población indígena casi seguramente no descendió de forma importante en ningún momento y a partir de finales del siglo XVII probablemente superó las cifras precolombinas y siguió creciendo hasta hoy. Los aborígenes de Hispanoamérica, lejos de ser exterminados, continuaron formando la inmensa mayoría de la población (...) que aumentará hasta llegar a los actuales niveles de explosión demográfica, no solo por la formidable capacidad de engendrar bastardos mestizos que van a demostrar conquistadores y colonizadores, sino básicamente por la introducción de nuevos factores económicos en la forma de animales, plantas y tecnologías que van a multiplicar la capacidad del suelo americano para albergar y alimentar seres humanos “.

Eso dice Carlos Rangel, escritor venezolano, en su libro *“Del buen salvaje al buen Revolucionario”* (28)

Según otra fuente (Internet), en 1492 había en USA una población de aproximadamente un millón de indios, que se había reducido a unos 360.000 en 1940, mientras que en Hispanoamérica había en 1492 unos 12 millones de indígenas que habían aumentado hasta 15 millones en 1940.

(Nota: “Existen todavía considerables controversias sobre la población de América Latina en vísperas de la conquista española. Los cálculos van desde 7,5 millones hasta entre 80 y 100 millones”-Enciclopedia de Latinoamérica-Universidad de Cambridge-Pág. 159)

Independientemente de la mayor o menor bondad o crueldad de británicos y españoles, hay una explicación práctica de su actuación tan distinta: los españoles querían a los indios para trabajar sus tierras y a las indias para procrear con ellas (sobre todo al principio, cuando aún no había mujeres españolas), mientras que los británicos acudieron a América con sus mujeres e hijos y lo que querían eran tierras para cultivarlas ellos, para lo que había que eliminar a los indios poseedores de dichas tierras.

Pero recordemos otras crueldades:

“En tiempos del Oidor Luis Merlo de la Fuente, (1626) para distinguir a los indios cautivados en guerra de los que eran libres, se acostumbró a marcarlos con hierro en la cara. Este proceder inhumano dio lugar a abusos, pues se marcaban indios libres (...) El Virrey Conde de Chichón abolió esta costumbre tan cruel y bárbara. Hay que recordar que en Europa era castigo común marcar a los delincuentes” (30)

Lo increíble es que esa salvajada volvió a hacerse con los indios en 1838, como luego se verá.

Por otra parte, tampoco era ejemplar, a veces, el trato que los indios se daban entre sí, como ya se ha comentado antes:

“El Corregidor está para impedir que los magistrados indios, abusando de su autoridad, no impongan castigos excesivos (...) dada su tendencia a apretar el yugo a sus semejantes” (31)

Oigamos a un viajero francés:

“Qué política, qué prudencia, que habilidad no habrán sido necesarias para conseguir el dominio de regiones muchas de las cuales están alejadas tres o cuatro mil leguas” (32)

Y a otro viajero famoso, Alexander Von Humboldt, en su recorrido por la América hispana en 1800:

“Los indios eran agricultores pobres y libres. Aislados por la lengua y las costumbres, vivían separados de los blancos. A pesar de que las leyes españolas, la codicia de los Corregidores y el régimen enredador de los misioneros ponían muchas veces trabas a su libertad, había gran distancia de esta situación de opresión y de embarazo (...) a una servidumbre como la de los labradores en parte de Europa (...) La libertad de la raza indígena, de la que ha conservado más de ocho millones y medio América, sin mezcla de sangre extranjera, distinguen las antiguas posesiones continentales de España” (34).

Permítame el lector que subraye esto: según Humboldt, el indio en la colonia tenía más libertad que los labradores en parte de Europa.

Y oigamos por último al historiador mexicano Don Mariano Picón Salas en su consejo a los hispanoamericanos de hoy:

“Este pensamiento pedagógico de los primeros misioneros, los que como Sahagún o Motolinia, se identifican con los nativos y de cierto modo se reeducan al contacto del indio para comprenderlo mejor, aún parece tener validez en la vida criolla de los presentes días; y la política de asimilación del indígena en países como Perú, Guatemala, Ecuador, Bolivia o el propio México, no debería olvidar la preciosa experiencia del siglo XVI mexicano” (35)

Y esta cita nos sirve para cambiar el tercio y analizar lo que ocurre *“en los presentes días”*.

La gran pregunta es: ¿Mejóro la situación de los indios con la Independencia?

Parece ser que no:

“La independencia de España beneficiará a los criollos españoles, a los mestizos instruidos, pero en nada a los aborígenes que siguen siendo más esclavos bajo los libertos letrados que bajo los Gobernadores españoles (...) Durante la República ya no vendrán aquellos rectos Jueces de Residencia, a los que tanto temieron las autoridades coloniales” (36)

Y el ya citado venezolano Carlos Rangel dice:

“...la situación de los indios (...) siguió dondequiera siendo igual o peor que antes de la ruptura con España (...) cuando sí había alguna preocupación de justicia (...) que había dado lugar a la promulgación de las llamada Leyes de Indias, donde figuraban numerosas disposiciones destinadas a proteger a los indios (...) En contraste, los gobiernos republicanos de Hispanoamérica van a ser todos representativos exclusivamente de implacables hacendados criollos” (Pág. 33)

Sigo, excepcionalmente, con la cita de un autor español, Don Manuel Alvar, de la Real Academia Española (Periódico ABC: 7-9-1987):

“En la Misión de Santa Inés, por 1810, los españoles tenían una guaración unos frailes y 8.000 indios organizados en la más perfecta república imaginable. Vinieron otras historias, que si México, que si Estados Unidos, y en 1898 quedaba un indio”.

Pasemos a Chile:

“En las guerras de Independencia, los indios araucanos, paradoja de la historia chilena, serán aliados de los españoles realistas contra los patriotas independentistas” (37).

Y tuvieron un fino olfato al hacerlo, porque:

“La conquista definitiva de la Araucanía (Nota: que había resistido a los Imperios Inca y Español) tendrá lugar en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la sociedad republicana, mucho más desarrollada, no tendrá tanta necesidad como la anterior de mano de obra indígena y de sus tierras, sino solo de tierra. Entonces se producirá, como tan bien lo cuenta Pierre Chaunu, la puesta en juego de las armas rayadas con navíos de casco metálico” (38)

Es decir, el genocidio con cañones y ametralladoras.

El militar y escritor chileno Lucio V. Mansilla dice en su libro *“Una Excursión a los Indios Ranqueles”* (Biblioteca Ayacuch-Argentina):

“La civilización sembró el terror, la muerte y la desconfianza en las tolderías (...) los Ranqueles deberán ser exterminados o reducidos, cristianizados y civilizados (...) ¿No hay quien sostiene que es mejor exterminarlos, en vez de cristianizarlos y utilizar sus brazos? (...) Cuando nuestros primeros padres los españoles llegaron a América ¿Qué mujeres traían? ¿El Gobierno de la metrópoli hizo con sus colonias lo que los Gobiernos de Francia e Inglaterra hicieron con las suyas? ¿Mandó a ellas cargamentos de prostitutas? ¿No tuvieron los Conquistadores que casarse con mujeres indígenas? Y entonces, si es así, todos los americanos tenemos sangre de indio en las venas ¿Por qué ese grito constate de exterminio contra los bárbaros?” (Págs. XX, XXV, 52 y 392)

Sigamos con Colombia y Perú:

“Desde 1938, cuando fue creado por el Gobierno para enviar allí campesinos que no cabían en las cárceles del país, la historia de Araracuara estuvo ligada a crímenes horribles (...) Constaba de nueve grandes campamentos (...) A partir de su fundación contaminaron y prácticamente destruyeron una gran comunidad indígena que desde comienzos de siglo se instaló allí. Ellos habían huido de la Casa Arana, una organización de caucheros donde el indio era marcado con hierros calientes como si se tratara de una res y condenado a morir en cavernas cuando no cumplía con la tarea que le era asignada durante el fabrico o temporada de extracción de latex. Muchas veces familias completas fueron sumergidas en pozos infestados de pirañas que los devoraban vivos. Este era uno de los espectáculos preferidos de los caucheros” (37)

Hago constar que en el prólogo del libro donde estas salvajadas se cuentan: *“Perdido en el Amazonas”*, se dice:

“Esto no es una novela, sino un reportaje logrado después de ocho meses de investigación sobre un caso de la vida real sucedido en nuestros días.”

Casualmente, conocí al autor colombiano, Germán Castro Caycedo, en un cocktail en la Embajada de España en Bogotá. Al comentarle que su libro me parecía increíble, me ofreció ir a su casa a revisar la documentación en que se basó.

Respecto al Paraguay, en el libro de J.R. Renger *“El Doctor Francia”* (Colección Historica) se dice:

“Verdad es que ahora (ya después de la Independencia) se trata a aquellos indios como si fueran animales feroces; se les hace una guerra sin cuartel y se les mata sin piedad” (Pag. 54)

Y también en Paraguay:

“El Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica de Asunción realizó posteriormente (a 1957) una encuesta reveladora (...) de cada diez paraguayos ocho creen que los indios son como animales. En Coaguazú, en el Alto Paraná, y en el Chaco, los indios son cazados como fieras, vendidos a precios baratos y explotados en régimen de virtual esclavitud” (40)

Pasemos a Bolivia.

Mucho se ha hablado del horror del trabajo en las minas, “La Mita”, que los españoles impusieron a los indios en el siglo XVI, pero

“A esta altura del siglo XX, en las minas bolivianas, los obreros llaman todavía mita a su salario, y como hubo una cierta protesta de los mineros, la Noche de San Juan de 1967 fue la última cuenta de un largo rosario de matanzas. En la madrugada los soldados tomaron posiciones en las colinas rodilla en tierra, y arrojaron un huracán de balas sobre los campamentos iluminados por las fogatas de la fiesta”

Más casos:

“Los indios Yaquis, del estado mexicano de Sonora, fueron sumergidos en un baño de sangre para que sus tierras, ricas en recursos minerales, pudieran ser vendidas sin inconvenientes a capitalistas norteamericanos”

“En la Patagonia argentina los soldados cobraban contra la presentación de cada par de testículos” (42)

Todas estas barbaridades ocurrían a principios del siglo XX, pero, aunque parezca increíble, el asesinato y maltrato de indios sigue ocurriendo en los tiempos actuales.

“Uno de estos recientes ejemplos se produjo cuando, el 14 de febrero de 1984, un ejército privado se disponía a embarcar en avionetas para asesinar y acabar con los indios Yanomanos de la Sierra de Surucús, al norte del Brasil. La campaña internacional de Survival y la eficacia de la Fuerza Aérea Brasileña, pudo hacer que un acaudalado garimpeiro local y todos los lugartenientes de este pequeño ejército fueran arrestados. Desgraciadamente este ha sido uno de los pocos casos en los que se ha podido evitar el genocidio”. (43)

Vamos a repasar algunos titulares de prensa de aquellos años ochenta:

12-3-1982: *“Doscientos indios Quiches asesinados en Guatemala: Según publicó ayer el diario Prensa Libre, fueron exterminados prácticamente todos los habitantes de los poblados Potrero Viejo, Xicojal, Hacienda San José y San Antonio Simanch”* (ABC, Madrid)

2-1 1983: *“En aquel umbral de la existencia viven hombres a los que los llamamos nosotros indios; pero ellos se distinguen con centenares de nombres de tribus y a pesar de que en toda la inmensa cuenca del Amazonas y del Orinoco solo suman unas veintenas de millares hablan centenares de idiomas: guahibos, guamas, achaguas, salivas, chirievas, baivas, cuibas, huitotos,...del Meta, el Vichada, el Inirida y el Vaupés.*

Acorralados, diezmados, hambreados, palúdicos, tuberculosos, despojados de sus bienes, sus ganados, sus bosques, despojados de sus tierras están perdiendo la identidad cultural en sus miserables caseríos o huyen hacia lo más remoto ante la codiciosa invasión de colonos extranjeros” (Eduardo Carranza en ABC)

22-10-1983: *“Una patética marcha acaban de concluir medio millar de campesinos indígenas chiapanecos que llegan a la capital de la República desde sus lejanísimas tierras para pedir justicia (...) Han recorrido 1.300 Km. en 23 días (unos 60 Km. al día) Fueron 700 los que salieron (...) los que han llegado son 563”.* (Torcuato Luca de Tena-ABC)

11-7-1984: *“Nativos pierden tierras por la colonización”.* (El Comercio-Lima)

5-7-1986: *“Durante la visita del Papa a Colombia, uno de los indígenas asistentes leyó un escrito en el que reivindicaba los derechos de los indígenas*

y clamaba especialmente contra la usurpación de sus tierras a lo largo del siglo XIX” (ABC)

6-7-1986: *“El incidente durante la visita papal puso al descubierto la represión de los indígenas (...) (Se supo) la costumbre de que los indios trabajaran gratis en propiedades de terratenientes desde los 9 a los 21 años, para retribuir a sus dueños el favor de haberlos llevado al bautizo al nacer”* (Periódico Las Provincias-Valencia)

7-10-1987: *“Leonardo Viteri, Vicepresidente de la Confederación de Nacionalidades Indígenas de la Amazonía Ecuatoriana, reiteró que los pueblos indígenas son atropellados por las empresas petroleras y el Go-*

bierno nacional y volvió a alertar sobre la posibilidad de exterminio, como ha ocurrido en otras ocasiones". (Periódico El Universo-Guayaquil-Ecuador)

11-8-1988: *"...nos sentimos particularmente enfurecidos por el tratado a los indios misquitos en Nicaragua. Genocidio fue la única palabra que pudimos usar para describirlo. Sin embargo, el mundo que nos rodeaba se mostraba indiferente ante su suerte"* (Vladimir Bukovski-ABC)

Y veamos ahora algunos ejemplos muy recientes:

"El Gobierno peruano atribuye a una columna de unos 200 guerrilleros de Sendero Luminoso el asesinato, el jueves pasado, de 55 nativos asháninkas en la localidad de Satipo (...). Fuentes oficiales afirman que los cadáveres presentaban numerosos cortes y mutilaciones realizados con machetes, lanzas y puñales. Añaden que los asaltantes prosiguieron su hazaña en el hospital de Satipo, donde rebanaron las orejas a los 14 niños que se encontraban ingresados".-El País-Lima: 21-8-1993

"El medio comunitario denuncia la situación extrema que atraviesan los Yanomamis a causa de la contaminación, las enfermedades y los asesinatos de los garimpeiros o buscadores de oro. "No solo los esclavizan sino que también los violan, maltratan y asesinan" afirma. Un reporte elaborado por Jaime E. Mora, de la Fundación Comunitaria en Amazonas Mágica señala: "Nuestros indígenas están siendo asesinados por extranjeros que roban en nuestra tierra venezolana"-SERVIN-DI-25-6 2010

"Un claro ejemplo de ello es lo acontecido el pasado 7 de noviembre en la provincia de Salta. Ese día la Infantería irrumpió violentamente en el territorio de cuatro comunidades pertenecientes a los pueblos guaraní, wichi, weenhayek, iogys. Desalojó a más de 30 familias. Adultos, niños y ancianos fueron caratulados por la Justicia como "usurpadores". Los golpearon, destruyeron sus casas, tiraron sus pertenencias al basurero municipal. Días después del desalojo, Ana Pérez, anciana wichi que sufría una enfermedad terminal y que fue dejada a la intemperie rodeada de policías, muere en un hospital público de Orán. Esta muerte puede considerarse una más en la larga cadena de asesinatos de miembros de comunidades por conflictos territoriales durante la última década". La Izquierda-Diario-Argentina-Analía Aramayo: 6-12-2014

"Por último y en este mismo año, no puedo, no podemos pasar por alto la situación social y económica del pueblo Qom, quienes han sido llevados a un estado extremadamente e inhumanamente crítico; des-

pojados de tierras para su propia manutención. Es frecuente entre ellos en pleno 2015 la hambruna y el estar privados de asistencia médica adecuada, etc. Terrible signo de esto es la muerte por desnutrición y asesinatos no denunciados ni declarados por nadie”-Franco Vanni-EIME-ME-Colombia-Google-:3-2-2015

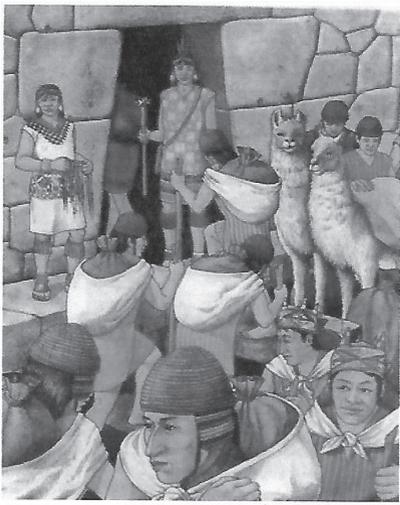
Y bien, sufrido lector, acabo este largo y penoso capítulo en el que he tratado de demostrar que la mayor parte de la población de los indios americanos lo pasó muy mal antes de la llegada de los españoles: o formaban tribus que guerreaban sin pausa entre sí (para lograr prisioneros para el sacrificio o para carne, nutritiva o sexual) o estaban sojuzgados cruelmente bajo los imperios Inca y Azteca; mejoró la situación de los aborígenes al terminar la Conquista, cuando los españoles, carentes de mujeres, se casaron con indias y reconocieron a sus hijos (los primeros criollos); empeoró progresivamente dicha situación durante la Colonia, según llegaban mujeres españolas y adquiriría fuerza y protagonismo una clase criolla que aborrecía llevar sangre india, y volvieron a empeorar, seriamente, con la Independencia y todavía, en fechas actuales, a pesar de los esfuerzos que harán sin duda los Gobiernos correspondientes (como hacían antes las autoridades españolas) hay muchos desaprensivos que destierran, explotan y asesinan a los indios.

Me atrevo por ello a rogar a los amigos hispanoamericanos que, si sienten inquietud por la libertad y bienestar de los indios, en vez de increpar a un español que visite América por las posibles crueldades que hizo, por ejemplo Alvarado (“Tonatiuh”) en el siglo XVI (Lo que dejará al susodicho español seguramente estupefacto, pues, por desgracia, es muy posible que Alvarado le suene solo a estación del Metro de Madrid), sugiero, decía, que si sienten tal inquietud, presionen a su actual Gobierno para que active sus medidas de protección AHORA, para evitar las canalladas que todavía HOY se hacen con algunas poblaciones indígenas ACTUALES.

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS DEL CAPÍTULO 4

- 1-“Breve Historia de México”-Licenciado José Vasconcelos- Pág. 16
- 2-“La Conquista española de América”-J.G. Vazeilles-Pág. 9
- 3-“La Guerra Sagrada”-Jorge Canseco Vincourt-México-Pág. 105
- 4-Idem 1.Págs. 20, 22 y 43
- 5-“Mitología de Cuscatlán”-Miguel Ángel Espino-Dirección General de Publicaciones-El Salvador-Pág. 32
- 6-“Breve Historia General del Ecuador”-Oscar Efrén Reyes-Pags. 118 y 132
- 7-“Les secrets des temples incas, azteques et mayas”-Philippe Aziz-Editions Famot-Genève-1978Págs. 125, 126 y 243
- 8-Idem 2-Pág. 38
- 9-“Los Conquistadores Españoles”-F.A. Kirpatrick-Pág. 155
- 10-“El Congreso Internacional de Panamá en 1826”-Daniel Florencio O`Leary-Editorial América. Madrid-1920)
- 11-Idem 1-Pág. 79
- 12-Idem 9-Pçág. 42
- 13-Idem 9-Pág. 68
- 14-“La Crónica del Perú”-Pedro Cieza de León-Pág. 82
- 15-“Lautaro”-Manuel Reyno Gutiérrez-Próceres de Chile-Gran Enciclopedia La Nación-Santiago de Chile
- 16-Idem. 9-Pag. 146
- 17-Idem 1-Pág. 2500
- 18-Idem 9-Pág. 140
- 19-“Les Conquistadores”-Jacques Lafaye-Pág. 36
- 20-“L`Amerique espagnole a l`Epoque des Lumières”-M. Depons-Pág 316

- 21-“Historia del Paraguay”-Luis G. Benitez-Pág. 47
- 22-Idem-Pág. 61
- 23-Idem-Pág. 89
- 24-Idem-Pág. 95
- 25-Idem 6-Págs. 236, 237, 238, 242 y 251
- 26-Idem 6-Pág. 262
- 27-Idem 6-Pág. 348
- 28-“Del buen salvaje al buen revolucionario”- Carlos Rangel’ -Libros de Monte Avila-Caracas-Págs. 140 y 165
- 29-Idem 6-Pág. 311
- 30-“Historia de la Compañía de Jesús en Chile”-Walter Hanisch Espinola S.J.-Pág. 38
- 31-Idem 18-Pág. 316
- 32-Idem 18-Pág. 315
- 33-“Cronistas y viajeros del Nuevo Mundo”-Centro Editor de América Latina-1973-Pág. 51
- 34-“De la Conquista a la Independencia”-Mariano Picón Salas-Fondo de Cultura Económica-México-Pág. 75
- 35-“Historia de Guatemala”- Pág. 11
- 36-Idem 18-Pa’g. 219
- 37-Idem 19-Pág. 219
- 38-“Perdido en el Amazonas”-Germán Castro Caycedo- Plaza Janés S.A.-Editores Colombia Ltda.-Bogotá-2ª Edición-1982-Pág. 92
- 39-“Las venas abiertas de América Latina”-Eduardo Galeano-Editorial Siglo XXI-Pág. 65
- 40-Idem-Pág. 245
- 41-Idem-Pág. 74
- 42-Diego de Azquete Bernar-Presidente de Survival Internacional-ABC 30/9/ 1986-Pág. 62



ABASTECIENDO UN ALMACÉN



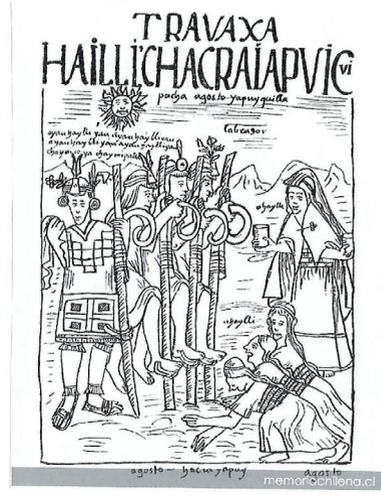
LA GRATA SORPRESA



FESTÍN CAMBAL

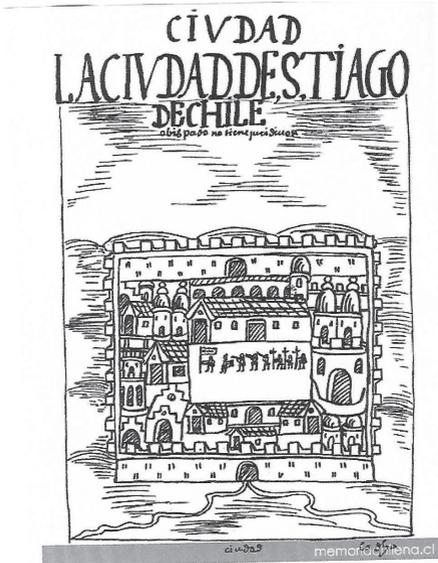


COSECHANDO PATATAS

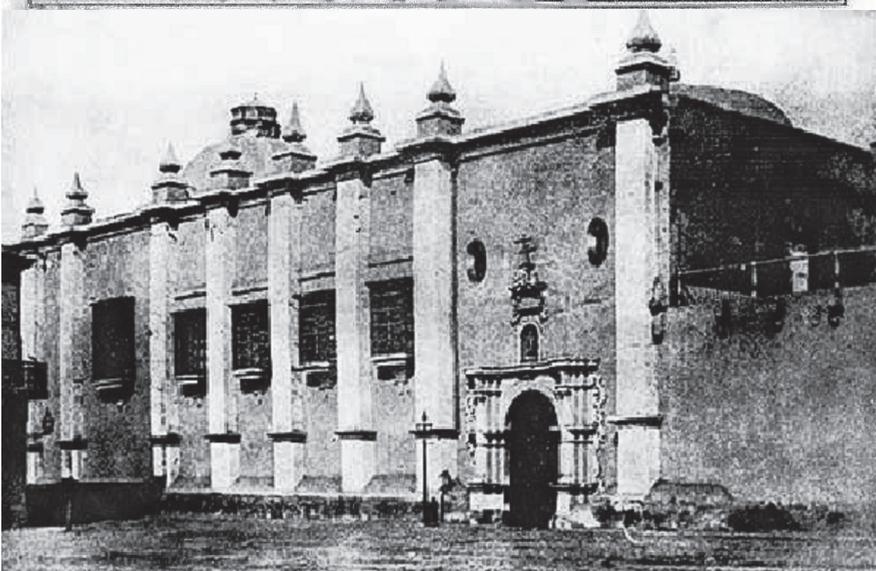
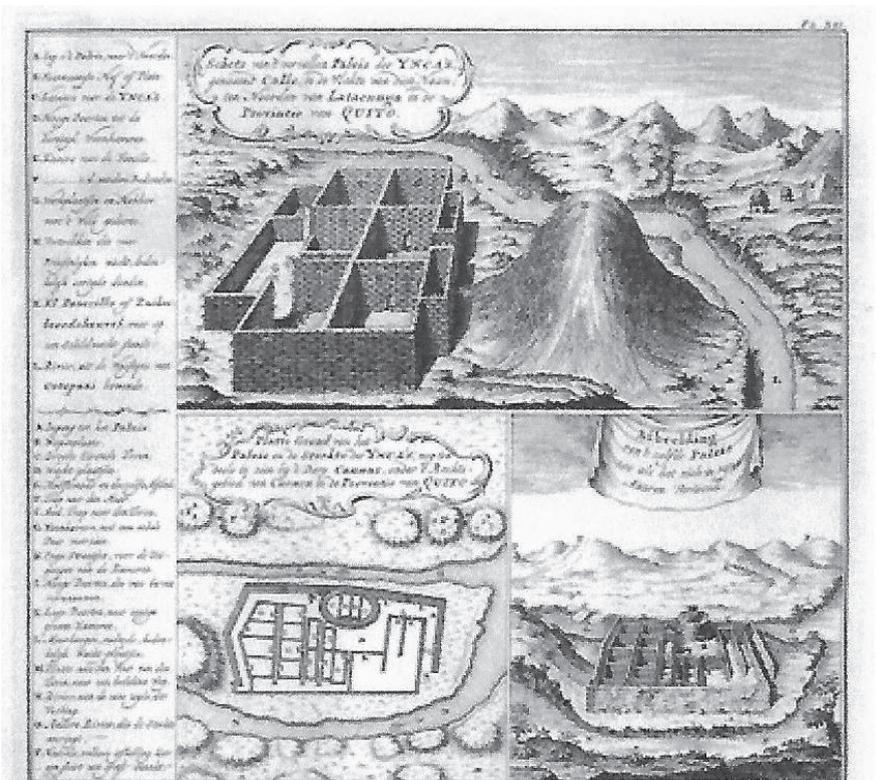


LABRADORES SEMBRANDO





LA ADMIRABLE
CONSTRUCCIÓN



V.- EL MITO DE LA VIOLACIÓN DE LAS MUJERES INDIAS DURANTE LA CONQUISTA

Y llegaron aquellos barbudos conquistadores cubiertos de acero, sedientos de sangre y de lujuria. Y arrancaban a las inocentes doncellas de los brazos de sus madres, arrastrándolas con violencia hasta satisfacer sus bajos instintos, para abandonarlas luego a su triste suerte.

“Les robaban cuanto tenían y sus mujeres e hijas si eran hermosas, forzándolas delante de ellos y sus maridos y se las tomaban y las hacían trabajar como esclavas”. (1)

“Los soldados infantes se hartaron con forzadas caricias de doncellas, y llegaron a sentir asco por la pegajosa humedad de la sangre tibia”. (2)

“La venta y el robo de mujeres se convirtió en una institución (...) y la prostitución, el homosexualismo y el crimen con sevicia complementaron la cultura del lugar” (3)

El primer párrafo, redactado por mí, trata de reflejar “lo que siempre se ha sabido”

El segundo se refiere a lo que hacían los aztecas de Moctezuma con sus tribus vecinas según el historiador mexicano José Vasconcelos.

El tercero es una narración de sucesos en Bolivia en 1869, es decir, muchos años después de la independencia, en el escalofriante libro “Raza de Bronce” del escritor boliviano Alcides Arguedas.

Y el cuarto se refiere a la Amazonía Colombiana en 1954, entresacado de “Perdido en el Amazonas” del periodista colombiano Germán Castro Caicedo.

Lamentablemente se confirma el triste sino de la mujer india de ser ultrajada, desde mucho antes de la llegada de los españoles hasta los tiempos actuales. Pero trataremos de demostrar en este capítulo que el período de la conquista y comienzo de la colonización fue, en contra de lo que siempre se ha dicho, especialmente venturoso para muchos miles de mujeres indias, acostumbradas, en el continuo guerrear de sus tribus, a ser consideradas presa apetecible por sus carnes, en su aspecto sensual o alimenticio, que lo fueron y mucho, por los conquistadores en lo primero, pero haciéndolas en muchísimos casos sus esposas o al menos madres de sus hijos reconocidos y que volvieron poco después, al llegar mujeres españolas de la península y crecer los hijos mestizos de los primeros conquistadores, a ser otra vez objeto sexual y esclavas para el trabajo para las sucesivas generaciones de criollos.

Hubo, sin duda, muchos casos de violación por la fuerza, como sigue ocurriendo hoy en día en nuestras civilizadas ciudades y desde luego en cualquier guerra, pero el encuentro entre los españoles y las mujeres indias debió ser como el del hierro y el imán.

Aquellos viriles conquistadores, que venían de una España austera, quedaron, sin duda, subyugados por la femineidad de las muchachas indias, cuya belleza se ofrecía a la vista sin tapujos. Hernando de Talavera, confesor de Isabel La Católica, escribió en 1496 “de vestir y calzar, tratado provechoso que demuestra cómo en el vestir y calzar comúnmente se cometen muchos pecados” donde dice “Es mengua de buena vergüenza traer descubiertas algunas partes del cuerpo...”. Las indias iban frecuentemente desnudas (lo que debió dejar a los españoles boquiabiertos) pero estos, generalmente, no tuvieron que recurrir a la violencia para conquistar tan apetecible compañía. Nos lo cuenta J.L. Salcedo Bastardo, historiador venezolano:

“La indígena no se negó al español; todo lo contrario. Considerando superior al blanco se le ofrecía sin malicia ni recato. No se requiere gran imaginación para comprender ese cuadro del génesis venezolano (...) y las más gentiles mujeres, el clima tropical (...) la desnudez corpórea (...) las distancias y soledades” (4).

“En efecto, los caciques ofrecían una de sus hijas al Jefe de la expedición (española) en prueba de amistad duradera y para tener nietos tan bravos como el valiente extranjero” (5)

En el libro de Cabeza de Vaca “Naufragios y Comentarios” se dice:

“Ya, porque era de noche, el cacique los llevó consigo a su casa y allí les mandó dar de comer y sendas redes de algodón en que durmiesen y les convidó que si quisiese uno su moza, que se la darían” (pág. 155).

Más tarde, y al retirarse una expedición española del Puerto de los Reyes hacia Ascensión, el Gobernador *“no consintió que los cristianos trujesen obra de cien muchachas, que los naturales del Puerto de los Reyes, habían ofrecido sus padres a capitanes y personas señaladas para estar bien con ellos y para que hiciesen de ellas lo que solían hacer de las otras que tenían”* (pág. 172).

Por otra parte, aquellas atractivas indígenas no eran demasiado ariscas, según Efrén Reyes, historiador ecuatoriano:

“Las fiestas y borracheras con chicha eran frecuentes y de todos los pueblos indígenas. Por entonces ocurrían grandes desórdenes sexuales, y como las indias, en su mortal inconsciencia no atinaban a fijar los padres de niños que sobrevenían, culpaban al poder fecundador del arco iris o de los montes al extraño fenómeno” (6).

Y puestas a elegir entre el arco iris y los montes, o aquellos deslumbrantes y poderosos forasteros, era lógica su preferencia por estos últimos.

Américo Vespucio, en sus cartas a Lorenzo de Médicis cuenta detalles curiosos sobre esto:

“El mayor signo de amistad que os demuestran es daros sus mujeres y sus hijas (...) son lujuriosos fuera de toda medida y mucho más las mujeres (...) no se cubren vergüenza ninguna (...) son tan libidinosas que hacen hinchar los miembros de sus maridos de tal modo que parecen deformes y brutales y esto con cierto artificio suyo y la mordedura de ciertos animales venenosos: por causa de esto muchos de ellos lo pierden y quedan eunucos (...) Toman tantas mujeres cuantas quieren, y el hijo se mezcla con la madre, y el hermano con la hermana y el viandante con cualquiera que se encuentre (...) Cuando con los cristianos podían unirse, llevadas de su mucha libidinosidad, todo el pudor de aquellos manchaban y abatían. (Nota: casi parece que eran los cristianos los violados por las mujeres indias...) (...). Se mostraban muy deseosas de ayuntarse con nosotros los cristianos”.

Hasta tal punto debió ocurrir así, que el Gobernador de Atahualpa (ya odiosamente asesinado por Pizarro) Rumiñahui, en su retirada hacia Quito, perseguido por los españoles, y al pasar por un cierto

templo, “Como las vírgenes del sol no demostraban ni horror ni antipatía para con los barbudos, que se avvicinaban, ordenó su ejecución en los despeñaderos. Acaso con esa crueldad pensaba eliminar un contingente más de simpatías para los extranjeros” (7).

Es razonable deducir que aquellas pobres vírgenes hubieran preferido dejar de serlo a manos del próximo invasor antes de ser despeñadas.

Pero no solo las vírgenes del sol sufrían salvajadas parecidas, pues:

“Estos indios (...) eran crueles (...). Entre otras gracias echaban a sus hijas a los perros, pues no podían casarlas con hombres de su misma tribu y tenían que entregárselas a las de otra, que era lo que su ley les permitía. Más haciéndolo así, sus propios nietos serían enemigos suyos, futuro que les irritaba mucho” (8).

Algunas de las que se salvaban del despeñadero y de los perros, tenían otros destinos poco agradables:

“En la fiesta a Uixtocihuatl, diosa de la sal, se sacrificaba a una mujer. En la fiesta de Xilonan, diosa del maíz tierno, se decapitaba a una muchacha. (...) Clavijero piensa que se sacrificaban anualmente en todo el territorio dominado por los mexica unos 20.000 cautivos” (9) de los que un buen número serían mujeres, como las “allacunas” incas, especialmente elegidas para el sacrificio en las grandes fiestas.

A pesar de todo, había territorios en los que abundaban las mujeres, pues “como consecuencia de las sostenidas y sangrientas luchas que mantenían contra su enemigo superior, el poderoso imperio Inca, los guaraníes padecían constantemente de un enorme excedente de mujeres (...). Así a la llegada de los españoles, no registraron con desagrado, sino antes bien con satisfacción y orgullo, el interés que éstos mostraban por sus mujeres. Como gesto de hospitalidad, entregaban a los españoles, a quienes veneraron como semidioses blancos, sus hijas y hermanas, e incluso sus esposas, sintiéndose afortunados con los lazos familiares que la unión les otorgaba” (10)

Porque la mayoría de los casos se trató de eso: de crear familias y aquellos bruscos conquistadores fueron a su vez conquistados.

“Como ejemplo de la forma en que fueron tratadas aquellas doncellas bastará citar lo que dice de una de ellas Bernal Díaz: la que le tocó a Pedro de Alvarado, tuvo de él una hija que se llamó Doña Leonor, mujer que es agora de Don Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del Duque de Alburquerque” (11).

Son innumerables los ejemplos. La expedición de Sebastián Caboto y otras posteriores recogieron a varios españoles, que por diversas circunstancias, habían quedado abandonados varios años entre los indios. Entre ellos *“Hernando de Rivera, con su mujer y sus hijos; Andrés de Arzamendía, acompañado de su esposa e hijos; Pedro Genovés, con su mujer, un criado y servidores...”* (12).

No volvían con “su india”, “su esclava” o “su concubina” sino con “su mujer” y sus hijos.

Hernán Cortés supo que *“unos españoles que a dos jornadas tierra adentro, tenían de esclavos unos caciques. Enseguida Cortes los mandó rescatar”*. Uno de ellos, Jerónimo de Aguilar, propuso volver con los españoles a su compañero de cautiverio, Gonzalo Guerrero, y éste le contestó así: *“yo estoy casado y tengo tres hijos y tienenme por cacique y capitán cuando hay guerras (...). E ya veis estos mis hijitos cuan bonitos son. Por vida vuestra que me deis de esas cuentas verdes que traigáis para ellos y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra. Y asimismo, la india mujer de Gonzalo pidió a Aguilar que se retirase”*. (13).

Creo que el lector comulgará conmigo al captar lo entrañable de este diálogo.

Aquellas mujeres indias, menospreciadas en su sociedad y aterradas por los frecuentes sacrificios, tuvieron que derretirse entre los forzudos brazos de aquellos hombres invencibles que, dentro de su rudeza, las tratarían seguramente, en muchos casos, con la caballerosidad propia de la época en España y con la pasión del guerrero solitario, subyugado a su vez por la docilidad y la gracia de aquellas que se les ofrecían de forma tan natural:

“Hasta puede afirmarse que la conquista se redujo al abrazo amoroso entre el europeo y la doncella guaraní, singular procedimiento consentido y alentado por los propios Jefes indígenas” (14).

Carlos Rangel, escritor venezolano, enfoca el tema de forma menos romántica: *“En realidad lo que hubo en la conquista y en la colonia no fue una abundancia de “amor”, sino un exceso inverosímil de lujuria, por la cual (...) un número muy reducido de españoles engendró una inmensa cantidad de bastardos mestizos y mulatos”* (15).

Por otra parte, el Padre Tomás Conde, en su libro “Los Yaguarzondos” (pág. 141) dice: *“Los jíbaros a pesar de la poligamia, no tienen tantos hijos como se pudiera creer, y esto no deja de preocuparles a ellos*

mismos, pues preguntan admirados que cómo los cristianos, teniendo una sola mujer tienen 6, 8 o más hijos y el jíbaro con cuatro o seis mujeres, apenas tienen dos o cuatro muchachos”.

Y el abrazo de los españoles debía ser más apetecible que el de los hombres de algunas tribus, porque la sodomía era una costumbre habitual:

“Los indios son sumamente inclinados al execrable pecado nefando. Siempre cargan a las ancas del caballo, cuando no van de pelea, a su concubina o barragana, que es lo más común en ellos y por esta razón no se aumentan mucho” (16).

“Uno de los rasgos más notables de las jarras mochica es la abundancia de temas sexuales (...); la mayoría de las escenas sexuales representan acoplamientos de tipo anal” (17).

Y las pobres muchachas no tenían ni el consuelo de una buena llantina, porque *“Estos indios no lloraban ni reían jamás, y porque una de sus mujeres echó una lagrimita, la rayaron y punzaron con unos dientes de ratón toda la espalda como castigo a su imprudencia. Se casaban unos hombre con otros, impotentes o capados, y eran también bastante borrachos” (18).*

No es de extrañar, por tanto, que a pesar de que *“... las guerras de conquista estuvieron plagadas de violaciones, en general los conquistadores no tenían necesidad de violar: (...) muchas indias se unieron a los españoles por propia voluntad y algunos autores hablan incluso de “furia” de las indias por los españoles, porque estos les ofrecían un ardor que no era usual en sus maridos, y además por su superioridad social. Cieza de León dice a propósito de las mujeres del norte de la sierra peruana (actualmente es la región de Cuenca, en Ecuador) “que estas mujeres eran bellas, más que lascivas, y quedaban prendadas de los españoles” (19).*

Claro que no todo eran mieles. Los españoles contagiaron a los indios la viruela y otra serie de enfermedades que causaron una enorme mortandad, pero a su vez conocieron los terribles efectos de la sífilis:

“Ya los marineros del primer viaje retornaron enfermos (...), muchos se volvieron a España para curarse, infectando a numerosas cortesanas y éstas a caballeros y soldados que pasaron a Italia (...). Entre los indios la dolencia era muy común, pero no resultaba tan fuerte ni tan rigurosa y se la curaban con la misma facilidad que en España una sarna. Sin embargo, para los blancos, representaba una enfermedad de las más

desesperadas, notables y trabajosas del mundo” hasta el punto de que Emilio García-Merás, autor de esta cita dice: “No hay duda de que la tarea del mestizaje no resultó de las menos heroicas de la conquistas...” (20).

Naturalmente, los españoles cometieron también los lamentables pero típicos abusos en una guerra y además en aquella época.

Pedro Cieza de León, en su crónica de Perú, cuenta algunos detalles espeluznantes: *“Cuando entramos en este valle de Aburra fue tanto el aborrecimiento que nos tomaron los naturales del, que ellos y sus mujeres se ahorcaban de sus cabellos de los árboles, aullando con gemidos lastimeros” (21).*

Pero a veces, el terror que inspiraban aquellos guerreros extraños tenía otras consecuencias horribles: *“Estando en la provincia de Paucura un Rodrigo Alonso y yo y otros dos cristianos, íbamos en seguimiento de unos indios, y al encuentro nos salió una india de las frescas y hermosas que yo vi en todas aquellas provincias; y como la vimos la llamamos; La cual, como nos vio, como si viera el diablo, dando gritos se volvió a donde venían los indios de Pozo, teniendo por mejor fortuna ser muerta y comida por ellos que no quedar en nuestro poder. Y así, uno de los indios que andaban con nosotros confederados en nuestra amistad, sin que lo pudiésemos estorbar, con gran crueldad le dio tan gran golpe en la cabeza que la aturdió, y allegando luego otro con un cuchillo de pedernal la degolló. Y la india cuando se fue para ellos, no hizo más que hincar la rodilla en tierra y aguartar la muerte, como se la dieron, luego se bebieron la sangre y se comieron crudo el corazón con las entrañas, llevándose los cuartos y la cabeza para comer la noche siguiente” (22).*

Tenían algunas tribus otras costumbres horripilantes, *“cuando muere un cacique (...) lo meten en la sepultura (...) con sus armas y tesoros (...) y algunas mujeres vivas” (23).*

“Los caciques de estos valles del Norte buscaban de las tierras de sus enemigos todas las mujeres que podían, las cuales, traídas a sus casas, usaban con ellas como con las suyas propias. Y si se empreñaban de ellos, los hijos que nacían los criaban con mucho regalo hasta que habían doce o trece años, y desta edad, estando bien gordos, los comían”(24).

“Son tan amigo de comer carne humana estos indios que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querían parir y, con ser de sus

mismos vecinos, arremeter a ellas y con gran presteza abrirles el vientre con sus cuchillos de pedernal y sacar la criatura, y habiendo hecho gran fuego en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar la madre, y con las inmundicias comérsela con tanta priesa que era cosa de espanto” (25).

Dejo al lector establecer sus propias conclusiones y comparar a aquellos españoles sin duda rudos, violentos, con los indígenas frecuentemente antropófagos y sodomitas y sistemáticamente sanguinarios que se encontraron al llegar a América.

El mestizaje fue esencialmente de español con india. Fueron muy raros los casos a la inversa, pero los hubo, y en algunos de ellos se vieron afectadas cientos de mujeres españolas: *“Cuando Logroño (Ecuador) dormía en sosegado sueño, cayó de improviso sobre la incauta ciudad una turba de como 20.000 jíbaros (...) sitiada la ciudad por todos sus lados, (...) los jíbaros ocuparon a un tiempo todas las salidas, a fin de que no escapase ninguno (...). Al asomar el día se hallaba consumado el sacrificio de todos los moradores de la ciudad sin que ni por maravilla se hubiese escapado uno solo (...). De las mujeres preservadas intencionadamente del degüello, separaron a las ancianas y muy niñas y las pasaron también a cuchillo. Las jóvenes fueron, ciertamente, salvadas de la muerte, pero condenadas a la deshonra y a morar con los salvajes (...). No se pudo averiguar con certeza el número de muertes (...) aunque se cree que llegaron a 12.000” (26).* (Nota: esto se refiere solo a Logroño y fueron asaltadas otras ciudades).

Haciendo un pequeño cálculo, puede estimarse en un mínimo de 1.500 mujeres españolas que se llevaron los jíbaros de Logroño.

El militar argentino Lucio V. Mansilla en su libro *“Una excursión a los indios Ranguales”* (pág. 226) describe la triste vida de las mujeres blancas prisioneras de los indios:

“Los cautivos son considerados por los indios como cosas (...). Deben lavar, cocinar, cortar leña en el bosque con las manos, hacer corrales, domar potros, cuidar los ganados y servir de instrumento para los placeres brutales de la concupiscencia. ¡Ay de los que se resistan! Los matan a azotes o a balazos”.

Por desgracia, la situación de la mujer india no mejoró con la independencia.

La mujer india fue considerada por el criollo, en sus haciendas, prácticamente como una esclava, útil para el trabajo y para la cama.

Valga un solo ejemplo y bastante suave, por cierto, en comparación con otros muchos que podrían ponerse:

“Las chinas (criadas) de la mamacha (el ama) son ocho, diez o más hijas de pobres indios de sus haciendas, a las que se ha elevado a la categoría de sirvientas (...). Estas chinas son el regalo de los niños, es decir, de los hijos hombreritos de la mamacha, y alguna no escapa a la concupiscencia del patrón. De vez en cuando la mamacha va a las haciendas y regresa trayendo de mayor a menor repuesto de esclavos, chinitas de tres a once años, cholitos de cinco a veinte (...); chinas y cholitos inteligentes, activos, fáciles de educar, pero enderezados a chicotazo limpio y a garrote (...). ¿Qué padre, qué madre, qué pariente se va a atrever a reclamar a estos infelices, ni a pedir compasión para ellos? (...). Así la mamacha lleva a su kindergarden de infamia a los hijos de quienes se le antoja de sus haciendas” (27). (Nota esto ocurría aproximadamente en 1890).

Y lo más lamentable es que actualmente ocurren cosas muy parecidas en algunas zonas de Iberoamérica, sobre todo en la inmensa Amazonia. Y sus inhumanos protagonistas serán muchas veces descendientes de aquellos conquistadores a quienes reprocharán cínicamente sus consabidas crueldades, a pesar de que formaron familias con unas bellas indígenas, también abuelas de los esclavistas de hoy, creando una nueva raza, la que hoy habita *“En aquel apartado rincón del mundo, tierra prometida a una Reina por un navegante loco...” (28).*

Para suavizar un poco y, aunque sea al final, este capítulo quizá un tanto áspero, recordemos un comentario jocoso de Fernández de Oviedo:

“Llaman a la mujer ira en la provincia de Cueva, al hombre chui. Este vocablo ira, dado allí a la mujer, paresceme que no le es muy inconveniente a la mujer ni fuera de propósito a muchas de ellas acullá, ni a algunas de acá...” (29).

Y aunque un poco “traído por los pelos”, sepamos los infortunios del viajero inglés Robert Proctor en 1823:

“La gente se acuesta muy tarde en Lima y extraordinariamente desagradable para un inglés es que ambos sexos duermen desnudos solo con gorro en la cabeza” (30).

Para poder comprobar lo cual parece que habría que deducir que Mr. Proctor se dedicaba a introducirse en cuanta cama podía, sin im-

portarle mucho que estuvieran ocupadas por personas incorrectas en cueros que, para hacer más agradable la permanencia del inglés en su lecho, debieran usar camisón, o pijama, o ambas cosas...

Como remate una sugerencia: Darwin defiende su teoría sobre la *“selección sexual”* *“y brinda docenas de ejemplos, tomados de la zoología y de las sociedades humanas, que revelan extraños cambios de gusto colectivo, cambios que determinan a su vez repulsiones o atracciones hacia los individuos del sexo opuesto, según sean las particularidades físicas de estos”* (31).

¿No le ocurriría algo parecido a la población femenina indígena a la llegada de los españoles?

BIBLIOGRAFÍA

Y CITAS DEL CAPÍTULO 5

- 1.- “Breve Historia de México” - Lic. José Vasconcelos - Compañía Editorial Continental, S.A. - México - 21 impresión - pág. 80
- 2.- “Raza de Bronce” - Alcides Arguedas - Editorial Losada - Buenos Aires - 6ª edición - pág. 92
- 3.- “Perdido en el Amazonas” - Germán Castro Caicedo - Plaza Janés - Editores Colombia Ltda. - Bogotá - 2ª Edición - pág. 93
- 4.- “Historia fundamental de Venezuela” - J.L. Salcedo - Bastardo - 2ª edición. Universidad de Venezuela - pág. 117
- 5.- “Les conquistadores” - Jacques Lafaye - Editions du Seuil - 1964
- 6.- “Breve Historia General del Ecuador” - Oscar Efrén Reyes - Premio Tobar del M.I. Concejo Municipal de Quito - 12ª edición - pág. 114
- 7.- Idem pág. 179
- 8.- “Drama y Aventura de los Españoles en Florida” - Darío Fernández Flórez - Ediciones Cultura Hispánica - Madrid 1963 - pág. 48
- 9.- “La guerra sagrada” - Jorge Canseco Vincourt - pág. 67
- 10.- “Sinopsis de Historia Paraguaya” - Hubert Krier y Rafael María Carlstein - pág. 3 - Asunción 1978
- 11.- Idem 1 - pág. 74
- 12.- “Historia del Paraguay” - Luis G. Benítez - Imprenta Comuneros S.A. - Asunción - pág. 27
- 13.- Idem 1 - pág. 49
- 14.- Idem 12 - pág. 11
- 15.- “Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario” - Carlos Rangel - Libros de Monte Avila - Caracas 1976 - pág. 93
- 16.- “Cronistas y Viajeros del Nuevo Mundo” - Concolorcorvo - Centro Editor de América Latina - 1973 - Buenos Aires - pág. 19

17.- “Les Secrets des Temples Incas, Azteques et Mayas” - Philippe Aziz - Editions Famot - Geneve 1978 - pág.114

18.- Idem. 8 - pág. 51

19.- “La América Española y la América Portuguesa siglos XVI y XVII”-Bartolomé Bennassar - SARPE 1986 - Madrid - pág. 178

20.- “Las Llagas del Amor”- Emilio García Merás - Historia 16 - nº 153 - pág. 78

21.- “Crónica del Perú”- Pedro de Cieza León - Espasa Calpe - Colección Austral - 3ª edición - pág. 73

22.- Idem. pág. 82

23.- Idem. pág. 53

24.- Idem. pág. 61

25.- Idem. pág. 78

26.- “Los Yaguarzongos” - P. Tomás Conde - Ediciones Mundo Shuar - 1981 -Quito - pág. 35

27.- “Costumbristas de América Latina” - Centro Editor de América Latina, S.A. - Buenos Aires 1973 - Abelardo M. Gabarra - pág. 136

28.-“Leyendas de Guatemala”- Miguel Angel Asturias - pág. 42

29.- “Historiadores de Indias”- Editorial Bruguera - 1ª edición - Fernández de Oviedo - pág. 93

30.- Idem 16 - pág. 68

31.- “Razas y Racismos”- José Tomás Cabot - Historia y Vida - nº 143 pág. 84

VI.- EL ORO QUE FUE LLEVADO A ESPAÑA NO FUE TANTO. MAL NEGOCIO PARA ESTA

Nota previa al capítulo 6: la investigación para tratar del oro y la plata traídos de Hispanoamérica la realicé en 1988. Creo innecesario adaptar algunas de las cifras a 2017, pues la argumentación sería exactamente la misma. Sí he convertido las cantidades expresadas en pesetas a euros, moneda que todavía no existía entonces.

Intentaremos analizar en este capítulo cuanto oro se llevaron los españoles, el perjuicio que ello causó a la economía de Hispanoamérica, que dio España a cambio y cómo se gastaron aquellas riquezas.

En su muy conocido y prestigioso libro “Las Venas abiertas de América Latina”, que ha superado las 31 ediciones, Eduardo Galeano dice:

“La cuantiosa exportación clandestina de plata americana, que se evadía de contrabando rumbo a Filipinas, a la China y a la propia España, no figura en los cálculos de Earl J. Hamilton, quien a partir de los datos obtenidos de la casa de contratación, ofrece, de todos modos en su conocida obra sobre el tema, cifras asombrosas. Entre 1503 y 1660 llegaron al puerto de Sevilla 185.000 Kg de oro y 16.000 000 Kg de plata”. (1)

Teniendo en cuenta que la cotización del oro y la plata hoy en el mercado de Madrid, es respectivamente de 1.766.000 ptas/kg (10.700 Euros/Kg) y 27.732 ptas/kg (167 euros/Kg) y el dólar norteamericano se cotiza a 125 ptas. (0,75 euros), ello quiere decir que el valor total de ambos metales que llegó a Sevilla en los 157 años del periodo men-

cionado, fue de 770.422 millones de ptas. o su equivalencia de 6.163 millones de dólares de hoy (4.630 millones de euros).

El periodo analizado es exactamente la mitad de los 314 años transcurridos entre 1492 y 1812, así es que si suponemos que el ritmo de envíos a España se mantuvo constante desde 1660 hasta 1812, estaríamos hablando del doble de las cantidades anteriores, es decir, 1.541.000 millones de pesetas o su equivalencia de 12.400 millones de dólares (9.260 millones de euros)

Parece que el poder adquisitivo del oro en aquellas épocas no sería enormemente distinto al que tiene hoy.

Un peso oro equivale a una centésima de una libra de oro, y una libra pesaba entre 400 y 460 gramos.

Según Oscar Efrén Reyes, en su Breve Historia General del Ecuador (2), en el siglo XVI diez gallinas costaban un peso oro, luego el precio de una sería de 760 Ptas.(4,6 euros) de hoy. Un caballo costaba 20 pesos oro, es decir 152.000 Ptas.(914 euros)

Por lo que he podido averiguar, una gallina cuesta hoy en España entre 300 y 500 Ptas. (entre 1,8 y 3 euros) y un caballo vulgar unas 130.000 Ptas.(781 euros)

Parece pues que, en grandes cifras, no es absurdo pensar que el valor adquisitivo del oro no era tan dispar entonces y ahora.

Bueno, pues el valor total del oro y la plata que habrían llegado a Sevilla a lo largo de 300 años sería comparable a:

- Algo más de la mitad de las exportaciones españolas en los ocho primeros meses de 1988 (2.868.000 millones de Ptas.) (17.237 millones de euros)
- La deuda externa del Perú en 1987 (15.300 millones de dólares).
- La octava parte de la deuda externa de México en 1987 (105.600 millones de dólares)
- 1/23 de la deuda externa de Hispanoamérica, sin contar Brasil, en 1987 (292.915 millones de dólares).
- El costo anual de los accidentes de tráfico en Francia (2 billones de Ptas.).
- La financiación prevista por el Banco Mundial para países en desarrollo en 1988 (14.800 millones de dólares).
- 1/6 de los gastos previstos en el Presupuesto español para 1988 (9,9 billones de Ptas.).
- 1/2 de los capitales fugados de Venezuela (25.000 millones de dó-

lares o un tercio de los de Argentina (31.300 millones de dólares), o una cuarta parte de los de México (53.000 millones de dólares).

Según el ya citado Eduardo Galeano, (3) *“En Venezuela se ha extraído, en medio siglo, una renta petrolera tan fabulosa que duplica los recursos del Plan Marshall para la reconstrucción de Europa (...) Ningún país ha producido tanto al capitalismo mundial en tan poco tiempo: Venezuela ha drenado una riqueza que, según Rangel, excede a la que los españoles usurparon a Potosí o los ingleses a la India”*.

Hace un par de años oí decir que el narcotráfico manejaba en Colombia unos recursos similares en cuantía al presupuesto nacional. Pareciéndome increíble aproveché la oportunidad de coincidir en Bogotá con un grupo de periodistas colombianos para preguntarles si aquello era posible. Me contestaron que no se sabían, lógicamente, cifras exactas, pero que probablemente *“Por ahí andaría la cosa”*.

En el número 8-10-1988 de L'Economist, de Londres, se decía: *“En 1987 el producto de la venta de cocaína con origen en América del Sur ha representado, sin duda, más de 20.000 millones de dólares”*. Es decir, en un año, casi el doble del valor de todos los metales preciosos de igual origen que llegaron a Sevilla a lo largo de más de 300 años.

Así es que resulta que sí, que España recibió mucho oro y plata de América, pero no tanto si se compara con las cantidades mencionadas. Y tampoco tanto comparándolo con la producción actual de oro en España, muy modesta a nivel internacional, pues nuestros yacimientos están esquilados por el oro que se llevó Roma cuando éramos provincia de su Imperio (a cambio, eso sí, de monumentos, caminos y sobre todo cultura) y por siglos de explotación.

Según la revista “Mercado”, en su número 361 de 7-10-88, la producción de oro en España es del orden de 5.000 Kg./año y la de plata de unos 220.000 Kg./año. Suponiendo que esas cantidades serían por lo menos iguales en años anteriores, a lo largo de 300 años resultaría:

Oro producido en España.....	300 x 5.000 =	1.500.000 Kg.
Oro traído de América.....		370.000 Kg.
Plata producida en España.....	300 x 220.000 =	66.000.000 Kg.
Plata traída de América.....		32.000.000 Kg.

Antes de seguir quiero hacer un comentario: mi formación de Ingeniero se rebela a sacar conclusiones numéricas con tan escasos antecedentes: el precio de una gallina y de un caballo. Parece hasta cómico.

Pero la tesis que definiendo en este capítulo sería igualmente válida aunque el oro tuviera en aquellos siglos un valor adquisitivo 100 veces superior al actual:

los repetidos 12.400 millones de dólares se convertirían en 1.240.000 millones a lo largo de 300 años, y supondrían 3 veces la deuda exterior iberoamericana en 1987 (416 miles de millones) o menos de 10 veces los 128.000 millones de dólares de capitales evadidos de los nueve principales países iberoamericanos, contando solo hasta 1.984.

Y la tesis seguiría siendo válida aunque hubiera que multiplicar por 1.000 en lugar de por 100.

Veamos ahora el perjuicio que ello supuso para la economía de Hispanoamérica.

Ante todo debe tenerse en cuenta que el oro que llegaba a España era sólo una pequeña parte del que se obtenía.

Tanto al principio de la Conquista, cuando se obtuvo el oro de los tesoros de Moctezuma y Atahualpa y por trueque a los indígenas por abalorios, como luego al explotarse las minas, a la hacienda real iba solo un quinto (que luego se redujo a un décimo en México y Perú) y de esta cantidad se enviaba a España algo menos de la cuarta parte.

Los 4/5 de los que se extraía pertenecían a quien obtuviera el oro y se quedaban casi íntegramente en América.

Las 3/4 partes del “*Quinto Real*” se quedaban también en América para atender al presupuesto del gobierno local y en forma de “situados” para ayudar a los gastos de las provincias ultramarinas, menos ricas (4).

Mientras subsistió la “*economía indígena*”, la expoliación del oro debió tener efectos prácticamente nulos sobre la misma, pues estaba considerado simplemente como adorno, no teniendo valor monetario.

Según Cabeza de Vaca, en sus *Naufragios y Comentarios* “*los indios ningún caso hacen de oro y plata, ni hallan que pueda haber provecho de ello*”.

Para un inca o un azteca era objeto mucho más precioso un espejo, unas tijeras o un cuchillo de acero que algún adorno de oro.

José Abdulio Cordero, en su libro “*El Ser de la Nacionalidad Costarricense*” (Editorial Tridente) dice: “*Cuando los españoles vinieron a esta América, los naturales pobladores entregaban a ellos el oro a cambio de chucherías, En manos de los nuevos poseedores constituía toda una riqueza, pero aquellos indígenas desconocían el precio de lo que prodigaban*”.

Es curioso pensar que ahora se han invertido los términos en cierto modo y los anticuarios recorren los pueblos dando “oro” por “abalorios”: viejas planchas, braseros, platos antiguos de cerámica, etc.

Como siempre, acaba venciendo la ley de la oferta y la demanda.

Creo que puede afirmarse que, entre los muchos problemas que la llegada de los españoles supuso a los dirigentes indios, el apetito de oro y plata que aquellos demostraban debió resultar más sorprendente que perjudicial.

Aunque quizá ni sorprendente siquiera, porque *“Tiempo antes de la conquista, el Inca Huayna Capac (...) había sospechado que el cerro del Potosí (...) en sus entrañas debía albergar piedras preciosas y ricos metales (...). No bien los mineros indígenas clavaron sus pedernales en los filones de plata del cerro hermoso, una voz cavernosa los derribó (...) y decía en quechua: “no es para ustedes: dios reserva estas riquezas para los que vienen de más allá”. Los indios huyeron despavoridos y el inca abandonó el cerro”* (5).

Cuando la economía de Hispanoamérica se “españolizó” y el oro adquirió el valor financiero que tenía en Europa, es evidente que se produjo una apreciable sangría de metales preciosos hacia España, aunque ya hemos visto que su volumen no era tan cuantioso como siempre se ha pensado: los 1.540.000 millones de Ptas. antes calculados como valor del oro y de la plata que llegaron a España a lo largo de 300 años suponían aproximadamente, como ya vimos, la octava parte de la deuda exterior actual de México.

¿Qué aportó España a cambio de tanto oro?

Como buen gallego, contesto a esta pregunta con otra:

¿Cuánto cuesta crear 20 naciones?

España “cobró”, como media, a razón de 620 millones de dólares por nación.

No parece caro.

Antes del descubrimiento de América, la población española era muy superior la británica. Hoy ocurre a la inversa, habiendo sido el índice de crecimiento mucho más alto en España que en Inglaterra. ¿Dónde está la diferencia? ¿Cuántos millones de españoles han cruzado el atlántico para poblar aquellas tierras? Amigo hispanoamericano actual: ¿A cuánto cotizamos, por cabeza, a tus abuelos?

A la llegada de los españoles, las principales culturas Incas, Mayas, Aztecas, estaban en la edad de piedra. Al ocurrir la Independencia ya no se trataba de diez mil tribus inconexas, sino que surgieron espontáneamente una veintena de naciones de cultura occidental: *“España*

sembró Cabildos y cosechó Repúblicas” como dijo Víctor Andes Belaunde (7).

Pero así como los ingleses crearon naciones a base de eliminar a los indígenas y cultivar la tierra, España cultivó primero surcos más tiernos y luego la tierra con los brazos de los frutos de aquellas primeras siembras.

Pregúntese a los pocos supervivientes de las tribus Comanches o Sioux norteamericanos o a los aborígenes de Australia o Nueva Zelanda (después de explicarles la verdad histórica, claro) si no hubieran preferido ser conquistados por los españoles en vez de por los ingleses.

Planteo también la duda de si en el siglo XVI las perspectivas de culturización y asimilación del indio hispanoamericano eran como media mejores o peores que las de los indígenas de grandes sectores del África de hoy, casi cinco siglos después.

Y por cierto, como español peninsular creo que los Reyes Católicos debieron dejar la lejanísima América a ingleses y franceses y, conquistada Granada, haber seguido conquistando hacia el sur, al otro lado del estrecho de Gibraltar, creando la cercana “Hispano África”. Imagínese el lector el continente africano, ahí al lado, poblado de blancos y mulatos hispanos y con nuestra lengua y cultura.

Pero volviendo al tema “oro” sería muy interesante poder hacer el siguiente cálculo:

- Producto nacional de toda Hispanoamérica antes de la llegada de los españoles. Renta per cápita, distribución de la riqueza, (desigualdades sociales).
- Idem durante la colonia.
- Idem durante el siglo XIX, después de la Independencia.
- Idem en los tiempos actuales.

Y todo ello contabilizando, en cada una de las cuatro fases, la construcción de Universidades, escuelas, bibliotecas, hospitales, catedrales, puertos, astilleros, caminos (carreteras, autopistas, y ferrocarriles hoy) desarrollo de la agricultura, la ganadería y todo tipo de oficios e industrias, etc...

Y comparando todo ello con el oro que se llevó España en su momento y con los capitales evadidos, la deuda externa y las cifras increíbles que maneja el narcotráfico hoy.

(Ya que se han mencionado los ferrocarriles quizá sea oportuno recordar que España construyó en Cuba, en 1837, el primer ferrocarril de Hispanoamérica y cronológicamente el sexto en todo el mundo) (8).

Tengo la impresión de que si se pudiera hacer semejante cálculo re-

sultaría que la época de la administración española fue la mejor para la gran mayoría del pueblo hispanoamericano.

La cantidad de riqueza creada y de cultura implantada por cada peso de oro que llegó a Sevilla, creo que fue proporcionalmente muy superior al equivalente por cada dólar de dudoso destino hoy.

A partir de la Independencia no salió un gramo de oro más hacia España. ¿Mejoró la economía y el bienestar del pueblo?

–*“Antes se trabajaba con más sosiego, cuando el Rey mandaba -murmuró el viejo- ahora manda el más fuerte...”* (9).

“El comercio libre (establecido con la Independencia) enriquecía los puertos que vivían de la exportación y elevaba a los cielos el nivel de despilfarro de las oligarquías ansiosas por disfrutar de todo el lujo que el mundo ofrecía, pero arruinaba a las incipientes manufacturas locales y frustraba la expansión del mercado interno” (10).

Por otra parte, la independencia que se logró de España se convirtió en dependencia económica hacia Inglaterra primero y EE.UU después.

“Al iniciarse 1890, Chile destinaba a Inglaterra las $\frac{3}{4}$ partes de sus exportaciones y de Inglaterra recibía casi $\frac{1}{2}$ de sus importaciones. Su dependencia comercial era todavía mayor que la que padecía por entonces la India” (11)

“Perú creía que era independiente, pero Inglaterra había ocupado el lugar de España. El país se sintió rico, escribía Mariátegui. El Estado usó sin medida de su crédito. Vivió en el derroche, hipotecando su porvenir a las finanzas inglesas” (12)

Canning no se equivocaba al escribir en 1824:

“La cosa está hecha; el clavo está puesto. Hispanoamérica es libre, y si nosotros no desgobernamos tristemente nuestros asuntos, es inglesa” (13)

“Entre 1822 y 1826 Inglaterra había proporcionado diez empréstitos a las colonias españolas liberadas, por un valor nominal de cerca de 21 millones de libras esterlinas, pero que, una vez deducidos los intereses y las comisiones de los intermediarios, el desembolso real que había llegado a tierras de Hispanoamérica apenas alcanzaba los siete millones” (14)

También Norteamérica tuvo su parte del pastel:

“Los mayores yacimientos de cobre continuaban en manos de las empresas norteamericanas Anaconda Copper Mining Co. y Kennecott Copper Co., íntimamente vinculadas entre sí (...) en medio siglo, ambas habían remitido cuatro mil millones de dólares desde Chile a sus casas matrices, caudalosa sangría evadida por diversos conceptos” (15).

Es decir, en 50 años, y sólo en Chile, un tercio de los 12.400 millones de dólares que valían el oro y la plata que España obtuvo en 300 años en toda Hispanoamérica. Pero sin ninguna universidad ni catedral a cambio.

Esta dependencia de Inglaterra y luego de EE.UU. no puede sorprender, pues ya estaba prevista y alentada por Simón Bolívar, que en su carta a Maxwel Hyslop de 19 de mayo de 1815 decía: “Ya es tiempo, señor, y quizá es el último período en que la Inglaterra puede y debe tomar parte en la suerte de este inmenso hemisferio (...) la pérdida incalculable que va a hacer Gran Bretaña (si no interviene en la guerra contra España) consiste en todo el continente meridional de la América, que protegido por sus armas y comercio, extraería de su seno en el corto espacio de solo diez años, más metales preciosos que los que circulan por el universo (...) y al mismo tiempo se puede entregar al gobierno británico las provincias de Panamá y Nicaragua, para que forme de estos países el centro del comercio del universo” (16).

La tesis de Bolívar parece clara: con tal de conseguir la independencia de España, demos entrada a Inglaterra para explotar nuestro oro y cedámosle un par de países a la soberanía británica.

Sin embargo, España, a cambio del relativamente poco oro que se llevó, y además de las Catedrales y Universidades mencionadas, hizo muchas otras cosas: “la América de antes (de la conquista) no es otra cosas que miseria” (17). “Luego (de la conquista) se impuso la revolución en la técnica de la labranza con la introducción de nuevos elementos, la barra de hierro, la pala, el hacha y el machete para el desmonte y sobre todo el arado de tracción animal (...) se propagó también intensamente la cebada y la harina de este cereal vino a constituir uno de los principales artículos alimenticios del indígena (...) la caña de azúcar traída por los primeros colonizadores españoles a las Antillas y a la América Central se introdujo muy pronto al Perú y al Ecuador (...) los mismos artículos americanos, no propagados a todas las zonas propicias del continente hasta el siglo XVI, fueron intensamente distribuidos y sometidos a experimentación en diversos campos y latitudes por los españoles (...) para los siglos XVII y XVIII ya vastas extensiones territoriales (...)

se habían llenado de sembríos de cacao, tabaco, banano (...) también constituyó un aporte novísimo y de trascendentales consecuencias para la economía americana, el incremento de los nuevos animales domésticos (...) en varios lugares de América, caballos, toros y jumentos se habían hecho monteses y corrían libres por pampas y valles en hatos numerosos (...) la carne, como lógico resultado del incremento de toros, vacas y ovejas, era alimento abundantísimo (...). (Un comentario curioso, como inciso, sobre la abundancia de carne en la época colonial: “en 1792 han salido del puerto de Montevideo 825.609 cueros de toro y novillo, y se habrán aprovechado las carnes de 200.000 poco más o menos, lo que resulta un desperdicio de más de medio millón de reses”) (18).

Los precios de animales y aves de corral llegaron hasta lo increíble (de barato) (...). Aún en los siglos XVII y XVIII (...) no cesó cierto incremento de industrias juntamente con un comercio más o menos importante (...) y los astilleros de Guayaquil construían (...) las embarcaciones para la navegación en el Pacífico, de Chile a México. Se hacían buques para el comercio y hasta buques de guerra” (19).

El Licenciado Vasconcelos nos cuenta lo que pasaba en México.

“La línea de navegación establecida prácticamente por nosotros entre Manila y Acapulco duró prácticamente dos siglos y medio en sus operaciones. Ninguna otra línea marítima, dice Schurr, duró tanto (...). En la lucha de los barcos contra los asaltos de los ingleses, se perdieron cuatro, entre otros el Santísima Trinidad, que en 1762 era el barco mayor del mundo. Nuestra supremacía en el Pacífico, que de esta suerte duró dos siglos y medio, no significaba nada para los bastardos que han escrito nuestra historia republicana (...). No es posible juzgar aquella grandeza imperial del México de la Colonia, que enviaba tropas a Santo Domingo y a la Florida y a las Filipinas y las Molucas mediante barcos de guerra y de comercio contruidos en gran parte en nuestros astilleros. Los pobres astilleros nacionales que llevan un siglo sin haber construido siquiera un barco de cabotaje (...) (fue aquel) un período feliz de colaboración estrecha de indios y españoles, que hasta hoy ha sido el único tipo fecundo de elaboración de riqueza en nuestro territorio (...). La actual revolución, al desposeer, malbaratar, aniquilar al propietario mexicano, ha logrado ya que el 50% de la propiedad territorial esté en manos de norteamericanos (...). (Pues antes había ocurrido que) España, en decadencia lenta, llegaría a no poder protegernos, a no poder gobernarnos, y entonces estas naciones entrarían en componendas de traición con el inglés, soñando con hacerse libres” (20)

Y ya se vio con qué resultado.

Sin embargo, *“El gobierno español lejos de considerar las colonias como una adquisición extranjera que debía sacrificarse a la prosperidad de la madre patria (nota: justo lo que hacían los ingleses) las miraba como parte integrante del reino, lo que se echa de ver en los mismos nombre de Nueva España, Nueva Granada, Nueva Castilla, Nueva Andalucía, etc...”* (21).

Pero ¿qué hizo aquella España, que tantas veces se ha descrito como avarienta, con el oro americano?, ¿atesorarlo?, ¿convertirse en la potencia financiera de Europa?, ¿enriquecer a su pueblo?

Nada de eso. Una parte muy considerable se gastó en guerras para defender en Europa la misma religión cuya propagación en América había sido una de las motivaciones clave de la Conquista.

Por otra parte, al escasear en España los financieros y comerciantes, casi todos judíos que habían sido expulsados (grave error de los Reyes Católicos) *“El oro se escapó a otros lugares y propició la fundación de los primeros bancos del mundo: el Rialto de Venecia, el de Amsterdam y el de Inglaterra. El oro de España fue a parar a manos de sus rivales por dos caminos: el de la provisión directa comprando mercancías a Francia, Holanda e Inglaterra y la indirecta a sus posesiones por medio del contrabando, Los corsarios franceses y la piratería dieron cuenta de buena parte de los tesoros que se transportaban a España. El dorado vellocino despobló a España. De quince millones a la hora del descubrimiento la cantidad se redujo a seis, años más tarde”* (22).

Y se vivía mejor en Hispanoamérica que en la península. Aportaré dos testimonios:

“...en su crónica, el Padre Calancho compara la abundancia nativa con la estrechez y pobreza del suelo español: el más baladí come todo el año sopa que en España comen solo los ricos y come más acá un plebeyo en una semana que allá el más liberal en un mes”.

El sastre Alonso Morales escribía, en 1576, desde Puebla (México), a su primo en Extremadura: *“Tu hermano y yo hemos abierto tienda aquí y nos va muy bien (...) Por tanto me complacería mucho que abandonases toda aquella miseria y te vinieses aquí (...) Consigue que mi hermano Pedro venga contigo, y deje ese desdichado país, que es solo para la gente que tiene montones de dinero, mientras que aquí, por pobre que sea un hombre, no se queda nunca en la estacada ni sin comida que llevarse a la boca”* (Enciclopedia de Latinoamérica-Universidad de Cambridge-Debate/Circulo-1985-Pág. 167)

Cuando el Sastre Alonso escribía esa carta, era justo la época de la Novela Picaresca: “El Lazarillo de Tormes”: 1554; “Guzmán de Alfarache”: 1599, en cuyas novelas se describe el hambre que pasaba el pueblo español y cómo un hidalgo esparcía migas de pan en su barba para simular que había comido.

Y, durante la mal llamada “Época Colonial” (época de reinos y virreinos de ultramar sería lo correcto) también se vivía mejor en Hispanoamérica que en Norteamérica:

“Seguíamos siendo, como región, mucho más prósperos que Estados Unidos cuando nuestros criollos, enfrentados a ejércitos reales llenos de indios, cortaron amarras con la metrópolis, es decir, después de producidos todos los despojos de la era colonial. Por lo demás, España malgastó el oro que se llevó consigo en inútiles guerras europeas en vez de usarlo productivamente” (Manual del perfecto idiota latinoamericano y español -Mendoza, Montaner y Vargas Llosa-Plaza y Janés Editores S.A.-1996-Pág. 68)

Y el que se viviera mejor en Hispanoamérica ocurría porque, además de la fecundidad de la tierra, *“diéronles los españoles a los indios -decía Gomara- bestias de carga para que no se carguen, y lana para que se vistan (...) y carne para que coman. Mostráronles el uso del hierro y del candil con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden (...) Hanles enseñado latín y ciencias, que valen más que cuanta plata y oro les tomaron; porque con letras son verdaderamente hombres y de la plata no se aprovechaban mucho ni todos” (23).*

Y menos se aprovechaban de la plata y el oro en la península:

“Se podría mostrar de un modo intuitivo uno de los rasgos característicos de la relación entre la España europea y las ultramarinas: el no enriquecimiento de la primera con el oro y la plata de las segundas. Imagino una amplia serie de fotografías que presentan la modestia, lindante con la pobreza, de las ciudades españolas desde el siglo XVI al XVIII, contrastada con la opulencia de otras ciudades de Francia, Italia, Holanda, Alemania, Inglaterra. Se vería cómo España usó la riqueza de las Indias para las empresas que le parecían necesarias, contra sus intereses particulares” (24).

En resumen: España se llevó una pequeña parte del oro que producía Hispanoamérica y a cambio incorporó a la civilización occidental un inmenso territorio del que surgieron más tarde 20 naciones que a partir de su independencia fueron, ahora sí, explotadas por Inglaterra y los EE.UU.

Y yo, español de hoy, me siento muy orgulloso de la magnífica labor que realizaron aquellos lejanos compatriotas, probables antepasados de los hispanoamericanos de hoy.

Pero si enfocamos el tema desde el punto de vista estrictamente económico debo afirmar que aquello fue un mal negocio para España, que salió de él empobrecida y despoblada.

Fue una quijotada más.

La más impresionante quijotada de la historia de la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

Y CITAS DEL CAPÍTULO 6

1. “Las venas abiertas de América Latina” – Eduardo Galeano – 31ª edición (2ª de España) – Siglo XXI Editores – pág. 34.
2. “Breve Historia General de Ecuador” – Oscar Efrén Reyes – Tomo I - Premio Tobar del M.I. Concejo Municipal de Quito – 12ª edición – pág. 251.
3. Idem 1 – pág. 273.
4. “Historia de América Española” – Carlos Pereira – Editorial Saturnino Calleja – Tomo II – 1924- págs. 284 y 290
5. Idem 1 – pág. 31.
6. Idem 4 – pág. 290.
7. “Las Ideas Sociales de Bolívar” – José Rodríguez Iturbe.
8. Gonzalo Garcival – ABC del 30.12.87 – pág. 52.
9. “Crónicas del Tiempo Viejo” – Joaquín Edwards Bello. Editorial Nascimento – Santiago de Chile -1976 – pág. 140.
10. Idem 1 – pág. 286.
11. Idem 1 – pág. 231.
12. Idem 1 – pág. 228.
13. Idem 1 – pág. 283.
14. Idem 1 - pág. 234.
15. Idem 1 – pág. 324.
16. “Simón Bolívar, Discursos, Proclamas y Epistolario Político” – M. Hernández Sánchez Barba – Editora Nacional – Madrid – 2ª edición – págs. 119 y 120.
17. “Breve Historia de México” – Lic. José Vasconcelos – Editorial Continental México – 21ª edición – pág. 153.
18. “Francisco de Medina, 1ª Empresa de la Discordia” – Arturo

- 110 Ariel Betancourt-Arce – Editorial S.R.L.- Uruguay – pág. 90.
19. Idem 2 – págs. 234, 235, 237, 238 y 239.
 20. Idem 17 – págs. 213, 214, 239 y 188.
 21. “Curso Superior de Historia de Colombia” – Julio César García – Librería Voluntad – Bogotá 13ª edición. Págs. 26 y 27.
 22. Idem – pág. 27.

VII.- LA INMENSA ACCIÓN CULTURAL ESPAÑOLA EN AMÉRICA

Desde el punto de vista cultural, España destruyó poco en América y, por el contrario, realizó una obra constructiva quizá solo comparable a la que realizó Roma.

Sin embargo, uno de los reproches típicos que se hacen a la presencia española en América es que arrasó importantes culturas autóctonas, privando a la humanidad de los adelantos logrados por civilizaciones como la Maya, Inca, Azteca, etc.

Pero no todo el mundo piensa así:

“Hoy ya solo la ignorancia puede repetir el dislate de que los Conquistadores destruyeron una civilización. Desde todos los puntos de vista y con todos sus defectos, lo que creó la Colonia fue mejor que lo que existía bajo el dominio aborigen.

Nada destruyó España porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a estos territorios, a menos que se estime sagrada toda esa mala yerba del alma que son el canibalismo de los Caribes, los sacrificios humanos de los Aztecas, el despotismo embrutecedor de los Incas”
(1)

Y, sin ser tan drástico, algo parecido decía el Presidente de Argentina, Don Hipólito Irigoyen, en su decreto del 4 de octubre de 1917 declarando el 12 de octubre fiesta nacional en aquél país:

“La España descubridora y conquistadora volcó sobre el continente enigmático y magnífico el valor de sus guerreros, el desnudo de sus

exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus sabios, las labores menestrales y, con la aleación de todos esos factores, obró el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones a las cuales ha dado, con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua, una herencia inmortal, que debemos afirmar y mantener con jubiloso reconocimiento” (2)

El político y escritor venezolano Arturo Uslar Pietri decía en un artículo en el diario ABC, el 18 de octubre de 1990:

“Poco se ha hablado del gran hecho cultural que allí se produjo y que ha terminado por dominar toda la escena. Ese gran hecho, casi único en la Historia, consiste en la gigantesca empresa de haber dado a todo un continente nuevo, en un poco más de la vida de una generación, una sola lengua y una sola religión. Lengua, creencia y valores fueron los mismos. Esto explica con mucho la tan peculiar manera como se desarrolló el proceso de la Independencia: los hombres que la hicieron no llevaban ningún propósito de regresar a una situación anterior a la Conquista, cosa que fue el caso de las descolonizaciones de África y Asia en nuestro siglo, sino que tenían el expreso propósito de continuar adelante dentro de lo que no podían considerar de otra manera sino como su cultura y su identidad histórica”

Jorge Siles Salinas, de la Academia Boliviana de la Lengua, en su artículo “La Historia vista desde el siglo XIX”, del 11 de octubre de 1986, también en ABC, nos habla de la novela de Nataniel Aguirre “Juan de la Rosa”, publicada en 1885:

“En ella se formula de manera explícita una condena absoluta de la época colonial en lo tocante a uno de los aspectos fundamentales de la cultura, el que se refiere a la capacidad de creación en el terreno del arte:

-¡Un artista en la época colonial...! ¡Oh!, ¡Eso era imposible! ¡Era lo mismo que esperar el vuelo del pobre pájaro al que se le rompieron las alas desde el nido!

Estas palabras son un testimonio de primer orden sobre lo que se pensaba en la época en que la novela fue escrita acerca del arte en los tiempos que van desde la Conquista a la Independencia y, más ampliamente sobre la cultura en dicha etapa histórica.

¡Cómo ha cambiado desde entonces el juicio histórico y la apreciación artística! Lo que antes se veía como tenebroso, hoy se ve como campo

radiante, lo que parecía un período estéril, hoy es contemplado con la admiración que suscita la vida plena y fecunda”.

Arturo Uslar Pietri, de la Academia Venezolana de la Lengua, en otro artículo en el mismo ABC antes citado, dice:

“Para los recién descolonizados países de África hay una tipificación muy característica de lo que pueden llamar el hecho colonial. Una potencia europea se apodera por la fuerza de un país africano, lo somete política y militarmente y establece una situación de dicotomía en la que coexisten, con dificultad y sin fundirse, dos sociedades, dos mentalidades, dos culturas, hasta que finalmente, la vieja cultura sometida, con las transformaciones que le ha ocasionado inevitablemente el hecho colonial, recupera su libertad y se esfuerza en revivir un pasado más o menos mítico con formas políticas modernas. Eso no fue lo que pasó en lo que hoy llamamos con bastante impropiedad la América Latina. (...) Desde el primer momento no se estableció la coexistencia separada de dos culturas, dos lenguas, dos religiones, dos mentalidades, sino que ocurrió un completo y rápido proceso de fusión (...) una mezcla en el más completo y rápido proceso de mestizaje que la historia halla conocido, para formar un nuevo hecho social, histórico y cultural que ya no correspondía a la identidad de ninguna de las culturas fundadoras (...) Si eso no hubiera ocurrido de esa forma, México y el Perú serían semejantes a la India, donde una cultura propia no fue eliminada ni sustituida por otra”.

Oigamos al mexicano Mariano Picón Salas en su interesante libro “De la Conquista a la Independencia” (3):

“Es a través de formas españolas como nosotros hemos penetrado en la civilización occidental (...) Por la ruptura de los imperios indígenas y la adquisición de una nueva lengua común, la América Hispana existe como unidad histórica y no se fragmentó en porciones recelosas y ferozmente encerradas en si (...) Dentro de la geografía actual del mundo, ningún grupo de pueblos (ni el Balcánico en Europa, ni el Commonwealth británico, tan esparcido en diversos continentes) tiene, entre si, la poderosa afinidad familiar (...) Hubo, junto a la empresa guerrera un humanismo práctico, no absorto en sueños de belleza como los de la Italia renacentista, sino anhelo de mejora social, de reparar los crímenes del conquistador, de enseñar y proteger a las masas desamparadas, como el que ejemplarizaron un Vasco de Quiroga, un Motolinia, un Luis de Valdivia. Ello constituye un legado todavía vigente, de elevadísima solvencia, en la vida cultural y moral de Hispanoamérica (...)

En México se construye, con las proporciones y la geometría grandiosa de un palacio renacentista, el Colegio de Minería y se funda aquella Academia de Bellas Artes que admirará Humboldt pocos años después (...) Se ejecuta tan buena música como la de aquellas reuniones venezolanas, el más admirable florecimiento musical que conociera ninguna colonia (...) La sabia Santa Fe de Bogotá con el Circulo Enciclopedista (...) En Quito el sabio Pedro Vicente Maldonado (1710-1748) que se va a Europa en compañía de La Condamine y es introducido por este en la Academias Científicas de París y Londres (...) En Lima José Eusebio del Llano y Zapata, acaso la más firma cabeza matemática que tenía el continente en aquellos años (...) En México el gran astrónomo y matemático Joaquín Velázquez de Cárdenas, y Andrés del Río, descubridor del Vanadio y primer traductor al español de la química de Lavoisier (...) Manuel Sales funda en Chile aquellos cursos de dibujo, matemáticas y química de donde habría de salir, en 1797, la Academia de San Luis, acaso el primer colegio de orientación moderna en América del Sur (...) La Universidad de Chuquisaca, en el Alto Perú, aparece como una Salamanca Indiana (...) Antonio de Mariño, que tenía una biblioteca de 6.000 volúmenes...”

Escuchemos al Licenciado José Vasconcelos, también mexicano:

“Es tiempo de proclamar sin reservas, que tanto la azteca como las civilizaciones que la precedieron, formaban un conjunto de casos abortados de humanidad. Ni los medios técnicos de que disponían, ni la moral en uso, ni las ideas, podían haberles levantado jamás por si solas (...) Los españoles hallaron no solo civilizaciones en ruinas, sino un pueblo muerto para el espíritu de un extremo a otro del continente (...) El arte decorativo y la arquitectura de los mayas impresionan más que ningún otro de América, pero desde luego no puede compararse en importancia lo maya con lo egipcio ni lo indostánico. Eran pueblos de segunda los mayas junto con los demás de América, y ello se comprueba con el examen de sus escrituras, sus libros sagrados y de crónicas. Léase el Popol Vuh con toda la buena voluntad del mundo y se verá que no pasa de un tartamudeo sobre las causas primeras representadas por gigantes absurdos”.

Otro mexicano, Jorge Canseco Vincourt, en su libro “La Guerra Sagrada” (5), dice:

“...se presenta un estado de guerra casi continua entra los pequeños estados que surgen, la decadencia se va haciendo cada vez más evidente, la anarquía se difunde por todo el territorio y se aniquila la brillante

civilización maya. A la llegada de los españoles solo quedarán pequeños señoríos (...) (también) el mundo de los mexica estaba amenazado continuamente con una súbita destrucción”.

Según el Licenciado Vasconcelos, las cosas cambian durante la Colonia:

“Fuimos, durante siglos, la nación más culta del Nuevo Mundo (...) De un extremo a otro de la Nueva España, había escuelas, bibliotecas, una Academia, una galería de pinturas, colegios, Universidades. En arquitectura se construía como no ha vuelto a hacerse después (...) La educación pública estuvo difundida en el siglo XVIII como no ha vuelto a estarlo (...) La destrucción deliberada y sistemática del sistema colonial es, sin duda, el mayor daño que hemos hecho a la Patria, instigados siempre por la perfidia del plan extranjero. Pero asombra considerar lo que había. Únicamente en el Colegio de Indios, fundado por Pedro de Gante, se contaban mil educandos (...) Todos nuestros Institutos provinciales y los que funcionan en la capital de la República, se alojan todavía en edificios que construyó la Colonia”.

Don Oscar Efrén Reyes (6), ecuatoriano, nos explica que los incas habían logrado una cultura apreciable, aunque al alcance solo de la clase dirigente, y a pesar de no conocer la rueda, el arado, el hierro ni la escritura:

“Aplicaban el sistema decimal en tiempos en que no se había divulgado todavía en Europa (...) Tenían una ordenada administración de justicia con un sistema jerárquico de sanciones que no eran más crueles ni desiguales, en verdad, que las que se usaban coetáneamente (siglos XIV-XV) entre los más adelantados pueblos de Europa (...) Había una disciplina social rigurosa, gracias a la cual fue posible la realización de grandes obras colectivas y verdaderamente monumentales: fortalezas militares, templos macizos, residencias imperiales, caminos larguísimos y acueductos, abiertos con herramientas primitivas (...) famosos jardines colgantes, con trepadoras que daban flores y frutas, como las de Yucay, una de las maravillas prehistóricas del hemisferio occidental”

Y, como los egipcios, sabían hacer trepanaciones, y tenían una muy curiosa técnica para suturar heridas, la “Sutura fórmica”:

“Se juntaba el cuero de los dos lados de la herida y se soltaban sobre ella unas hormigas especiales que mordían y apretaban con sus mandíbulas los labios de la herida. En ese momento el curandero decapitaba a los animales y las cabezas quedaban entonces asidas a la herida apre-

tando el bocado a modo de tenaza, con tanta fuerza como si estuvieran vivas”.

Sin embargo, “Cuando Pizarro penetró en el imperio peruano –dice Mr. Joyce- los incas habían desarrollado, sino una civilización, por lo menos una barbarie esplendorosa (...) Vivían aún en la edad de piedra” (8)

Pero sigamos con el Sr. Reyes, que nos cuenta más cosas de cómo era la Colonia (9):

“La difusión de la cultura en los pueblos de Quito, como en los de toda la América española, corrió de cuenta del clero (...) Los primeros en acometer la empresa cultural fueron frailes franciscanos. En enero de 1535 llegaron cuatro, siendo el principal fray Jodoco Ricke (que pasaba por ser pariente de Carlos V) que realizó una incansable labor de bien público. Estableció una escuela elemental y práctica para hijos de españoles y para indios (...) Enseñó a arar con bueyes, hacer yugos, arados y carretas (...) la manera de contar en cifras de guarismo y castellano (...) Además enseñó a los indios a leer y a escribir (...) tañer los instrumentos de música (...) Enseñó a los indios todos los géneros de oficios que los aprendieron muy bien (...) hasta muy perfectos pintores y escultores y apuntadores de libros (...) Fray Goseal, en tanto, enseñaba dibujo y a sembrar, rezar, cantar o bailar (...) Poco después de establecidas las escuelas primarias se procuraba, en local anexo, el establecimiento de planteles de enseñanza media (...) Poco después se resolvió la creación de un seminario (...) La primera Universidad ecuatoriana fue fundada por los frailes agustinos en el año 1586 (...) En 1622 se inaugura la nueva Real y Pontificia Universidad de San Gregorio Magno, de los Padres Jesuitas (y luego) la Universidad de Santo Tomás (...) Cuando (por 1736) llegó a Quito la primera misión geodésica francesa, uno de sus más ilustres miembros –Carlos María de la Condamine- se sorprendió de que en Quito ya funcionaran dos Universidades famosas (...) se asombró también al descubrir en la biblioteca de un canónigo –Ignacio Chiriboga- seis o siete mil volúmenes selectos de varia producción intelectual europea (...) El quiteño Lópe Díaz de Armendáriz –siglo XVII- fue Embajador de la Corte Española en Roma, luego Virrey de México y, al fin, Consejero de Guerra de España (...) Un hermano del anterior, Fray Luis de Armendáriz, llegó a ser Arzobispo de Tarragona y Virrey de Cataluña (...) Las obras de arte de Quito llegaron a ser un notable renglón de exportación, principalmente Cristos y trabajos de escultura en general”.

Y hablando de criollos que ocuparon altos cargos en la España peninsular, es destacable lo que cuenta Eduardo Posadas en sus “Apostillas a la Historia Colombiana”:

“El ilustre bogotano Don Pedro Agar, marino en la época colonial, de alta graduación por sus conocimientos y relevantes méritos, fue Regente de España durante la prisión de Fernando VII en Valency: Regente dos veces porque las Cortes conocieron su habilidad indisputable y le eligieron por segunda vez con los más encarecidos elogios a su probidad, a la elevación de su carácter y a su distinguido merecimiento (...). ¡Agar, pues, el colombiano, el hijo de Tequendama fue Rey de España! ¡Y en su patria no le conocen!” (Editorial América-Madrid-Pág. 49)

Luis G. Benitez, en su “Historia de Paraguay”, dice:

“Las ordenes religiosas cumplieron una destacadísima labor en Paraguay: puede afirmarse que en toda la gran empresa de integración de la cultura paraguaya, nunca estuvo ausente el elemento religioso (...) Desde la fundación misma de la Asunción, los religiosos trabajaron hombro a hombro con los conquistadores en la tarea de incorporación de la población nativa a la vida civilizada (...) En una u otra forma los religiosos fueron los conductores intelectuales de la colonia.

Ya durante el siglo XVI, se incorporaron a la provincia, aunque precariamente, cuatro órdenes religiosas: Mercedarios, Jerónimos, Dominicos y Jesuitas (...) Los Jesuitas cumplieron una gigantesca labor de incorporación de los indígenas a la civilización de los conquistadores mediante fundación de pueblos, organización familiar, difusión de la religión católica, desarrollo de la economía y de las aptitudes estéticas, así como el estudio y divulgación de la flora, fauna etc.” (10)

Aunque es cosa muy sabida, no creo inoportuno recalcar que la obra que realizaron los Jesuitas en sus Misiones o Reducciones fue magnífica, increíble. Fue nada menos que Voltaire, poco sospechoso de proclividades clericales, el que dijo que habían logrado “*Un triunfo de la Humanidad*”. (11)

La expulsión de los Jesuitas, por orden de Carlos III, tuvo, en Hispanoamérica, efectos dramáticos, y es un factor a considerara la hora de definir las causas que motivaron la Independencia.

Pero los Jesuitas no actuaron solo en Paraguay. En Chile, por ejemplo, realizaron también una enorme labor, y no solo para transmitir a los indios la cultura europea, sino para conservar la indígena:

“Además de la lengua general de Chile estudiaron los Jesuitas otras, y así, el Padre Esteban, aprendió la de los Chonos y Mascardi, y el Padre Guillermo la de los Puelches y Poyas y este último hizo gramáticas manuscritas de estas dos lenguas (...) El Padre Alonso do Ovalle (1641) decía: con este servicio que la Compañía hace a las repúblicas no queda ningún niño en ellas, por pobre que sea, que no aprenda a leer, escribir y contar, porque como servimos sin ningún otro interés que el bien de las almas, no hay ninguno que, por pobre y por no tener con qué pagar al maestro, se escuse de aprender (...) Mantuvieron siempre los Jesuitas cátedra de lengua araucana (...) En 1606 el Padre Valdivia publicó tres gramáticas indígenas, la de la lengua de Chile y otras dos en la región de Cuyo (...) Llegaron en 1724 quince hermanos que sabían los oficios de arquitectos, escultores, torneros,...(...) El regadío fue una de sus preocupaciones primordiales, construyeron diversos canales (...) . Las haciendas de los Jesuitas obtuvieron los mejores rendimientos del país. Introdujeron adelantos europeos: semillas, ganado, útiles de labranza. Cada hacienda era una granja experimental. Industrializaron las haciendas con molinos, telares, curtiembres etc. Con su partida volvió a reinar la pereza” (12)

Ricardo Palma, en su muy interesante y divertido libro “Tradiciones Peruanas” (13) menciona otras aportaciones de religiosos españoles a la conservación de la cultura indígena:

“Vocabulario Quechua, publicado en 1707 por el Jesuita González Holguin

Vocabulario Quechua del Padre Franciscano Honorio Mossi, impreso en 1760

Vocabulario Quechua publicado en Roma por el Padre Tomás Rubio en 1603

Vocabulario Quechua impreso en 1585 por orden del Concilio de Lima

Vocabulario Quechua arreglado por Francisco de Canto en 1614

Vocabulario Chanchaisuyo, del Padre Figueredo, impreso en 1700

Vocabulario Yunga del Párroco Don Fernando de la Carrera (1644)”

Ricardo Fernández Guardia, en sus “Crónicas Coloniales” (14) nos habla de la labor de los padres Franciscanos en Costa Rica:

“El Padre Betanzos era no solo un émulo de Fray Bartolomé de las Casas, sino también un notable filólogo; en menos de ocho años aprendió

catorce lenguas indígenas y compuso varias obras sobre esta materia (...) La tradición popular guarda la memoria de Fray Antonio Nargil de Jesús, de quien se refieren todavía los milagros en Cartago (...) Nació en 1567 en Valencia (...) se ordenó sacerdote en 1681 (...) llegando en 1683 al puerto de Veracruz (...) Él y su compañero Fray Melchor López, estuvieron cinco años recorriendo a pie, descalzos, México, Guatemala, San Salvador, Honduras y Nicaragua, llegando a Costa Rica en 1688 precedidos por la fama de “Padres Santos” como les llamaba la gente. La ciudad de Cartago presenció, hondamente conmovida, la entrada de los misioneros. Nunca hubo en Cartago tanto fervor religioso (...) Así, fue general la consternación al saberse que habían resuelto entrar en Talamanca, por los grandes peligros que iban a correr en aquellas adustas montañas habitadas por indios de legendaria fiereza, que habían derramado la sangre de Fray Juan de Ortega y Fray Domingo Pérez (...) Al principio los indios les recibieron mal, más poco a poco fueron cediendo ante la dulzura y perseverancia de los misioneros, hasta lograr estos que abandonaran sus palenques dispersos y se juntasen en pueblo donde les construyeron iglesias pajizas (...) Quince iglesias fundaron en Talamanca durante los nueve meses de su permanencia (...) Fray Antonio fue conocido con el nombre de “Padre Santo” hasta en Tejas”.

Serían interminables las citas sobre frailes y sacerdotes que realizaron labores admirables de propagación de la fe católica, de enseñanza práctica a los indios y de conservación de la cultura de estos

Algunos, como Fray Junípero Serra, son muy conocidos, pero hay varios miles de santos héroes anónimos.

Fue tan grande su obra que, por contraste, es admisible escuchar otra vez a Ricardo Palma en la siguiente historieta malévolá, que parece increíble, pero que posiblemente fue cierta:

“...vino de España un paquidermo presbiteroide con más apego al dinero que la camisa al cuerpo, el cual obtuvo al poco beneficio parroquial en pueblo de la sierra que contaba con cinco mil indios. No bastándole al cura para rellenar la hucha con los diezmos, primicias y demás socaliñas, inventó, pues era hombre de imaginativa para esto de trasquilar a las mansas ovejas, algo que fue para él mejor que el hallazgo de mina en boyá.

El panteón del pueblo medía poco más de 80 varas cuadradas. Dividió el cura en tres partes, poniendo sobre la puerta del mayor cercado

la palabra “Cielo”. Los otros dos trozos eran el uno de diez varas cuadradas, con cartel en que se leía la palabra “Purgatorio” y el otro de seis varas cuadradas con esta inscripción: “Infierno”.

Siempre que era asunto de dar sepultura a un cadáver, los acongojados deudos dirigíanse al cura y preguntábanle cuanto les costaría el sepelio-

-Nada, hijito, si le enterramos en el Infierno

-¡Ah! No, taita (padrecito)

-Pues le enterramos en el Purgatorio. Vale diez pesos. No puede ser más barato.

-¿No sería mejor, taita, ponerlo de una vez en el Cielo?

-Eso como tú quieras, pero te advierto que el cielo es carito, Cuesta treinta pesos, Ni un cuartillo menos.

-¿Tanto taita?

-¿Y te parece poca mamada esa de ir al cielo sin chamuscarse ni una pestaña en el purgatorio?”

Lo peor es que tiene gracia.

Hubo, sin duda curas así, y otros muchos “con sobrina” (o india) que les cuidara, pero solo fueron granitos de arena en los engranajes de una magnífica máquina de hacer el bien, de propagar el amor a Dios y al prójimo, de implantar la cultura occidental y de conservar la indígena.

El escritor argentino Domingo Faustino Sarmiento, hombre de poderosa formación humanística, nos dejó un testimonio muy interesante en su libro “*Recuerdos de Provincia*” (16). Es destacable que Sarmiento nació en 1811 y que el libro, escrito en 1840, narra sucesos que ocurrían precisamente en esos años y que él vivió. Y dice:

“En los últimos años del reinado de Carlos III (...) era Córdoba entonces el centro de la luces y de las bellas artes coloniales. Brillaban su Universidad y sus aulas (...) Establecieronse cátedras de matemáticas, física experimental y derecho canónico (...) El historiador y Deán Funes estableció, a sus expensas, clases de geografía, música y francés (...) De estos argentinos, los más ilustres, todos los que han desempeñado cargos públicos, están en el destierro o han muerto en las matanzas y en las

persecuciones que les ha suscitado don Juan Manuel Rosas (Dictador argentino en esos días) (...) Pero aquella historia (de la colonia) ha sido repudiada por la revolución americana, que es la negación y la protesta contra la legitimidad de los hechos y la rectitud de las ideas del pueblo de que procedemos (...) Ahora la voluntad de un estúpido brutal es la suprema ley del Estado (...) Las Universidades cerradas, envilecida la ciencia, y una página horrible de baldón agregada a la Historia". (Págs. 72 a 91)

"Archivos públicos, imprenta, hospitales, escuela de la patria, alamedas, todo ha sucumbido en 20 años, todo ha sido destruido, robado, aniquilado (...) La catedral de San Juan hoy es en su ornato belleza y frescura, el único oasis de civilización y progreso, en aquella malhadada provincia que desciende a pasos rápidos a aldea indigna de ser habitada por hombres cultos" (Págs. 95 y 96)

"Rosas no solo degolló o forzó a expatriarse a los hombres de luces que contaba el país, sino que cerró las puertas de las casas de educación, porque tiene el olfato fino y sabe que las luces no son el apoyo más seguro de los tiranos" (Pág. 188)

Nótese que escribe en presente.

Y ya que hablamos de "Universidades cerradas", veamos que hizo España en ese aspecto.

He localizado 14 Universidades creadas en los diversos virreinos:

1-1538-Santo Tomás de Aquino-República Dominicana. Casi exactamente un siglo antes que la Universidad de Harvard, que fue fundada en 1636.

2-1551-San Marcos-Lima-Perú

3-1553-México

4-1580-Santo Tomás-Bogotá

5-1586-"La primera universidad ecuatoriana fundada por los Padres Agustinos". (Citado por Oscar Efrén Reyes)

6-1619-Córdoba-Argentina

7-1622-Santiago de Chile

8-1622- Real y Pontificia Universidad de San Gregorio Magno, de los Padres Jesuitas-Quito

9-1624-Chuquisaca-Sucre-Bolivia

10-1653-Rosario-Bogotá

11-1676-Guatemala

12-1681-Santo Tomás de Aquino-Dominicos-Quito

13-1721-Caracas

14-1728.La Habana

Ignoro cuando empezaron a crearse nuevas Universidades después de la Independencia.

En resumen, y una vez más, podemos estar orgullosos los españoles y, sobre todo, los hispanoamericanos, de lo que hicieron unos antiguos compatriotas nuestros en el aspecto cultural, espléndida labor parecida en muchos aspectos a la que realizó Roma en la antigua Iberia, y por Dios que yo le agradezco a Roma lo que hizo aquí.

Como dice Torcuato Luca de Tena, de la Real Academia Española, en su artículo en el ABC del 22 de julio de 1985:

“España no existía cuando asomo la jeta por estas tierras Marco Ponce Catón. Existían Vaceos, Arévacos, Carpetanos, Cántabros o Vetones; pero en cambio España ya era España cuando Roma, creadora de la nacionalidad y la personalidad histórica de los españoles, dejó de ser cabeza del Imperio”.

Ni México, ni Venezuela, ni Colombia, ni Chile, etc. existían como naciones antes de la Conquista.

BIBLIOGRAFÍA Y CITAS DEL CAPÍTULO 7

- 1- "*Breve Historia de México*"-Lic. José Vasconcelos-Pág. 17
- 2- Citado por Don J. González Pérez en su artículo de ABC "*El 12 de octubre ya no es Fiesta de la Hispanidad*", el 18-1-1988
- 3- "*De la Conquista a la Independencia*"-Mariano Picón Salas-Págs. 55,68, 194, 219 y 220
- 4-Idem 1-Págs. 151,156, 157, 204 y 205
- 5- "*La Guerra Sagrada*"-Jorge Canseco Vincourt-Instituto Nacional de Antropología e Historia-1966-México-Págs. 50 y 55
- 6- "*Breve Historia General del Ecuador*"-Oscar Efrén Reyes-Págs. 136 y 137
- 7-Historia 16-Nº 59- "*Prácticas quirúrgicas en el antiguo Perú*"-José María Fernández Díez
- 8- "*Los Conquistadores Españoles*"-F.A. Kirpatrick-Pág. 99
- 9-Idem 5-Págs. 314, 315, 316, 318, 327 y 240
- 10- "*Historia del Paraguay*"-Luis G. Benítez-Págs. 97 y 101
- 11- "*Sinopsis de la Historia Paraguaya*"-Hubert Krier y R.M. Carls-ten-Asociación Paraguato-Alemana-Asunción-1978-Pág. 5
- 12- "*Historia de la Compañía de Jesús en Chile*"-Walter Ranisch Espínola S.J.-Págs. 99, 109, 143, 146, 43, 84 y 96
- 13- "*Tradiciones Peruanas*"-Ricardo Palma-Pág. 100
- 14- "*Crónicas Coloniales*"-Ricardo Fernández Guardia-Editorial Costa Rica-San José-Págs. 92, 93 y 94
- 15-Idem 2-Pág. 263
- 16- "*Recuerdos de Provincia*"-Domingo Faustino Sarmiento-Editorial Ramón Sopena-Barcelona-1967

VIII.- LOS GOBERNADORES ESPAÑOLES EN HISPANOAMÉRICA EN LA ÉPOCA COLONIAL: LOS HUBO MALOS Y LOS HUBO EXTRAORDINARIOS. FUE PEOR TRAS LA INDEPENDENCIA

Defenderé en este capítulo, apoyándome, como siempre, en historiadores hispanoamericanos, que en la época de la Colonia, si bien hubo Gobernadores españoles y criollos venales e incapaces, la mayoría cumplió eficazmente su labor, y hubo algunos, de gran categoría humana, clasificables entre los mejores de toda la Historia de algunos de aquellos queridos países.

“Quiso la Providencia que con el triunfo del Quetzalcoatl cristiano que fue Cortés, comenzase para México una era de prosperidad y poderío como nunca ha vuelto a tenerla en toda su historia. Del hombre extraordinario que supo llevar adelante la obra de la Conquista se puede decir como el más cumplido elogio, que era digno sucesor de las empresas y aún de los sueños de Don Hernando. La gran figura del primer Virrey Don Antonio de Mendoza llena una época. (...) Lo que por el momento queremos hacer notar, es que empezaron a venir de España hombres de primera para la importantísima labor de crear un país que había de ser núcleo del Imperio de Ultramar” (1)

“Se hizo en aquel momento México un centro de las artes, las ciencias, los descubrimientos técnicos” (2)

“En toda la Historia de México, seguramente no ha habido un gobernante más probo, más esforzado, más capaz, más ilustre que Don Antonio de Mendoza, primer Virrey de la Nueva España” (3)

“Después de Cortés, después de Antonio de Mendoza, después de Revillagigedo que todavía intentó la defensa de Texas, después de Gálvez, que estampó en ella su nombre, no ha habido en nuestra patria constructores; solo ha habido destructores, reductores del mapa (...) Por primera y por última vez, bajo los Virreyes, la ciudad de México es la capital de un reino que va de Honduras a lo que hoy es Canadá (...) como no lo soñaron jamás las pobres mentes confusas y envilecidas de Toltecas y Aztecas y Mayas (...) Sígase la historia del mapa y se verá que coinciden las reducciones con la aparición de caudillos que solo piensan en el propio beneficio, en la propia dominación, y para lograrla no vacilan en ofrecer a quien lo quiera, ya sea Texas, ya la California ya, más tarde, el istmo de Tehuantepec” (4)

“Después de Mendoza, otro gran gobernante llegó a México en la persona de Don Luis de Velasco (5)(...) que murió el 31 de julio de 1564 apellidado por la Nación Padre de la Patria.” (6)

“De los Virreyes que nombró Felipe II, dos fueron distinguidos: Don Luis de Velasco, hijo del segundo Virrey (...) y Don Gaspar de Zúñiga (7) (...) Sin embargo, los virreyes de la primera mitad del siglo XVII fueron en su mayoría mediocres” (8)

El Licenciado Vasconcelos, autor de todas esas frases, no especifica la labor de cada uno de los Virreyes del resto de la época colonial en México, pero afirma:

“El punto de vista exacto es el del hombre de ciencia como Humboldt, y este no solo absuelve a la Colonia, sino que en su estudio, el más conienzudo que jamás se haya hecho, levanta a México a la altura que por entonces merecía, entre las primeras naciones de la Tierra” (9)

Humboldt se quedó admirado de la importancia y calidad de los caminos creados para unir México con Santa Fe de Nuevo México y con Guatemala, siendo otros muy destacables (entre muchos) el que unía Buenos Aires con Lima (de más de 3.000 kilómetros) o el que iba de Lima a Venezuela.

Pasemos a Ecuador, de la mano de Abel Tomeo Castillo y analicemos su obra *“Los Gobernadores de Guayaquil del siglo XVIII” (10)*

Se estudia en el libro la obra de seis Gobernadores. Veamos que tal lo hicieron.

Don J.A. Zelaya y Vergara: *“Era activo, recto y de ardiente celo (...) Su Gobierno fue justo y acertado (...) Empleó importantes sumas en obras públicas y Justicia a costa suya”*.

Don Francisco de Ugarte: *“Era el Coronel Ugarte de una actividad y una energía asombrosas (...) El carácter brusco, violento y despótico del Coronel Ugarte choca desde el primer momento con el natural de los vecinos, acostumbrados a recibir otro trato (...) Realizó el empedrado de las primeras calles y la construcción de la plaza del mercado (...) Pero el pobre Coronel Ugarte, después de todo víctima de un innoble juego veía aproximarse la catástrofe, vengativo castigo de sus enemigos para humillar su altivez (...) Finalmente fue depuesto y desterrado”*

Don Domingo Guerreño fue Gobernador interino y *“discreto y estimable persona”*

Don Ramón García de León y Pizarro *“Padecía una codicia sin escrúpulos (...) pero no dejaba de poseer buenas prendas personales y virtudes de gobernante (...) No fue mal Gobernador el Coronel Pizarro, y si de algo pecó fue por dejar abusar a sus amigos”*.

Don José de Aguirre Irisarri *“Gobernador a quien tanta gratitud debe guardar Guayaquil (...) hombre puro, íntegro y honorable (...) Fue un magnífico y desinteresado Gobernador que realizó grandes obras y mejoras, algunas a sus expensas (...) El Coronel Aguirre encontró la ciudad y la provincia, al entrar al poder, en un estado lamentable de pobreza, del que comenzó a reponerse rápidamente quedando, terminar el gobierno de Aguirre, en un estado de verdadero florecimiento”*

Don Juan de Mata y Urbina *“era hombre tenaz y uno de los mejores Gobernadores. Quizá podría equipararse a Don José Aguirre Irisarri “El Buen Gobernador” (...) Fue tal el desinterés con el que gobernó el Coronel Urbina, que salió de Guayaquil empeñado, de igual forma que su antecesor, el Buen Gobernador Aguirre”*

Abel Romeo menciona en su libro a otras autoridades de la Colonia: durante el gobierno de Ugarte fue Procurador General de Guayaquil Don Francisco Trejo:

“Al cabo de los siglos el sol de la justicia sale para este paladín de Guayaquil digno, como nadie, de todos los homenajes públicos”. “Don

Francisco Ventura tiene en su haber la magnífica administración que hizo del ramo del tabaco en la provincia”

“Designaron para Virrey al Arzobispo Don Antonio Caballero Gón-gora (...). De magnífica puede calificarse su gestión en el desempeño de sus dobles funciones”

“Digna y recta fue la conducta seguida por Salcedo y Somodevilla desde su llegada a Guayaquil”

“El nuevo Virrey, Don Pedro Mendinueta y Muzquiz (...) no desme-reció en nada a su antecesor, interesándose vivamente, como aquel, por el progreso cultural de Virreynato”.

Veamos la opinión de otro historiador ecuatoriano, Don Oscar Efrén Reyes:

“Había pues que emprender una constante y fuerte labor creativa y esta corrió de cuenta de la colonización, que impulsó por tanto, además de la utilización plena de todo lo existente en América, organización y trasplante de todo lo que no había en ella (...) El Conquistador de Quito, Sebastián de Belalcázar, fue admirable por su impetuosa y fe-bril energía para organizar, pero no fueron inferiores sus compañeros, los que se quedaron en las ciudades, villas y asientos fundados por él para poner las bases de la nueva vida ecuatoriana (...) Sorprende y maravilla cómo estos hombres, al final de sus campañas agobiadoras, frescas aún las cicatrices y poniendo en paréntesis las nostalgias de la patria, se consagraron, con fino tacto, espíritu práctico y previsión, a legislar, a ordenar e imponer disciplina (...) Hubo buenos y malos go-bernantes españoles. Los hubo abnegadísimos y entusiastas, como el Presidente Miguel de Ibarra y el Barón de Carandolet. Los hubo despó-ticos, como Hernando de Santillán, abusivo y tiránico, pero progresista; y los hubo organizadores y eficientes para el Estado, aunque personal-mente codiciosos, como José García de León y Pizarro (...) No siempre fueron tampoco peninsulares los principales gobernantes y funcionarios de América. Los hubo criollos (...) Pocas historias más explotadas con finalidades tendenciosas o con espíritu malsano, como la historia colo-nial hispanoamericana, sin embargo, hay pocas historias en el mundo que, junto a lo contradictorio, violento o adverso, ofrezca mejores ejem-plos humanos para la superación y el orgullo nacional”.

Analicemos la cuestión en Paraguay, donde, por cierto, se produ-cía *“una circunstancia llamativa: la irrupción de los hijos de la tierra, criollos y mestizos, en funciones representativas: Gobernador, Regidores*

y Oficiales de Milicias , Vicario de la Diócesis etc. (...) Fue el mismo cabildo quien eligió a uno de los Regidores en carácter de Teniente de Gobernado. Lo llamativo fue que el flamante mandatario era asunceno y mestizo: Hernando de Mendoza, hijo del Capitán Gonzalo de Mendoza y de la mestiza Úrsula, esta a su vez, hija de Domingo Martínez de Irala y de la India Águeda” (12)

Se produjo también un caso curioso:

“Al morir el Adelantado, Ortiz de Zárate, testó dejando heredera universal a su hija natural legitimada, Juana de Zárate, mestiza, residente en Chuquisaca, habida con la doncella Leonor Yupanqui, de la nobleza Inca, y para el cargo de Adelantado con todas las prerrogativas, a quien contrajera matrimonio con ella (Nota: Ortiz de Zárate había obtenido el cargo “por dos vidas”, es decir, con derecho a nombrar sucesor) (...) Al conocerse la disposición testamentaria aparecieron los pretendientes con intenciones de obtener el adelantazgo mediante el matrimonio. De todos ellos triunfó Juan Torres de Vera y Aragón, Oidor de la Audiencia” (13)

Se me ocurre un comentario: supongo que el lector comulgará conmigo al considerar que los casos de Hernando de Mendoza, Teniente de Gobernador (hijo de una mestiza y nieto de india) y de Juana de Zárate (hija natural de una india) que será esposa del nuevo Adelantado, a quien ella elegirá, serían inconcebibles en cualquier colonia francesa, inglesa u holandesa en África, Asia o la propia América.

Luis G. Benítez, el autor de la Historia de Paraguay en que me baso, cita muy escuetamente a los diversos Adelantados, Gobernadores, etc. En pocos casos da información para poder juzgar su labor. Sin embargo, a veces es expresivo:

“Don Luis de Céspedes fue depuesto, procesado y condenado a prisión. Sus dos años de gobierno fueron de los más funestos para las Misiones Jesuíticas y la provincia” (14)

Otros comentarios son elocuentes:

“...el alzamiento encabezado por los Oficiales Reales contra el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Mucho se habla, hasta hoy, del supuesto absolutismo del Adelantado, cuando en realidad este no hacía sino aplicar los principios de la legislación protectora de los indígenas” (15).

“A Pedro de Cevallos, Virrey del Río de la Plata, se le deben importantes iniciativas: reglamentación del trabajo agrícola, la industria y el comercio; la vigilancia de las rutas del interior y del contrabando; la apertura del puerto de Buenos Aires al comercio, etc.” (16)

“Juan José de Vertiz organizó la Aduana y el Tribunal de Cuentas, el Protomedicato y el Hospital del Niño, el arreglo de calles y el alumbrado público”.

“Nicolás del Campo estimuló la producción de trigo y protegió la ganadería, alentando la industrialización de sus derivados y organizó el Correo”.

Y ya que ha salido la palabra *“Hospital”*, es asombroso saber que en Lima, durante la fase virreinal, había suficientes hospitales como para ofrecer una cama por cada 100 habitantes. En Europa, en 2016, había 0,5 camas por cada 100 habitantes. La mitad. (Google). La verdad es que parece demasiado increíble.

Ignoro cuál es, actualmente, ese ratio en Lima y en otras capitales hispanoamericanas.

Y en aquellos numerosos y grandes hospitales de los virreinos se atendía a blancos, mestizos e indios, y los enfermos eran atendidos por médicos que habían sufrido una exigente formación universitaria y experimental.

Subamos más al norte y oigamos a Julio Cesar García en su Curso Superior de Historia de Colombia (17). El comienzo es muy malo:

“Jiménez de Quesada (...) al partir para España (...) dejó encargado del gobierno a su hermano Hernán Pérez de Quesada, quien manchó su nombre con el sacrificio de Aquiminzaque, último Soberano de los muisca”.

“En lugar de Jiménez de Quesada obtuvo el gobierno del Nuevo Reino de Granada Don Alonso Luis de Lugo, de quien dice el historiador Zamora que solo el oro y las esmeraldas le ponían el semblante risueño”.

“El Visitador, Don Miguel Díaz de Armendáriz se hizo impopular por haberle correspondido dar aplicación a las nuevas leyes que ponían freno a los abusos de los Conquistadores”.

“En 1551 vino el Oidor Juan Montaña a residenciar a Armendáriz y lo envió preso a España. Los abusos que cometió Montaña fueron inau-

ditos, y en castigo de sus crímenes le cortaron la cabeza en la plaza de Valladolid.”

Pero, por fin, empiezan a mejorar las cosas:

“En 1564 llegó el primer Presidente, Don Andrés Díaz Venero de Leiva, cuyo gobierno de diez años fue llamado la edad de oro de la colonia, pues al decir de Castellanos, la ejerció con rectitud y diligencia, justicia, caridad y amor de padre, favoreciendo a pobres y viudas, siendo general amparo de los indios y españoles. En su honor se dio el nombre a la Villa de Leiva”. (En la que tuve la satisfacción de estar y que recuerdo con simpatía)

Luego se avinagra otra vez la situación:

“Para entonces había llegado el nuevo Presidente, Don Lope Díez Aux de Armendáriz, quien a pesar de sus buenas intenciones, murió en la cárcel a donde le condujo el Visitador Juan Bautista Morzón. A su turno, este fue aprisionado por la Audiencia, mientras venía el nievo visitador Juan Prieto de Orellana, que también fue a morir en la cárcel de Madrid.”

Creo oportuno recordar que el “Juicio de Residencia” era un proceso al que estaban obligadas todas las autoridades y que tenía lugar al término de sus mandatos. Todos, desde los Alcaldes hasta los Virreyes, debían someterse a Juicio dando detallada cuenta de sus actuaciones, con la obligación de responder de las acusaciones comprobadas de sus gobernados. Mientras duraba el Juicio (seis meses) los enjuiciados no podían abandonar el lugar de su residencia. Terminadas las actuaciones, el expediente era remitido a la Audiencia para el fallo o sentencia.

Imagínese el lector un sistema parecido aplicado a los políticos de hoy: el que no cumple con honestidad y eficacia es castigado. Da escalofríos pensarlo...

En la Colonia no fueron pocos los Adelantados, Gobernadores, etc. que fueron a prisión, aunque muchos de ellos acabaran siendo declarados inocentes, pero otros, como el Oidor Juan Montaña, que llegó precisamente para pedirle cuentas a otro, acabaron en el cadalso.

Y esos gobernadores y la Audiencia no eran demasiado crueles y estrictos al castigar a los delincuentes: “...el rollo de la Justicia (...) era un grueso tronco en la plaza, quien sabe de qué madera, ennegrecido por los años y por la escasa sangre vertida sobre él en un siglo de pacífica Colonia” (19).

Volviendo al hilo de nuestra historia, otra vez mejoran las cosas:

“En 1590 vino Don Antonio González que gobernó siete años y dejó grato recuerdo (...) De 1605 a 1628 gobernó Don Juan de Borja, nieto del Duque de Gandía. Dominó a los Pijaos, como valiente militar que era, impulsó el comercio y la navegación y fue llamado “Padre de la Patria”. Don Diego Egües Beaumont fue apellidado “El Prior”, porque gobernó en Nuevo Reino de Granada como se gobierna un convento en el que el Superior es un Santo y los inferiores no conocen ni el temor ni la inquietud ni el odio.

El Arzobispo-Presidente Señor Melchor de Liñán y Cisneros fue más tarde Virrey del Perú, donde se le conoció como “Padre de los pobres”.

Entre los principales Virreyes tenemos: José Solís, mandatario progresista y filántropo; Pedro Messía de La Cerda, quien cumplió la expulsión de los Jesuitas; Manuel Guirior, fundador de la Biblioteca; Manuel Antonio Flórez, quien actuó contra la revolución de los comuneros; Antonio Caballero y Góngora, a quien se debe la expedición botánica y José Espeleta, en cuyo gobierno aparecieron el periodismo y el teatro y ocurrió el proceso de Nariño por la publicación de los Derechos del Hombre.

Se establecieron las primeras escuelas y los primeros colegios, vinieron científicos europeos, comenzó el comercio con España, se abrieron caminos y se dotó de aguas públicas a las ciudades”.

Y dice el historiador colombiano Julio Cesar García:

“Por eso la Colonia es la época más importante de nuestra Historia, pues ella es el punto de partida de nuestra civilización y de nuestra cultura”.

Echemos una ojeada a Centroamérica:

Carlos Monge Alfaro, en su “Historia de Costa Rica” (20), dice:

“La mayor parte de las autoridades que venían de la península poco se interesaban por el progreso de esta desconocida y miserable provincia española. Algunos trataban mal a los colonos, otros se entregaban a los vicios, otros eran personas mediocres. Escaparon a este juicio Gobernadores del siglo XVII como Don Gregorio de Sandoval, del XVIII como Don Diego de la Haya Fernández y otros (...) El cambio se produjo por la presencia de dos Gobernadores inteligentes, de espíritu democrático (...) dos Gobernadores que amaron a Costa Rica tanto o más que a Es-

pañña (...) Nos referimos a Don Tomás de Acosta y a Don Juan de Dios de Ayala”

Por su parte, Ricardo Fernández Guardia, en sus “Crónicas Coloniales”, nos cuenta, y con mucha gracia, que

“La nobleza de Costa Rica era tal vez la más inquieta e ingobernable de toda la América Española (...) Los Gobernadores que pretendían oponérsele pronto se veían envueltos en intrigas y procesos, cuando no eran víctimas de actos de violencia y rebeldía (...) A fines del siglo XVII el mal se hizo más grave desde que el Cabildo de Santiago pretendió reducir a prisión a Don Manuel de Bustamante y ponerle una cadena al cuello. En 1711 declaró inepto y depuso a Don Lorenzo de la Granda y Balbín y en 1758, Don José González Roncaño tuvo que huir de Cartago disfrazado de mujer, y en 1760 Don Manuel Soler abandonó la provincia, yendo a morir a Guatemala completamente loco...” (21)

Como puede verse, la labor de los Gobernadores no siempre era fácil...

Según nos sigue contando Ricardo Fernández Guardia, hubo otros Gobernadores que tampoco estaban muy cuerdos:

“Don Juan de Ocón y Trillo, Gobernador y Capitán General de Costa Rica, era muy aficionado al vino y no necesitaba de muchas copas para perder la cabeza, porque el pobre Don Juan no la tenía muy sólida. Es lo cierto que todos los actos del Gobernador revelaban escasa cordura, al extremo de que ni en la iglesia podía estar con sosiego, revolviéndose continuamente en la silla y haciendo visajes y gestos que movían a risa. Su violencia era tal que por un quítame allá esas pajas le soltaba un puñetazo al más pintado, cuando no metía la mano a la espada. En una ocasión se le vio correr por las calles de Cartago en paños menores y con una escoba en la mano, detrás de su criado español Antonio de Armijo, medio loco también. (...) Encontrando un día a Pedro Luis, Corregidor del Valle de Ujarraz, el cual andaba en busca de alguno que le rapase las barbas, Don Juan se ofreció a prestarle este servicio. Muy agradecido por honor tan singular, Pedro Luis se puso en manos del improvisado y noble barbero, y este aprovechó socarronamente la coyuntura para despojarle también de los bigotes, adorno sin el cual todo hombre, en aquellos remotos tiempos, se convertía en hazmerreir de las gentes. (...) Cuando Don Juan le hizo Juicio de Residencia a su antecesor, el Ade-

lantado Don Gonzalo Vázquez de Coronado, formuló contra éste 20 cargos, uno de los cuales dio mucho que reír en Cartago.

Según parece, estando alguna vez Don Gonzalo en el pueblo de Papacua, puso sitio a una mujer casada, quien no obstante haberse mostrado al principio muy esquiva, acabó por rendirse; pero al presentarse el Adelantado a tomar posesión de la plaza, decayeron de tal modo sus bríos, que hubo de rogar a su confidente Pedro de Arce que hiciera sus veces...” (22)

Después de estos recuerdos jocosos, veamos lo que dice J.L. Salcedo-Bastardo en su “Historia Fundamental de Venezuela” (23):

“Si en siglo XVI celebrese la primera cita del mestizaje, el XVII es tenacidad y persistencia, activa gestación que ya en el XVIII comienza a revelar la esplendidez del vástago (...) Venezuela se forma igualmente con el esfuerzo modesto y local del español anónimo que trae reses, libros, muebles, semillas y frutos, como con la obra portentosa de Obispos como Mariano Martí, válida para todo el ámbito nacional, o la no menos significativa y brillante labor administrativa de Manuel Centurión Guerrero de Torres en la gobernación de Guayana”.

Pasemos a Argentina y veamos que nos dice Domingo Faustino Sarmiento (que recalco que fue testigo de lo que cuenta) sobre la gobernación en los primeros años de la Independencia:

“Las colonias españolas tenían su manera de ser, y lo pasaban bien, bajo la blanda tutela del Rey (...) don Domingo de Oro, tan espléndidamente dotado, ha abierto a don Juan Manuel Rosas (el dictador) el camino, abandonándolo con estrépito el día que se lanzó en la carrera de violencias inútiles de donde no puede salir hoy; ha combatido al lado del caudillo López, ha sido el predilecto de Bolívar, el amigo del General Paz (...) lidió toda su vida con patanes generales, gobernadores y caudillos que demolían pueblos (...) no se gobierna a la manera de los pueblos cristianos, se desquicia y se extermina todo lo que se opone: así lo había hecho Artigas, así lo hizo Facundo, así lo hizo más tarde Rosas (...) la Inquisición, en sus épocas más tenebrosas, no ha presentado espectáculos iguales (...) Esta América española, podrida hasta los huesos, la dignidad de la conciencia humana tan envilecida y pisoteada por los poderes mismos destinados a representarla (...) Ojalá que el cielo nos dé una escuela de políticos honrados que está pidiendo la América para lavarse del baño se crímenes, inmundicias y sangre en que se ha revolcado de 40 años a esta parte” (24)

O sea, desde la Independencia en 1810, cuando se fueron los Virreyes y Gobernadores que respondían ante el Rey de España.

En resumen: en la Colonia hubo Virreyes, Gobernadores, Adelantados, etc. de perversa actuación que fueron rigurosamente castigados: varios acabaron en prisión y al menos uno fue ajusticiado.

Pero otros muchos, la mayoría, ejercieron su cargo con eficacia y honradez.

Y hubo algunos que fueron brillantes y ejemplares hasta el punto de ser llamados "*Padre de la Patria*" -como Luis de Velasco en México y Juan de Borja en Colombia- "*Buen Gobernador*" -como José Aguirre Irisarri en Ecuador- o "Padre de los pobres", como Melchor de Liñán y Cisneros en Perú.

Y cuando llegó la Independencia, la cosa empeoró.

BIBLIOGRAFÍA Y CITAS DEL CAPÍTULO 8

- 1- “Breve Historia de México” -Licenciado José Vasconcelos-Pág. 167
- 2-Idem- Pág 179
- 3-Idem-Pág. 184
- 4-Idem-Pág.19
- 5-Idem-Pág. 184
- 6-Idem-Pág. 185
- 7-Idem-Pág.190
- 8-Idem-Pág. 197
- 9-Idem-Pág. 226
- 10-“*Los Gobernadores de Guayaquil del Siglo XVIII*”-Abel Romeo Castillo-Publicaciones del Archivo Histórico del Guayas-2ª Edición-1978-Guayaquil
- 11-“*Breve Historia General del Ecuador*”-Oscar Efrén Reyes-Págs. 229, 230, 346 y 341
- 12-“*Historia del Paraguay*”-Luis G. Benítez-Omprenta Comuneros-Asunción-Pág. 76
- 13-Idem.-Pág.67
- 14-Idem-Pág.115
- 15-Idem-Pág.130
- 16-Idem-Pág.161
- 17-“*Curso Superior de Historia de Colombia*”-Julio Cesar García-Librería Voluntad-11ª Edición-Bogotá
- 18-Idem 12
- 19-“*Boves el Urogallo*”-Francisco Herrera Luque-Pág. 92

20-“*Historia de Costa Rica*”-Carlos Monge Ajfaro-Librería Trejos-14ª Edición-1976-San José de Costa Rica-Pág.172

21-“*Crónicas Coloniales*”-Ricardo Fernández Guardia-Editorial Costa Rica-San José- Pág.174

22-“*Historia Fundamental de Venezuela*”-J.L. Salcedo Bastardo-Universidad Central de Venezuela-2ª Edición-Caracas-Pág. 127 y 139

23-Idem 21.-Págs. 33 y 37

24-“*Recuerdos de Provincia*”-Domingo Facundo Sarmiento-Págs. 32, 54, 60, 69, 165 y 166

IX.- LA INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA FUE EL RESULTADO DE UNA GUERRA CIVIL ENTRE CRIOLLOS ESPAÑOLES CON LA OPOSICIÓN DEL PUEBLO LLANO Y DE LOS INDIOS

Mientras el bobalicón de Carlos IV y el canalla de Fernando VII se humillaban vergonzosamente ante Napoleón, y las tropas francesas invadían la península, los pueblos, ciudades y provincias españolas se sublevaban contra la injuria de manera gallarda y espontánea.

Y ocurría de forma muy similar a uno y a otro lado del Océano Atlántico:

“La Junta General de reunió (...) con la Presidencia del Gobernador Velasco y la concurrencia del Obispo y del clero, los miembros del Cabildo, Diputados de villas y poblaciones, jefes y plana mayor de las unidades militares...” (1)

“Al día siguiente quedó formada la Junta Suprema Gubernativa compuesta por el Capitán General Don Julián Miguel de Vives, el Obispo Nadal y representantes del Cabildo Eclesiástico, Consulado del Mar y Comandancia de Marina”. (2)

Lo primero ocurría en Paraguay, y por cierto que en la convocatoria se precisaba que *“ninguno pueda excusarse de asistir a la mencionada Junta sin incurrir en la negra nota de indiferente por el servicio del Rey, nuestro señor Fernando VII y felicidad de la Patria”* (Castigo y maldición de la Patria, más bien...)

Lo segundo se refiere a Mallorca.

Y lo mismo sucedió en toda la península desde Móstoles a Sevilla, donde se constituyó la Junta Suprema, que luego debió trasladarse a Cádiz ante el empuje del ejército francés.

Y lo mismo ocurrió en Venezuela, México, Perú, Nueva Granada (Colombia), Centroamérica, Chile, etc.

En todos los casos se establecieron las Juntas para sostener la auto-
ridad del Rey.

Pero había pasado ya la época de la España aglutinadora que dio ejemplo al mundo desde los Reyes Católicos hasta Felipe II.

La España sin Gobierno fue el pretexto para la separación de los Virreinos (que no colonias) ultramarinos, lo intentaron luego otras regiones españolas peninsulares y, ya en el siglo XXI, siguen soplando malditos vientos disgregadores en la vieja Iberia.

Pero volvamos al tema que nos ocupa en este capítulo: la Guerra de la Independencia en la América Hispana fue una guerra civil.

Así se llama a una guerra si sus promotores, sus generales y sus combatientes son de una misma nacionalidad y una misma raza, un mismo origen, y si los mismos campos, pueblos y ciudades sufren alternativamente los ataques y depredaciones de ambos contendientes.

Respecto a la raza, es cierto que combatieron además de blancos (hispanos peninsulares, muy pocos y en ambos bandos, y criollos, la inmensa mayoría), indios, negros, mestizos y mulatos. Pero también todos ellos lucharon, según el lugar y el momento, en uno u otro bando.

Según Joseph Pérez, en su libro *“La Emancipación en Hispanoamérica”* (Biblioteca de la Historia de España-Editorial Alhambra S.A.-1986-Pág. 17)

“En vísperas de la Independencia la población de la América Española estaba constituida por:

- 1% de españoles peninsulares,
- 19% de criollos blancos
- 26% de mestizos
- 8% de negros

- 46% de indios

(Nótese que la suma de blancos y mestizos iguala a la de indios)

Y respecto a los promotores y generales, el chileno Joaquín Edwards Bello, en su libro *“Crónicas del Tiempo Viejo”*, nos dice que:

“Bolívar (madre española), Bello, Olmedo, San Martín (los tres de padre español), O`Higgins (hijo del Virrey del Perú), eran hispanos apenas desprendidos de la metrópoli, diferenciados por el ambiente, el clima y las vicisitudes de la evolución”

Agustín de Itúrbide, Libertador de México, era también de padres españoles, igual que José Martí, Libertador de Cuba.

Todos ellos eran españoles no peninsulares, como lo son hoy los canarios o los mallorquines.

Pero también hubo muchos generales y oficiales peninsulares que combatieron en los ejércitos independentistas:

Pedro de Répide, en su libro *“La Lámpara de la Fama”* (Editorial América-Madrid-1919-Pág. 33) dice:

“Salta a la vista del historiador el hecho, harto significativo, de que combatiesen junto a Bolívar tantos oficiales españoles y se hallasen a su lado tantos españoles liberales que no renegaban ni huían de su patria, sino de los sombríos días fernandinos” (De Fernando VII)

Veamos algunos ejemplos concretos en el libro *“Venezuela Heroica”*, del venezolano Eduardo Blanco:

“Aunque español nativo, fue Campo-Elías uno de los más leales, tenaces y esforzados sostenedores de la causa republicana (...) Campo-Elías y Villapal, aquellos dos atletas terribles e impetuosos hijos de España y defensores de la América y se sus nuevas instituciones, lidiaron con sin igual coraje. Boves (también español), no menos temerario, toma a empeño vencerlos (a los realistas): con numerosas huestes los envuelve, los diezma, los rechaza...”

El chileno Ricardo A. Latcham, en su libro *“Vida de Manuel Rodríguez, el guerrillero”* (5) dice:

“El Teniente Antonio Navarro era español de nacimiento y llegó a Buenos Aires en 1817, huyendo de la península para librarse de las persecuciones que motivó una conspiración liberal en Barcelona. Había ingresado en el ejército patriota y peleó en Cancha Rayada y Maipo”

En México, uno de los lugartenientes de Morelos era el soldado-sacerdote español Matamoros, y otro de los cabecillas de la Independencia fue Francisco Javier Mina, español también, guerrillero en la península contra las tropas de Napoleón.

Ricardo Palma, en sus *“Tradiciones Peruanas”*, nos cuenta que:

“El Brigadier del ejército español Don Antonio Vigil, después de la capitulación de Ayacucho, tomó servicio con los republicanos y alcanzó a investir la clase de General” (6)

Etc....etc...

Y no puede dejar de citarse a otro “General” español que influyó decisivamente a favor de la emancipación americana: la Constitución de Cádiz.

Según el Licenciado Clemente Marroquín Rojas, en su *“Historia de Guatemala”*, al llegar a Hispanoamérica la noticia de la nueva Constitución, la de Cádiz de 1812:

“El entusiasmo cunde en todos los dominios; pero las facciones que están ya en armas, en vez de deponer su actitud, se encrespan y exigen con más altanería el respeto a los derechos, y en especial, a la exposición y defensa de aquellos principios antes condenados por el poder público y por la Iglesia (...)

Por la Constitución, el Capitán General, especie de pequeño soberano absoluto, desciende de su alta dignidad a simple Jefe Político, supeditado a una Junta Provincial y, sobre todo, con el freno de una ley terminante no reformable sino por las Cortes Constituyentes (...) Los españoles y españolistas, los propios jefes de milicias y demás adictos al realismo, sufren, con la promulgación de esta ley un baño de agua fría que afloja sus ánimos, que los impulsa a no batirse con bizarría, a mirar con indiferencia los progresos revolucionarios y aun a transar con los caudillos de la insurrección (...) Es pues, la Constitución de Cádiz, la mejor bandera y el mejor “General” puestos al servicio de los intereses americanos (...) Los Gobernadores de los dominios españoles saben cómo están en América los ánimos; en cambio, los Diputados de la metrópoli siguen creyendo que los americanos se sienten españoles como ellos y que están agradecidísimos por las concesiones otorgadas, haciéndoles hijos de la misma patria, súbditos del mismo Rey amado (...) La Independencia pues, hija directa es de la Constitución de Cádiz y en muy poca porción del esfuerzo de los insurgentes próceres a los que ahora cantamos” (16)

Ramón Solís en “El Cádiz de las Cortes”, insiste en el tema:

“Cádiz no fomentó la insurrección, pero sí fomentó su comprensión (...) Fueron 63 los Diputados americanos que asistieron a las Cortes del año 12, es decir, el 21% del total (...) formando el grupo más compacto de las Cortes (...) añadamos a esto los numerosos periódicos que existían en Cádiz dedicados a defender los intereses americanos. Por todo, pudo decir López Cancelada: “El Cuartel General de la Revolución de América está en Cádiz, y el Estado Mayor en Londres” (...) En 1820 Alcalá Galiano defendería la tesis de que había que dar por consumada la independencia de América (...) No hablaba ya el gaditano vinculado y simpatizante de las cosas de América, sino un masón que propugnaba los intereses de su secta” (17)

Y acabamos de mencionar otro poderoso aliado, este multinacional, cuya ayuda fue también decisiva para el triunfo de la Independencia: la masonería.

También es indudable una influencia no despreciable de judíos y Jesuitas, extrañamente hermanados en su lógico rencor hacia su antigua patria, de la que ambos fueron drásticamente expulsados aduciendo causas discutibles.

Así mismo, hubo una importante participación extranjera en el fomento de la guerra de la Independencia hispanoamericana, y un número nada despreciable de Generales, Oficiales y tropas combatientes de origen francés, inglés, etc.

Según el mexicano Vasconcelos *“Nuestra emancipación fue forzada por los enemigos del exterior. Ni estábamos preparados para ella ni la deseábamos (7) Los ignorantes se lanzaron a la guerra de insurrección instigados, engañados por agentes del extranjero rival de España y ambicioso de conquistarnos para su propio beneficio. Desde el principio la guerra se propuso destruir a los españoles que representaban la fuerza y la cultura del país” (8)*

Y, ante la intervención extranjera:

“Es evidente que colocados entre España e Inglaterra, entre España y los Estados Unidos, solo un traidor de los más feos instintos, solo un hijo de padre dudoso puede vacilar un instante: un deber más alto que el patriotismo, el llamado de la sangre, lealtad a la propia cultura y al idioma, que es forma del alma, obligan sin vacilación a estar en carne y hueso con España” (9)

Según Luis E. Coronel Maldonado en su libro *“Lord Ponsnoby y la Independencia del Uruguay”*, la intención de Inglaterra sería:

“Balkanizar al máximo el espacio continental sudamericano en un conjunto de países todos ellos dependientes del mercado británico” (10), lo que consiguieron con la ayuda de los propios caudillos hispanoamericanos:

Y Daniel F. O`Leary, en el libro *“El Congreso Internacional de Panamá en 1826”* (Editorial América- Madrid 1920-Pág. 221) dice:

“Estos mediocres localistas (Santander, Páez, Mariño) fueron, andando el tiempo, los nacionalicidas de la gran patria que nos legó Bolívar. Ellos querían patrias del tamaño de su ambición, patrias microscópicas”

Y según José Antonio Cevallos, en sus *“Recuerdos Salvadoreños”*, *“Llegaban a este país emisarios extranjeros, que venían de Francia, de Inglaterra y de Norteamérica, visitando y reconociendo las poblaciones y divulgando especies ofensivas contra el gobierno de Carlos IV y de Fernando VII”*

Para lo cual, por desgracia, no tendrían que mentir ni que hacer grandes esfuerzos de imaginación.

Las anteriores citas confirman lo que sostiene el ya citado Luis E. Coronel Maldonado:

“Podríamos plantearnos, aunque no sea más que el plano teórico, si la actitud de Miranda, al repudiar a España y ponerse enteramente en brazos de otra potencia, fue lúcida y verdaderamente patriótica” (12)

Arturo Uslar Pietri nos cuenta la llegada de la expedición de Miranda a Venezuela:

“En el puente del barco insignia formaba la tropa, se preparaba el cañón. Americanos, ingleses, franceses, criollos, se mezclaban, rubios, pálidos, bronceados (...) Por una escotilla, lento, majestuoso, un hombre sale a cubierta (...) Vestía uniforme de General francés”, (13)

Eduardo Blanco en *“Venezuela Heroica”*, describe la llegada de la expedición de Bolívar acompañado, además de por otros oficiales criollos, por el Capitán Dubouille; el General Mac Gregor; los Tenientes de Navío Morué y Lominé; el Jefe de Estado Mayor Ducoudrey-Holstein y el Subjefe Soubllette y los Edecanes Chamberland y De Marquet. (14)

Más tarde llegan a Venezuela varios contingentes de ingleses y alemanes formando la Legión Británica.

En Buenos Aires se forma una escuadra republicana al mando del marino inglés G. Brown.

Sobre el antes mencionado Francisco Javier Mina, dice Vasconcelos que fue:

“una de las conquistas personales más eficaces del Intelligence Service inglés (...) En los Estados Unidos logró Mina comprar una embarcación y reunir una escolta toda compuesta de extranjeros, y con esa gente y cerca de trescientos hombres de tropa, desembarcó el 15 de abril de 1817, en Soto la Marina” (15)

Y después de haber repasado algunos antecedentes de tipo general, vamos a ver lo que nos dicen algunos historiadores hispanoamericanos sobre lo que ocurrió en sus respectivos países.

Empecemos por Chile. Fernando Santiván, en su libro *“El mulato Riquelme”*, remacha la españolidad de Bernardo O`Higgins:

“Bernardo se enorgullecía, aunque sin razón, de ser compatriota de Lautaro (caudillo indio de la época de la Conquista). En verdad no tenía por donde emparentarse con los valientes indígenas de Chile, pues era español e irlandés de pura raza” (18)

Y, además, es curioso que sintiera tal orgullo, pues los descendientes de Lautaro, los Araucanos, lucharon en la guerra de la Independencia en el bando realista, precisamente contra O`Higgins, bueno, contra O`Higgins hijo, Bernardo, porque el padre, Ambrosio, era Virrey del Perú y por supuesto defensor del Rey:

“Campean padre e hijo en bandos enemigos. Si algún día llegaran a tomar las armas (y las tomaron) para defender sus ideales políticos, se encontrarían como rivales en las batallas” (19)

Bernardo había seguido el consejo que le dio Miranda, el héroe independentista venezolano:

“Estoy seguro de que Vd. sabrá cumplir su juramento. Si logra ingresar al ejército español, haga lo que yo hice: aprovechar los conocimientos guerreros que en él adquiriera para ofrecerlos a la causa de la libertad” (20)

Y yo me pregunto: ¿Eso no es traición deliberada?.

Hay que suponer que en aquella época no se exigía juramento de fidelidad a la bandera al ingresar en el ejército español, porque si no, se estaría planteando algo parecido a “*juro no cumplir mi juramento*”.

Claro que era nada menos que Bolívar quien no tenía una gran opinión de Miranda, como declara en sus “Discursos, Proclamas y Epistolario Político”:

“...porque es preciso convenir en que las capitulaciones vergonzosas de Miranda no fueron la obra de Monteverde, sino de las circunstancias y de la cobardía del general del ejército de Venezuela (...) La única fuerza estaba por desgracia mandada por un jefe que, preocupado de ambición y de violentas pasiones, o no conocía el riesgo o quería sacrificar a ella la libertad de su patria, déspota y arbitrario hasta el exceso” (21)

José Miguel Carrera, otro de los líderes del movimiento independentista chileno, también se había formado en el ejército español:

“Carrera había peleado en la Guerra de la Independencia de España, donde alcanzó el grado de Sargento Mayor del nuevo Regimiento de Húsares de Galicia y la Medalla de Talavera” (22)

En el bando realista, compuesto básicamente por criollos e indios, había, proporcionalmente muy pocos españoles peninsulares:

“En este instante en el que es casi imposible hacer llegar soldados desde España a la colonias, una sublevación bien organizada tendría éxito” (23), afirmaba Bernardo O’Higgins.

Y entre los criollos chilenos, las clases altas fueron casi siempre independentistas y las bajas realistas.

Es significativo que, ante un avance de las fuerzas del Rey, “*el número de los que huyeron a Mendoza fue grande, y es de notar que las personas de alta situación social fueron las primeras en huir*” (24)

Para la población de bajo nivel social era especialmente terrible la llegada de los independentistas, según nos cuenta Ricardo Latcham en su libro “*Manuel Rodríguez*”:

“Producido el desastre de Tancagua, empezaron a llegar a Santiago los desmoralizados soldados patriotas y por sus barrios se esparce el terror (...) en las calles apartadas el saqueo era acompañado de excesos y violaciones”.

¿Y quienes vivían en esos “barrios apartados”? ¿Españoles peninsulares o criollos ricos?. Evidentemente no: vivían mestizos pobres e indios.

En el libro “*La Batalla de Maipú*”, del Fondo Cultural del diario chileno “*La Tercera de la Hora*”, se dice (Pág. 30):

“Los unos y los otros, así partidarios del Rey y los indiferentes como los patriotas, temían la violencia de la masa que, según se creía, estaba ávida de saqueo”

Y, por supuesto, tanto agresores como agredidos eran chilenos en más de un 90 %.

La tragedia típica de una guerra civil.

Con razón decía San Martín: “*Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestras disensiones me llena de amargura*” (26).

Lamentablemente, siguió derramándose sangre americana en Chile, durante bastantes años más, entre realistas y republicanos, según nos cuenta Joaquín Edwards Bello:

“Entre los derrotados en los campos de Chacabuco y Maipú figuraban numerosos chilenos –mestizos de peninsulares- monarquistas de corazón, fieles a la antañona divisa “Dios, Rey y Patria”

Nos dice el Sr. Edwards que después de dicha derrota “*hubo varias partidas que durante catorce años (1818-1832), siguieron defendiendo la causa monárquica en Chile, pues en más de uno de esos corazones silvestres y renacientes, la ignorancia de la República proclamada en Concepción y Santiago era completa*”. (27) y “*Cuando las autoridades dieron en combatirlos, se hicieron bandidos, aliados con hordas de indios, más argentinos que chilenos (pero realistas); con soldados veteranos, desertores, flecos arrancados de los ejércitos derrotados*” (20).

Dado que se ha mencionado a Bolívar y a Miranda, sigamos con Venezuela.

Por lo pronto, es bueno saber que a principios del siglo XIX la población venezolana era de unos 800.000 habitantes, de los que el 80 % eran pardos (mestizos), indios y negros.

“Los blancos eran algo menos del 20 %. Los peninsulares representaban no más del 1,5 % del total general” (29)

También conviene destacar que había problemas entre las clases dirigentes criollas y el pueblo bajo:

“Las feraces campiñas del Tuy, cercanas a Caracas, contentivas de abundante población, de esclavos e indígenas en servidumbre, siguen siendo semillero subversivo. Por allí establece sus dominios el Negro Guillermo, esclavo que fue del opulento propietario Marcos Rivas. Lo acompañan no solo negros, sino indios, mulatos libres y hasta un mozo nacido en Londres, y está tres años –de 1771 a 1774– aplicando su ley: liberando esclavos y aborígenes, ayudando a los pobres como un Robin Hood tropical, y cobrando a los acomodados, en sus bienes y personas, algo de la opresión ejercida por los criollos” (30)

Pero en España se producen cambios, y ya en 1790 *“es notorio el impacto de la dinastía borbónica, con su pensamiento relativamente liberal y su propósito de abatir a las aristocracias metropolitana y colonial; su política en Venezuela es de claro tinte popular (...) En respuesta los criollos, que se sentían amenazados, respondían con doble intransigencia: antiespañola y antipopular” (31)*

Pocos años después (desde 1794) empiezan los primeros intentos revolucionarios, y es curioso que sea un mallorquín, Juan Bautista Mariano Piconell, quien trae de la península sus ideas republicanas y que conecte al llegar con un *“grupo que paulatinamente ha derivado hacia la conspiración y que incluye vascos, aragoneses, catalanes y canarios. Los venezolanos, aparte de Gual y España, están representados por pardos, mayormente mulatos” (32)*

Pasan varios años y, en 1806, después de varias vicisitudes, Miranda llega con una pequeña fuerza a Vela de Coro. Ocupa la ciudad pero *“nadie se le suma; la gelidez del recibimiento le desconcierta” (33)*

Resulta que *“el ideal mirandino (...) es escasamente convincente por exótico y favorable a las miras británicas. El gobierno colonial, por sí, no era asfixiante como para empujar de modo irremediable a una insurrección de grandes proporciones: la mayoría de los pobladores disfrutaba de aceptable y relativa seguridad y en la Corona hallaba cierto amparo ante la agresiva intransigencia de los mantuanos (criollos ricos) siempre más temidos, duros y presuntuosos que el Monarca, generalmente comprensivo” (34)*

Recalco que esto lo dice el historiador venezolano J.L.Salcedo Bastardo.

Llega 1808, y con él las noticias de la invasión de España por Napoleón. El Capitán General convoca al Cabildo, y el “mantuanaje” intenta aprovechar la ocasión para sublevarse.

“Nuevamente los oficiales de las milicias pardas y de los estratos sociales populares respaldan al Capitán General en esta embestida de los aristócratas. Es muy clara la oposición y el juego de intereses. Ninguna simpatía tiene en el pueblo la causa de los criollos oligarcas. Esos mismos mantenedores de la discriminación contra la enorme mayoría mestiza (...) El Rey despierta más afecto, porque en las disputas intrasociales se manifiesta generalmente a favor de los humildes” (35)

Mientras tanto, declina el papel de Miranda y se eleva el de Simón Bolívar, cuya opinión del primero ya se mencionó.

Bolívar decreta la “guerra a muerte” a los españoles y, como ya se dijo en un capítulo anterior, para convencer al remiso pueblo venezolano de la necesidad imperiosa de independizarse:

“Bolívar se libra, sobre los españoles, de toda la carga negativa, de todos los pecados, de todos los vicios que los criollos llevaban a espaldas a lo largo de los siglos (...) La verdadera relación colonial que había hecho del europeo, español o criollo, el amo abusivo del indio o del negro es escamoteada por la nueva imagen que propone Bolívar: el colonizado es el criollo que puede asumir así todos los argumentos de la Leyenda Negra y aparecer ante el pueblo como el paladín de la libertad, que ha imponerse por la fuerza si es preciso” (36)

Eduardo Blanco, en su ya citada “Venezuela Heroica” dice:

“Los mismos a quien más directamente favorece la revolución la abandonan, la insultan, la hostilizan y con salvaje saña la combaten, poseídos de creciente furor. La Colonia se resiste a ser independiente y soberana”

Y el mismo Bolívar, en su “Memoria” de 15-12-1812, critica amargamente a la Junta Suprema por fundar su política “en los principios de humanidad mal entendida que no autorizan a ningún gobierno para hacer, por la fuerza, libres a los pueblos estúpidos que desconocen el valor de sus derechos”.

Esos “pueblos estúpidos” quizá preveían la hecatombe sangrienta que les caería encima con la Independencia, que duraría muchísimos años y que ya empezaban a sufrir, según nos cuenta el historiador

ecuatoriano Manuel J. Calle en su libro *“Leyendas del Tiempo Heroico”* (Editorial América-Madrid-Pág. 40):

“El apuro en que los patriotas se veían para sostener la campaña, les aconsejaba medidas violentas de exacciones y destrucción de propiedades, la tea del incendio se paseaba por poblaciones indefensas, los asesinatos estaban a la orden del día”

Y esas barbaridades tuvieron las lógicas consecuencias:

“Los pueblos se oponen a su bien; el soldado republicano es mirado con horror, no hay un hombre que no sea un enemigo nuestro; voluntariamente se reúnen en los campos a hacernos la guerra (...) El país no presenta sino la imagen de la desolación. Las poblaciones incendiadas, los campos incultos, cadáveres por dondequiera, y el resto de los hombres reunidos por todas partes para destruir al patriota”.

Eso decía el General Urdaneta, venezolano independentista, en una carta al Congreso de la Unión Granadina (Manuel J. Calle-Pág.70)

Estas imágenes de sangrienta guerra civil contrastan con la situación antes de su comienzo:

“Las facilidades de la vida material, que Cicerón llamó en su tiempo “molicie de una servidumbre fácil”, retenían a los pueblos en la obediencia, apartándolos de toda idea que no les ofreciese la quietud en que vivían, ajenos a las abstracciones y necesidades de una vida superior, para ellos completamente desconocida”.

Lo que hace decir al cronista de la expedición del General Miranda:

“Yo creo que allá, en la América del sur no se interesan por la emancipación tanto como nosotros imaginábamos. Indudablemente en medio de sus males gozan de la prosperidad y riqueza, y por pesados que sean los hierros que soportan, les falta la conciencia de la opresión. No saben que están oprimidos” (“Vida de D Francisco de Miranda”-Obra del escritor colombiano Ricardo Becerra-Publicada por orden del Gobierno de Venezuela en 1896-Editorial América-Madrid-Pág.167)

Lo que hace pensar que se trataba de –como decía Bolívar- pueblos realmente estúpidos que preferían la *“prosperidad y riqueza”* bajo el suave mandato del Rey de España que *“Las poblaciones incendiadas, los campos incultos, cadáveres por dondequiera”* bajo el mando de los generales republicanos.

En esta primera fase de la guerra las tropas que combaten y vencen a Bolívar no son peninsulares (estas siempre fueron una pequeña mi-

noría): José Tomás Boves capitanea a llaneros venezolanos que “*son mestizos, con mucho de caribes*” (37) “*Aquellos llaneros que, en un partido y otro de los contendientes, tan célebres se hicieron en la Guerra de la Independencia*”, según el antes citado Manuel J. Calle (Pág. 58)

Esos llaneros primero combatieron a Bolívar, luego le apoyaron, más tarde le abandonaron...

”¿Y qué? ¿Todos se desertan, todos se retiran, todos me abandonan? ¿Con quién voy, pues? Decía el Libertador el 4 de junio de 1819. ¿Y yo mi General? ¿Y mi legión británica? Contestó el Coronel Rook (...) y es que sospechando la clase de expedición a que se les llevaba, comenzaron a desertarse los llaneros” (M.J. Calle-Pág.144)

Y este mismo historiador cuenta escenas emocionantes (Págs. 202 a 207) ocurridas en la Batalla de Ayacucho, en Perú en 1824:

“A intervalos, por tácito consentimiento, se interrumpe el combate. Entonces –cosa inaudita y rara- combatientes de uno y otro lado pasan al campo contrario, se saludan afectuosamente, se dan las manos, abrázanse en una como efusión fraternal, y enseguida vuelven a filas cuando la corneta les llama, para continuar disparando contra el que tienen enfrente”

En uno de esos momentos de descanso:

“Un bizarro oficial español sale de entre los suyos, y a pasos precipitados se va para el enemigo. Camina de aquí para allá, busca, se afana, pregunta. Alguien ha satisfecho su pregunta, alguien ha contentado su deseo. He ahí que del fondo del campamento americano se dirige corriendo al lugar del combate un oficial patriota. Mira al realista y se le acerca presuroso:

-¡Hermano!

-¡Hermano!

Quedan en silencio breves instantes, mirándose de hito en hito, con lágrimas en los ojos y convulsivos sollozos anudados en la garganta.

Al fin, el realista prorrumpe:

-Hermano ¡Cómo te encuentro! ¡Donde te encuentro! Español eres de nacimiento, y tu puesto entre los nuestros está, y no entre los que combaten contra su Rey y contra su Patria!

-No. Ya no soy español, soy un americano. En esta tierra me he casado, en ella está cuanto amo, en ella he levantado mi hogar y a ella he

adoptado como madre y como Patria. ¿Quieres que no combata por ella? ¿Quieres que no sucumbe en la defensa de su libertad, si el destino así lo ha dispuesto para mi gloria? ¡Hermano! ¡La causa es grande, la causa es justa, la causa es santa!

Fruncido el ceño, plegada la boca en gesto desdeñoso, fulgurante la mirada, oye el Brigadier las entusiastas palabras de su hermano, el Teniente Coronel patriota. Tras de una corta pausa le dice:

-Escucha. Cuando la batalla termine como nosotros forzosamente hemos de vencer, forzosamente también has de caer tú prisionero nuestro. Desde ahora te digo que puedes contar con mi entera protección. A Brigadier me han ascendido últimamente por mis servicios en esta campaña, y creo que el Virrey no me mira con malos ojos. Pues bien, toda la influencia que pueda ejercer cerca de mis jefes y compañeros, será para salvarte, oveja descarriada que has aprendido a aullar entre lobos... ¡Oh, pero los demás!... ¡Los traidores que militan contra sus compatriotas, que hacen armas contra su Rey!... Para ellos, ¿Qué perdón, qué piedad posible? Una misma madre nos llevó en sus entrañas, y por eso serás tú el único español de los que han seguido a los insurgentes que no sea ahorcado.

Temblando de ira escuchó el oficial independentista las palabras de su hermano y, cuando este concluye:

-Así pues -exclama- ¿Me has buscado, me has hecho llamar para insultarme? ¡Guarda tu protección para quien te la pida: si la suerte de la guerra me pone en tus manos, ahórcame en buena hora. ¿Qué me importa?

Y le vuelve colérico la espalda y se aleja a grandes pasos.

Un rayo de indecisión y de despecho ilumina un momento el noble semblante del español. Se decide y corre tras del que se aleja, alcánzale, trábale del brazo, anhelante y cariñoso:

-¡Hermano! ¡Hermano! ¡No te vayas así! Tal vez sea mañana el último día de nuestra existencia, y no conviene llevar motivos de queja a la eternidad.

El otro se vuelve, se abrazan, lloran.

Los dos ejércitos, que contemplan esta curiosa escena, aplauden con entusiasmo.

Pocas horas después, el Brigadier español Tur, concluida la batalla, caía prisionero y era recibido cariñosamente por los brazos abiertos de su hermano Tur, el Teniente Coronel republicano.

¿No es verdad que esto parece una leyenda inverosímil?

Y sin embargo, la Historia lo testimonia”

“La batalla de Ayacucho tuvo, al iniciarse, todos los caracteres de un caballeresco torneo.

A las ocho de la mañana del 9 de diciembre (1824), el bizarro General Monet se aproximó con un ayudante al campo patriota, hizo llamar al no menos bizarro Córdoba y le dijo:

-General, en nuestro ejército, como en el de ustedes hay jefes y oficiales ligados por vínculos de familia o amistad íntima (guerra civil) ¿Sería posible que, antes de rompernos la crisma, conversasen y se diesen un abrazo?

*-Me parece, General, que no habrá inconveniente. Voy a consultarlo
-contestó Córdoba*

Y envió a su ayudante donde Sucre, quien en el acto acordó el permiso. Treinta siete peruanos entre jefes y oficiales, y veintiséis colombianos, desciñéndose la espada, pasaron a la línea neutral donde, igualmente sin armas, les esperaban ochenta y dos españoles.

Después de media hora de afectuosas expansiones, regresaron a sus respectivos campamentos, donde los aguardaba el almuerzo.

Concluido este, los españoles, jefes, oficiales y soldados, se vistieron de gran parada, en lo que los patriotas no podían imitarlos por no tener más ropa que la que llevaban puesta.

Sucre vestía levita azul, cerrada con una hilera de botones dorados, sin banda, faja ni medallas: Pantalón azul, charreteras de oro y sombrero apuntado con orla de pluma blanca. El traje de Lamar se diferenciaba en que vestía casaca azul en vez de levita.

Córdoba tenía el mismo uniforme de Sucre y, en vez de sombrero apuntado, un jipijapa de Guayaquil.

A las diez volvió a presentarse Monet, a cuyo encuentro se adelantó Córdoba.

-General -le dijo aquel- vengo a participarle que vamos a iniciar la batalla.

-Cuando ustedes gusten, General -contestó el valiente colombiano- Esperaremos para contestarles a que ustedes rompan los fuegos

Ambos generales se estrecharon las manos y volvieron grupas.

No pudo llevarse más adelante la galantería por ambas partes.

A los americanos nos tocaba hacer los honores de la casa, no quemando los primeros cartuchos mientras los españoles no nos dieran ejemplo.

En Ayacucho se repitió aquello de:

-“A vous, mesieurs les anglais, que nous sommes chez nous”

(ustedes primero, señores ingleses, que estamos en nuestra casa)

¿Eran los que combatían con tan espléndida caballería, “peruanos”, “colombianos”, “españoles”?

Eran “HISPANOS”, con una misma sangre en las venas.

Y, por cierto, en ese mismo libro (Pág. 199) se dice que el General Sucre, en su avance, “era molestado sin cesar por los indígenas adversos a sus propios libertadores”

Como es sabido, las batallas de Ayacucho y de Carabobo (Venezuela) fueron decisivas para que Hispanoamérica lograra la Independencia.

Retrocedamos unos años.

En 1815, Fernando VII envía a Venezuela “una numerosa expedición, más de 10.000 hombres veteranos y bien pertrechados, bajo el mando de Pablo Morillo” (38).

Hasta entonces, la guerra había sido entre venezolanos y con el pueblo llano y los indios a favor del rey y contra los oligarcas criollos independentistas.

Hasta el último momento siguen los venezolanos luchando unos contra otros en ambos bandos. En la decisiva batalla de Carabobo el ejército vencido del General realista “constaba de 5.200 hombres, españoles y venezolanos por mitad” (39)

El historiador venezolano en que me baso, J.L. Salcedo-Bastardo, dice:

“Por mucho tiempo se ha considerado vergonzoso admitir que esta fue una guerra civil, nombre que se dio a las tristes y deplorables luchas fratricidas que posteriormente y con espantosa repetición asolaron a Venezuela y a toda Hispanoamérica, y quizá por lo cual se juzgó impropia, por deprimente y despectiva, esa calificación” (40)

En esas frases se resume toda la tesis de este capítulo: podrá considerarse poco patriótico y todo lo vergonzoso que se quiera, pero es indiscutible que todas las guerras de Independencia en Hispanoamérica fueron guerras civiles promovidas por la oligarquía criolla con la oposición de las clases bajas criollas y de los indios.

El propio Bolívar lo reconoce en numerosas ocasiones:

“Seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles (...) Nuestra división, y no las armas españolas, nos tornó a la esclavitud (...) ...la influencia eclesiástica en favor de los promotores de la guerra civil...!” (Carta escrita en Cartagena de Indias el 15-12-1815)

Y en su carta de 23-2-1825 al General colombiano Francisco de Paula Santander, dice:

“El Río de la Plata (Argentina) es un país que amenaza a toda la América con su anarquía. Pertenecen a cinco estados diferentes, todos igualmente enemigos unos de otros (...) Si usted quiere dos o tres mil peruanos para Venezuela los podemos mandar incorporados a nuestros batallones, pues los tenemos en nuestras filas, tomados al enemigo”

Y, por cierto que *“los prisioneros de la campaña (Ayacucho) eran peruanos, pero no tenían afecto alguno a las banderas nacionales”* (“El Congreso Internacional de Panamá en 1826”-Daniel F. O` Leary-Pág. 73)

Como remate a las campañas de Bolívar, una anécdota que nos cuenta Pedro de Répide en su ya citado libro *“La lámpara de la fama”*:

“He aquí que en lo intrincado de las alturas andinas había indígenas que no combatían bajo las banderas de la Independencia. Eran, por el contrario, realistas tan realistas no ya como los que luchaban en América a las ordenes de los generales españoles, sino como podían serlo los fernandinos y luego los apostólicos más fanáticos de los más tradicionalistas rincones de Iberia. Aquellos americanos luchaban contra sus hermanos de raza que gritaban: ¡Viva la Independencia! ¡Viva la República!, gritando ellos: ¡Viva Fernando VII! ¡Viva la religión! Y los soldados que habían ido de España a luchar por la continuación del Imperio, no llegaron jamás a odiar con parecida saña al enemigo”

“Y sucedió que Bolívar, el caudillo de la Independencia americana, siempre impaciente y temerario, habiendo, en 1822, después de la batalla de Bomboná, y de la capitulación consiguiente, avanzado casi solo a tomar posesión de Pasto, vióse en peligro, a causa de aquellos fanáticos, muchos de los cuales estaban dispuestos a vengar en su persona todas las ofensas que creían haber visto inferidas por él a la causa del altar y del trono. La oficialidad y jefes españoles no tardaron en comprender el alcance de aquella temeridad de Bolívar, y entonces, en el momento de un peligro decisivo, le rodearon con sus cuerpos y se aprestaron a defenderle con sus armas nuestros soldados. Después montaron guardia a su puerta hasta que fueron remplazados por soldados de la República. Y a la defensa de los soldados de España debió tal vez el librar la vida aquel a quien los pastusos no querían reconocer como libertador. Allí pudo acabar decisivamente la guerra con los días de Bolívar, sin mengua para los españoles, ya que hubiese perecido a manos de sus compatriotas”.

Es digno de destacar también que cuando Bolívar, enfermo y rechazado por los suyos, no sabe a donde acudir, *“es un español, el señor Joaquín de Mier, quien, en su hacienda llamada San Pedro Alejandrino, distante como una legua de Santa Marta, le dio hospitalidad y un lecho para el viaje último”* (Manuel J. Calle-Pág 271)

Un último comentario sobre los países del sur:

“Durante la guerra de Independencia, España solo envió al Río de la Plata-Montevideo- dos mil soldados en 1814. Desde entonces, hasta la conclusión de la guerra en 1826, no llegó un soldado más a aquellas latitudes (...) El Perú fue quien los invadió a menudo. El Perú fue la España del sur” (Daniel F. O`Leary-Pág.145)

Al Perú lo independizaron a la fuerza en un ataque combinado del venezolano Bolívar por el norte y del argentino San Martín por el sur.

Ya se ha comentado el papel del Perú luchando no ya contra su propia Independencia, sino contra la emancipación de los países limítrofes. Pero hubo el antecedente de una sublevación india dirigida por Tupac Amarú en 1780, y que también fue una guerra civil. Nos lo cuenta Antonio Vergara Collazos en su curioso libro *“Los Tupac Amarú en Europa”*:

“Algunas de las tropas realistas, en su mayoría conformadas por indios, eran dirigidas por algunos cientos de blancos. De 17.000 soldados, 14.000 eran indios (...) Los mestizos también empezaron a cerrar filas

al lado de las autoridades españolas, asustados por las consecuencias de la rebelión” (47)

“El 6 de abril, cuando se retiraba hacia el sur Tupac Amará, conjuntamente con algunos de sus caudillos, fueron atacados por sus correligionarios mestizos y entregados a las autoridades españolas en Cuzco (...) Mulatos limeños y mestizos de Huamanga vigilaron el lugar de ejecución de Tupac Amará” (48)

Y es de notar que, según Antonio Vergara Collazos

“El bicentenario de Tupac Amará (1780-1980) tiene una extraordinaria importancia, porque lo que se pedía en el siglo XVIII todavía hoy lo estamos pidiendo en el Perú” (49)

Veamos qué pasó en México, donde

“Al iniciarse el siglo XIX la población era de seis millones, dividida en un millón de criollos, 40.000 españoles (es decir, un 0,6 % del total) y el resto indios y mestizos” (41)

Según nos cuenta el Licenciado Vasconcelos, el proceso fue parecidísimo:

“Los dos pueblos más penetrados de la influencia española, México y el Perú, se resistieron a la Independencia y la debieron a fuerzas del exterior. Al Perú lo libertaron colombianos y argentinos. México se libertó cuando ya no podía menos que hacerlo (...) La masa del pueblo no simpatizó con el movimiento insurgente y los espíritus más claros se abstuvieron de apoyarle” (42)

“La idea de que la Independencia tendiera a restablecer los poderes del indígena, no fue idea de indígenas (...) La idea de soliviantar a los indios aparece en los caudillos de la emancipación que no encontrando ambiente para sus planes entre las clases cultas (ni entre el pueblo llano, como hemos visto), recurrieron al arbitrio peligroso de iniciar una guerra de castas, ya que no les era posible llevar a delante una guerra de emancipación. Y a este cargo no escapa ni Bolívar, que en Colombia lanzó a los negros contra los blancos a fin de reclutar ejércitos” (43)

“La Independencia de Nueva España la promovían los criollos y los españoles de Nueva España, los mexicanos todos de la más reciente generación, y no para recuperar derechos usurpados de ningún género. Al contrario, los descendientes de Moctezuma así como los de otros muchos personajes de la época azteca, vivían en España en calidad de nobles

158 y se oponían a la Independencia que les hacía perder sus títulos y sus ventajas” (44)

“En México la Independencia no libró batallas. Propiamente nunca ha habido en nuestro suelo batallas, sino sangrientas hecatombes de guerra civil (...) La guerra contra los caudillos de la Independencia la hizo Calleja (General realista) exclusivamente con tropas mexicanas” (45)

Y *“En México el cuadro era de un absoluto descontrol, acelerado por el caos y por las enormes pérdidas provocadas por la guerra de Independencia entre 1810 y 1816, período en el que medio millón de mexicanos murieron de forma violenta de una población que apenas alcanzaba los cuatro millones”* (*Manual del perfecto idiota latinoamericano y español*—Mendoza, Montaner y Vargas Llosa-Plaza Janés-1996-Pág. 202)

Pasemos a Colombia, y para no prolongar excesivamente este capítulo, me limitaré e citar algunas frases de Julio Cesar García en su *“Curso superior de Historia de Colombia”* (46):

“-Escaramuza de guerra civil entre Baraja y el Presidente Nariño en 1812.

-Guerra civil entre el Congreso y Cundinamarca, el mismo año

-Guerra entre Cartagena y Santa Marta

-La firme adhesión de los pastusos y patianos a la causa del Rey produjo nuevos levantamientos que tuvieron como consecuencia el desastroso fin de las tropas patriotas en 1812”. Etc.

También en Centroamérica la Independencia se logró en conflictos civiles. El entonces llamado Reino de Guatemala lindaba al norte con el Virreinato de Nueva España y al Sur con el de Nueva Granada (Colombia). Ocupaba una extensión aproximada de 530.000 Km. cuadrados y tenía una población *“de no más de dos millones de habitantes, en su mayoría indígenas, muchos mestizos y criollos españoles y una mínima parte de peninsulares”* (50)

Cuando se sabe la detención de la familia real en Bayona y los sucesos del 2 de mayo en Madrid, *“estas noticias provocan en los dominios americanos la cólera más encendida, el patriotismo más sincero y, a imitación de la metrópoli, se disponen a la lucha en defensa de sus supremas autoridades”* (51)

No hubo un ataque directo de las tropas napoleónicas a Hispanoamérica. De haberlo habido, creo que puede asegurarse que los criollos, mestizos, indios, mulatos y los pocos peninsulares que había en aquellos reinos (no colonias) se habrían levantado como un solo hombre para defender la causa del Rey frente a los invasores extranjeros.

Al no ocurrir esto, la situación en Centroamérica es tensa pero pacífica, a las espera de noticias de España.

Oigamos al Licenciado Clemente Marroquín Rojas en su “Historia de Guatemala”.

“Es cosa corriente escribir esta parte de nuestra historia con la vista puesta en la Independencia y la conquista de la libertad política. Todo es entusiasmo y emoción en los historiadores, pero por esto mismo de falta a la verdad histórica. La acciones heroicas se agigantan, se hace de cada acto insignificante una montaña de heroísmo, de patriotismo o de valor. Nada más erróneo. En Guatemala no hay, en realidad, inquietud patriótica, no hay heroísmo si se hace excepción de los de Granada. Lo demás, aquello que no es una insensatez, es ambigüedad, cobardía, indecisión y, ante todo, falta de una resolución preconcebida que dé los óptimos frutos de la emancipación (...) Naturalmente, los historiadores hablan de que, en medio de estas pocas agitaciones, un grupo de patriotas busca ya los caminos de la Independencia. Nada más falso. Muchos de los que después son llamados próceres, no son otra cosa que empleados indecisos del Gobierno español (...) Es falso, de toda falsedad, que en El Salvador, Comayagua, Nicaragua, broten por este tiempo grupos marcadamente independentistas” (52)

A todas estas, se ha creado en España “el primer Consejo de Regencia, cuya jefatura recae en el General Castaños, quien ha segado recientemente los laureles de Bailén. Integran además este Consejo F de Saavedra, A. Escaño y el americano Miguel de Lardizábal (...) Dicho Consejo emite un manifiesto en el que se dice literalmente: “Desde el principio de la revolución declaró la patria esos dominios (los americanos) parte integrante y esencial de la monarquía española. Como tal, les corresponden los mismos derechos y prerrogativas que a la metrópoli. Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la categoría de hombres libres (...) Tened presente que al pronunciar el nombre del que va a venir a representaros en el Congreso Nacional, vuestros destinos ya no dependen de los Ministros ni de los Virreyes, ni de los Gobernadores: están en vuestras manos”. Estas expresiones demuestran que es allá, en

la metrópoli, donde se habla el lenguaje claro de la libertad, no aquí, en América, donde los hidalgos lo hacen todavía en nombre de la monarquía absoluta” (53).

Las instrucciones que llevan a las Cortes de Cádiz los Diputados del Reino de Guatemala, las redacta D. José María Peynado y Pezoñarte y son admirables por su precisión, estilo y, sobre todo, su precioso contenido.

Tuvo que ser un gran hombre.

También en Centroamérica, cuando estalló más tarde el conflicto, fue aquello una guerra civil.

Uno de los capitanes del insurgente mexicano Morelos era el ya citado soldado-sacerdote español Matamoros. Las tropas que envía a luchar contra ellos el Capitán General Bustamante es *“una columna de 600 hombres, en su mayoría negros de nuestro litoral Atlántico” (54)*

En El Salvador hubo alborotos independentistas *“en las poblaciones de Usulután, Zacateluca, Chalatenango y Matapán, dando por otra parte positivas muestras de ser adictos al Rey la ciudad de San Miguel, Villa de San Vicente y el pueblo de Santa Ana Grande (...) y para contribuir al orden público de la capital, llegaron a San Salvador 500 hombres de San Miguel al mando del Señor Coronel Escolán, de la nobleza de aquella ciudad” (55)*

Y *“Costa Rica fue quizá la colonia más desdeñada por España, sin duda por razón de su misma pequeñez y sin embargo, en ninguna como en ella fue tan amada la metrópoli” (56)*

Creo que ha quedado suficientemente demostrado que las tropas que combatieron con los realistas e independentistas, estaban básicamente compuestas por americanos criollos, mestizos, indios, mulatos y negros, que se apuntaban muchas veces a uno u otro bando según las circunstancias de lugar y momento y que, además, cambiaron muchas veces de bando:

“Un llanero hablaba:

-¿Cuándo se acabará la guerra para irme? Tan bien que estaba yo antes. Tenía caballos de mi silla y no tenía que verle la cara a nadie.

Y van y me reclutan. ¡Para la guerra, a hacerse rico! ¡Qué rico ni qué rico! Yo hasta ahora todo lo que he sacado es un tiro en una pata

-¿Y con quién empezaste tú?

-¿Yo? ¡Guá! Con Boves. Que sí y que nos iba a dar real, que sí y que era la primera lanza del llano

-¿Y qué hubo?

-¡Guá!. Me cogieron prisionero y me quedé de este lado” (57)

También creo que ha quedado claro que fueron, además, guerras de castas y que los grandes perdedores fueron los indios:

“La Independencia no tomó en cuenta, políticamente, para nada, al indio, pues la libertad se perfilaba para los criollos y mestizos y negros y no para él. La Independencia, como antes la colonia y como después la república, no le hizo caso o simplemente lo explotó (...) La Carta Política Fundamental, o sea la Constitución de Cúcuta, de 1821, que estaba ya vigente para El Ecuador, ni siquiera le citaba para definir su papel de pagador de tributos y de “Colombiano libre” a la vez (...) En Nueva Granada y Ecuador la población aborigen era predominante y un fraile recoleto del Tejar, de Quito, protestó virilmente contra los políticos republicanos y libertadores por tan extraño olvido” (58)

Naturalmente, a este émulo del Padre Las Casas nadie le hizo caso.

Las guerras civiles son siempre especialmente terribles, y sus efectos en la Independencia de Hispanoamérica (y luego, durante muchos años, en sus respectivas repúblicas) también lo fueron.

Domingo Faustino Sarmiento, testigo presencial de los hechos, en su “Vida de Juan Facundo Quiroga”, dice:

“Aquí los hechos hablan con toda su triste y espantosa severidad. Solo la historia de las conquistas de los mahometanos sobre Grecia presenta ejemplos de una barbarización, de una destrucción tan rápida. ¡Y esto sucede en América en el siglo XIX! ¡Es obra de solo 20 años!” (59)

Y el mismo Sarmiento, en su libro “Recuerdos de Provincia”, dice:

“A principios de 1841 escribí en el periódico “El Nacional” estos conceptos: Treinta años han transcurrido desde que se inició la revolución americana; y no obstante haberse terminado gloriosamente la guerra de la independencia, vese tanta inconsistencia en las instituciones de los nuevos estados, tanto desorden, tan poca seguridad individual, tan limitado en unos y tan nulo en otros el progreso intelectual, material o moral de los pueblos, que los europeos miran a la raza española conde-

nada a consumirse en guerras intestinas, a mancharse con todo género de delitos y ofrecer un país despoblado y exhausto, como fácil presa de una nueva colonización europea (...) Esta América española, podrida hasta los huesos, la dignidad de la conciencia humana tan envilecida y pisoteada por los poderes mismos destinados a representarla”

Martínez de la Rosa, Ministro de Estado de Isabel II, escribía el 20-2-1834:

“Otro punto de grande trascendencia es la cuestión de América (...) después de haber transcurrido más de diez años en que tantos perjuicios ha causado el haber dejado este asunto sin intentar siquiera resolverlo (...) tratándose de arreglar amistosamente desavenencias de familia, por decirlo así, y teniendo España y los estados disidentes de América tantos intereses comunes y tantos vínculos de confraternidad, el Gobierno de Su Majestad se lisonjea con la esperanza de que no será tan difícil como se imagina que se verifique entre ambas partes un arreglo equitativo y conveniente (...) siendo también del interés y conveniencia (...) que no siga por más tiempo el vastísimo continente de América entregado a los horrores de la guerra civil y la anarquía, destruyendo los recursos y alejando desgraciadamente la época de su tranquilidad interior, de su civilización y cultura” (60)

Trágicas fueron aquellas guerras civiles (que se prolongaron luego durante más de un siglo) y murieron en ellas -mientras lo fueron de Independencia- algunos miles de españoles, en uno y otro bando, pero enormemente superior fue la triste cifra de muertos entre venezolanos, colombianos, argentinos, chilenos, etc., blancos, indios, mestizos, negros y mulatos, también en ambos bandos, y fueron las ciudades y pueblos de las repúblicas citadas, y de México, Perú, Uruguay, etc., los que sufrieron en su carne los ataques y depredaciones de realistas e independentistas primero y de los diversos caudillos locales republicanos después.

La Historia de las Españas peninsular y americanas, durante el siglo XIX, es bastante vergonzosa, con las Guerras Carlistas en la primera y las sucesivas guerras civiles en las segundas, todas ellas sangrientas y de una crueldad repugnante.

Pero no debe ser la guerra de la Independencia de Hispanoamérica algo que separe a los actuales pueblos hispanos de uno y otro lado del océano Atlántico, pues si la herida ha sido ya restañada por el tiempo entre las poblaciones que más la sufrieron, con mayor razón debe es-

tarlo entre los españoles y los hispanoamericanos de hoy, pues fueron básicamente los antepasados de los segundos los que lucharon entre sí en aquellas contiendas fratricidas.

No se puede expresar esto de una manera más bonita y entrañable que como lo hace el venezolano Eduardo Blanco (61):

“Una misma religión, idénticas costumbres, igual carácter, noble y generoso en los arranques de genial expansión, a la vez que terrible en las apasionadas manifestaciones de cólera y venganza; una madre común, los mismos vicios y las mismas virtudes, la misma hermosa lengua para jurar y bendecir y una misma sangre ardiente e impetuosa, circulando en las venas y manchando las manos de tan ensañados paladines, hacen de aquella lucha una contienda de familia, terrible y desastrosa, como acontece en las guerras fratricidas.

Nada sufrió el orgullo de la raza con el triunfo de los americanos en la independencia de las colonias españolas. En aquella contienda lo nuevo triunfó sobre lo viejo; la Monarquía inclinó la cabeza y se irguió la República. La victoria, en síntesis, corresponde a la idea. Después de tres siglos de dominio absoluto sobre la vasta región del Nuevo Mundo, España no fue vencida sino por España.

Las glorias castellanas no fueron empañadas.

Con la espada del Cid triunfó Bolívar

La histórica “Tizona” blandió un descendiente del héroe de Vivar”.

FIN

BIBLIOGRAFÍA Y CITAS DEL CAPÍTULO 9

1-“Historia del Paraguay”-Luis G. Benítez-Imprenta Comuneros S.A.-Pág. 249

2- “Guerra de la Independencia en Mallorca”-Antonio Molinar Prada- Historia 16-Nº 93-Pág. 249

3-“Crónicas del Tiempo Viejo”-Joaquín Edwards Bello-Editorial Nascimento-Santiago de Chile-1976-Pág. 136

4-“Venezuela Heroica”-Eduardo Blanco-Colección de Oro-Págs. 59 y 93

5-“Manuel Rodríguez”-Ricardo Latcham-Editorial Nascimento-Santiago de Chile-1975-Pág. 201

6-“Tradiciones Peruanas”-Ricardo Palma-Montaner y Simón Editores-Barcelona-1986-Tomo IV-Pág. 298

7-“Breve Historia de México”-Lic. José Vasconvelos-21ª Edición-Cía. Editorial Continente-S.A.-México-Pág. 235

8-Idem. Pág. 236

9-Idem. Pág. 240

10-“Lord Ponsonby y la Independencia del Uruguay”-Luis E. Coronel Maldonado-Proyección Montevideo-Pág. 89

11-“Recuerdos Salvadoreños”-José Antonio Cevallos-Tomo 2-Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación-Pág. 8

12-Idem. 10-Päg. 24

13-“Las Lanzas Coloradas”-Arturo Uslar Pietri-Colección de Oro-Pág. 54

14-Idem. 4-Pág. 224

15-Idem. 7-Pág. 283

16-“Historia de Guatemala”-Lic. Clemente Marroquín Rojas-Pág. 48

17-“El Cádiz de las Cortes”-Ramón Solís-Plaza Janés S.A.-1978-
Págs. 504 y siguientes

18-“El mulato Riquelme”-Fernando Santiván-8ª Edición-1975-Edi-
tora Nacional Gabriela Mistral-Santiago de Chile-Pág. 147

19-Idem. Pág. 161

20-Idem. Pág. 130

21-“Simón Bolívar. Discursos, Proclamas y Epistolario Político”-H.
Hernández Sánchez Barba-2ª Edición-1978-Editora Nacional-Págs.
54 y 65

22-Idem. 5-Pág. 36

23-Idem. 18-Pág. 174

24-Idem. 22-Pág.184

25-Idem. 22-Pág.195

26-Idem. 5-Pág. 213

27-Idem. 3-Pág.136

28-Idem. 3-Pag. 137

29-“Historia Fundamental de Venezuela”-J.L. Salcedo Bastardo-2ª
Edición-Ediciones de la Biblioteca-Caracas 1972-Pág. 179

30-Idem. Pág. 229

31-Idem. Pág. 177

32-Idem. Pág. 239

33-Idem. Pág. 270

34-Idem. Pág. 275

35-Idem. Pág. 279

36-“L`Amerique Espagnole a l`Epoque des Lumières”-Centre Na-
tional de la Recherche Scientiphique-Paris-Pág. 372

37-Idem 29.-Pág. 300

38-Idem. 29-Pág. 300

39-Idem. 29-Pág. 304

- 40-Idem 29-Pág. 305
- 41-Idem. 7-Pág. 226
- 42-Idem.7-Págs. 236 y 237
- 43-Idem. 7-Pág. 238
- 44-Idem. 7-Pág. 242
- 45-Idem. 7.Pág. 246
- 46-“Curso Superior de Historia de Colombia”-Julio Cesar García-Editorial Voluntad-11ª Edición-Bogotá- Págs. 126, 127, 129 y 132
- 47-“Los Tupac Amarú en Europa”-Antonio Vergara Collazos-A.T.E.-1981-Barcelona-Pçag. 72
- 48-Idem. Pág. 73
- 49-Idem. Pág. 85
- 50-Idem. 16-Pág. 7
- 51-Idem. 16-Pág.21
- 52-Idem. 16-Pags. 20 y 22
- 53-Idem. 16-Pàgs. 24 y 25
- 54-Idem. 16-Pág. 35
- 55-Idem. 11-Pág. 19
- 56-“Doña Ana Cortabarría”-Manuel de Jesús Jiménez-Editorial Costa Rica-San José-1981-Pág. 88
- 57-Idem. 13-Pág.134
- 58-“Breve Historia General del Ecuador”-Oscar Efrén Reyes-Tomo 2-14ª Edición-Quito-Pág. 51
- 59-“Vida de Juan Facundo Quiroga”-Domingo Faustino Sarmiento-Editorial Bruguera S.A.-1969-Barcelona-Págs. 102, 103 y 104
- 60-“El Restablecimiento de las Relaciones entre España y las Repúblicas Hispanoamericanas”-Cuadernos de Historia de las Relaciones Internacionales y Política Exterior de España-Madrid 1955-Pgas. 10 y 11
- 61-Idem. 4-Págs. 473 y 474